



Torra
que vale la pena

Aitor Ferrer

*Jura
que vale la pena*

Primera edición.

Juro que vale la pena

©Aitor Ferrer.

©Julio, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

Capítulo 1



Metí el equipaje en el coche y me aseguré de que había dejado todo en orden en la casa, alarma puesta y todo listo para no regresar en varias semanas. Me iba a la que fue la casa de mis padres los últimos años antes de morir, un bonito y acogedor chalé en el sur donde pasaría el mes de julio y agosto.

Hacía mucho tiempo que no cogía dos meses seguidos, pero este año mi socio y yo, decidimos que así lo haríamos, él quería irse durante diciembre y enero para realizar el viaje de su vida, así que yo me cogí los dos de verano para darme un chute de sol y playa para recargar pilas.

Bertín y yo, teníamos una constructora desde hacía diez años y, la verdad es que crecimos enormemente y nos hicimos con un capital importante en los cinco primeros años y ya luego todo marchó sobre ruedas.

En el amor no había tenido suerte, estuve con Estrella, una chica con la que me llevé cuatro años conviviendo y que al final, se marchó con un compañero suyo del banco donde trabajaba, pero aquello estaba más que superado.

Cinco horas después ya estaba entrando en la urbanización en primera línea de playa. El chalé me lo había estado cuidando un matrimonio que iban a cortar el césped, limpiar la piscina y mantenerlo todo en orden durante la época que yo no estaba, así que cuando entré todo estaba perfecto, incluso la compra colocada de la lista que le había puesto el día anterior.

Dejé todo colocado y me fui a comer al bar de la playa, eran las tres de la tarde y me moría por una bandeja de pescado frito.

Me senté en aquella terraza frente al mar y aquello era vida, además, era un rincón prácticamente privado para los de la urbanización, también podían acceder los demás bañistas, pero tenían que caminar un montón por la arena hasta llegar, nosotros lo hacíamos directamente desde nuestras casas.

—Buenas tardes ¿Qué le pongo? —Su rostro era serio y miraba hacia el block de notas. Era preciosa, pero tenía un mal humor que se podía apreciar a leguas.

—Buenas tardes —miré la carta—. Para comenzar una sonrisa, de segundo, un vino Marqués de Cáceres y para continuar, un surtido de pescado.

—¿Sonrisa? —preguntó resoplando.

—Por ejemplo, te verías más guapa —sonreí.

—Yo me cago en la put* madre de mi jefe, luego vuelvo y te sonrío —volvió a resoplar mientras tomaba nota y se marchaba.

Me quedé sonriendo, lo había dicho de forma que le había salido del corazón, se notaba que no tenía un buen día la pobre.

Regresó de nuevo con la botella y la copa que puso sobre la mesa, me puso una sonrisa de lo más falsa y sirvió para que lo probara.

—Veo que no, que no hiciste lo que dijiste.

—No, no lo hice, pero por dentro le dije lo más grande. Puta vida, puto trabajo, puto jefe y verano. Por cierto, ¿qué tal el vino?

—Bien, puedes servirlo —sonreí—. Deberías de relajarte.

—Te presto mis zapatos, a ver si lo aguantas —sonrió y se marchó.

No, no debía de tener un buen día porque parecía que iba a explotar, todo lo contrario, a mí, que fue pisar ese trozo de tierra y ya respiraba relajado, un entorno que era para desconectar de todo.

—Al final voy a tener que coger el otro trabajo que me han propuesto —dijo, afirmando y agobiada cuando regresó a traerme la bandeja de pescado frito.

—¿Se puede saber en qué consiste el otro trabajo?

—Claro que sí, dar masajes eróticos a domicilio.

—Apúntame el primero —murmuré apretando los dientes y no se le ocurrió otra cosa que darme una colleja y marcharse.

Me quedé riendo, tenía mucha gracia a pesar de ese agobio que le recorría por el cuerpo ese día.

La volví a llamar para que me llenara la copa de vino con esa sonrisa falsa de no aguantarse hoy ni ella misma.

—¿Te dejo la botella?

—No —me reí—. Por cierto ¿Cómo te llamas?

—Candela, menos mal que algo tengo bonito.

—No, no, tienes muchas cosas bonitas, eres muy guapa y tienes un cuerpo espectacular —la verdad es que, a pesar de no medir más de uno sesenta, estaba con un color tostado precioso y un cuerpo que no era muy delgado, pero sí muy llamativo.

—¿Cuánto me vas a pagar por el masaje?

—¿Cuánto ibas a cobrar por cada uno?

—Me ofrecen sesenta de los ciento veinte que cobra la empresa —me hizo una burla y se marchó riendo.

Terminé de comer y se acercó de nuevo a recoger la mesa.

—¿Café, postre?

—Un café con hielo, por favor.

—¿Ya has decidido cuanto me pagarás por el masaje? No es que tenga experiencia, pero digo yo que con un poco de aceite de oliva y las manos, algo bueno haré —sonrió.

—No lo dudo —me reí.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Nicolás.

—Por Dios, que nombre más pijo. Ahora vuelvo, ve pensando el precio que pagarás por el

masaje, con doscientos euros hasta te la chupo —bromeó, marchándose de nuevo.

Me tuve que reír, sí o sí, la verdad es que era muy graciosa, pero se le veía con un estrés de esos que iban a acabar con ella.

Regresó con el café y la cuenta que le había pedido.

—Aquí tienes —puse el dinero en la bandeja —¿A qué hora terminas?

—En dos horas me piro hasta mañana —sonrió con asco.

—Doscientos euros y una mariscada, a las nueve en el chalé número trece —le hice un guiño.

—Y serás capaz...

—La que tienes que serlo eres tú —me encogí de hombros.

—Capaz y me lo pienso y todo. Con ese dinero me libro de venir cinco días a aguantar al jefe y como cobro por día trabajado... —Se encogió de hombros.

—De ti depende.

—Luego no me dejarás en la puerta con cara de tonta, ¿verdad?

—En absoluto.

—Pues me lo pienso, pero vamos, que casi lo tengo claro —se marchó riendo.

Obvio que no iba a permitir que me diera el masaje, pero oye, pasar una velada con ella debía ser algo fascinante y si le tenía que dar el dinero para que estuviera unos días aliviada, como que no me importaba.

Me di un baño en el mar antes de subir al chalé a descansar un rato, estaba un poco cansado, ya que había madrugado para hacer el viaje temprano.

Capítulo 2



No eran ni las nueve menos cuarto cuando sonó el timbre de fuera y salí a abrir, me había acabado de duchar.

—No sé qué hago aquí, pero la mariscada espero comérmela —dijo cuando abrí la puerta.

—Pasa, Candela —sonreí echándome hacia un lado para que entrara.

—Joder, que jardín más guapo, vamos que tú hambre no pasas.

—Hombre, espero que tú tampoco.

—Bueno, ya lo que me faltaba, tener una jodida vida y encima no comer —rio.

—¿Una copa de vino blanco?

—O dos —sonrió.

Estaba preciosa con una faldita corta blanca de vuelo y una camiseta del mismo color.

Le enseñé la casa y nos sentamos en el jardín a tomar la copa de vino, ya había llamado para que nos trajeran una mariscada para dos.

—Entonces tu jefe te está machacando...

—Mi jefe es un tonto que se cree que puede tener a todo el mundo como esclavos y encima paga una mierda, pero bueno, no tengo otra cosa y mi madre no me da ni para pipas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Eres una niña...

—A la mierda, ya me quedé sin los doscientos euros del masaje —se puso la mano en la cara y suspiró.

—Tranquila, te lo pago, pero no me lo tienes que hacer.

—¿Me estás contratando de chica de compañía?

—Si lo prefieres llamar así —sonreí.

Charlamos y le conté que venía a pasar el verano, que era la casa de mis padres y, por ende, la mía, a lo que me dedicaba y tal.

—Joder ¿Y cuántos años tienes?

—Treinta y ocho.

—¿No necesitas una interna que te limpie, te cocine y te tenga todo impoluto?

—Pues mira, no lo había pensado —sonreí.

—Soy un amor de “niña” —hizo el entrecomillado con sus dedos—. Juro que no me cagaré en tu familia —se echó a reír—. Daría lo que fuera por pasar dos meses fuera de mi casa, aquello es un manicomio, mis padres siempre están peleando, cualquier día los monto en el coche y los suelto en una sierra donde no puedan regresar —nos reímos, la verdad es que estaba sembrada.

—Puedes quedarte aquí los días que quieras, Candela, además tienes el trabajo ahí delante.

—¿Y no puedo hacerte un masaje cada día por veinte euros y así no tener que ir a trabajar? —se rio —Con esta casa y veinte euros, ya como y me compro tabaco.

—Pues sí que has bajado la oferta.

—Estoy desesperada, te lo juro —se le cambió la cara—. Fuera de bromas, lo de masajista no me lo ofrecieron, estaba de coña, pero joder, me dijiste lo de la mariscada y hasta pensé en hacértela —volteó los ojos.

—No te lo iba a permitir... —sonreí.

—Ya me quedé sin los doscientos pavos —se dio una palmada en la frente.

—Ah no, te los regalo gustosamente.

—¿Sin chupártela?

—Claro —me reí.

—¿Lo ves? Hasta para eso tengo mala suerte, para una vez que me iba a comer algo en condiciones —dio un trago largo al vino, mientras me levantaba a abrir la puerta muerto de risa por sus cosas.

Llegó el pedido, coloqué el marisco en una bandeja y puse los platos, la verdad es que me estaba riendo de lo lindo con Candela, tenía cada cosa que no era normal, era buenísima, al menos humor no le faltaba.

Lo que nos reímos durante la cena fue apoteósico, a mí se me iba a desencajar la mandíbula con las cosas de esa chiquilla.

Luego serví unos cubatas y seguimos charlando en el sofá del jardín que tenía una mesita delante. Me había hecho gracia, pues decía que traía en el bolso la ropa para cambiarse e ir a trabajar a la mañana siguiente.

—La traje por si acaso, una nunca sabe si al final la cena puede durar hasta las ocho de la mañana.

—Chica previsora, de todas formas, no tiene que durar toda la noche, puedes descansar, ya que hay camas de sobra, pero oye, que si mañana no quieres currar estoy dispuesto a pagarte el día gustosamente. Es más, te iba a dar los doscientos euros.

—Ni de broma, soy graciosa pero no aceptaría algo así, estaba bromeando por reírme de mí misma y sacar un poco el agobio que llevo. No es fácil mi vida, pero espero que algún día un rayo de sol me ilumine y cambie mi suerte.

—Estoy seguro de que así será, eres muy joven y tienes una vida por delante.

—Mi vida estaba siendo perfecta, pero se jodió —negó cerrando los ojos.

—¿Qué pasó?

—Yo vivía con mi novio Sergio, hasta hace un año que me dejó y me puso de patitas en la calle para vivir con otra, vamos que me mandó de vuelta con mi madre, para colmo yo trabajaba en su restaurante y hasta me dejó sin empleo.

—Lo siento.

—Más lo siento yo, que tuve que volver al manicomio —nos reímos.

—Eres muy joven, preciosa, puedes tener a quién quieras, no te agobies, solo espero que lo

hayas olvidado.

—Bueno, dicen que el tiempo todo lo cura, pero me costó y mucho, yo era muy feliz con él, no he sentido más dolor en mi vida que el día que me dijo que se había enamorado de otra y que no podía seguir conmigo, vamos que cogiera la puerta y me fuera. Pero me da rabia, vivo todo el día escuchando peleas en casa, no tienen ni un poco de afecto, no son capaces ni de darme un beso ni de abrazarme, tengo muchas ganas de conseguir ahorrar un poco y tener un trabajo más o menos estable y pirarme. Por cierto, siento todo esto que te estoy contando —se le escapó unas lágrimas—, pero es que no tengo con quién desahogarme —se rio entre lágrimas y es que era en el fondo tan dulce y niña, que me partió el alma.

—No llores, preciosa —me pegué un poco a ella y la abracé, dándole un beso en la coronilla—. Tranquila, que no estoy intentando nada, solo quiero que te sientas bien —la zarandé con mucho cariño.

—No pasa nada, vaya comienzo de vacaciones te estás comiendo.

—No te preocupes. Por cierto, mañana no vas a trabajar, te vas a quedar aquí unos días conmigo y desconectas de todo, no te preocupes que cobrarás como si hubieras ido.

—No, no, yo voy a trabajar, si hago eso me sentiré una puta y ya es lo que me faltaba, desgraciada y sintiéndome así. Además, no te voy a poner la cabeza como un bombo, ni quiero que me tengas aquí por pena y menos pagarme, que no, que no, eso sí, hoy me quedo aquí, aunque sea en este sofá al aire.

—Candela... —La agarré por los hombros y la hice que se girara para mirarme.

—Dime Nicolás —sonrió.

—Disfruta de la noche, mañana Dios dirá.

—Soy atea —dijo riendo y secándose aún las lágrimas.

—Y yo, pero si hay que rezar, se reza —le di un toque en la nariz y sonrió.

—Tenía tantas ganas de hablar con alguien aparte de conmigo misma, que te juro que me vine sin pensarlo, esa es la verdad.

—¿No tienes amigas?

—Si a Merche y Pepa, pero las dos tienen sus familias, hijos y demás, apenas si tienen tiempo para ellas, como para escucharme a mí.

—Entiendo.

—Ellas hicieron sus vidas con sus parejas, al igual que yo, lo único que a mí me dieron por saco —sonrió con tristeza—. Encima mis padres que son para echarles de comer aparte, se matan entre ellos y a mí me ignoran, son patéticos.

—Mira —le cogí la mano y se la acaricié—, piensa que hay mucha gente peor que tú y, sobre todo, piensa que tú vales mucho y vas a conseguir encauzar tu vida.

—Bueno, ya, que por mi culpa vas a terminar tomando pastillas para la depresión —murmuró, causándome una risa increíble.

—Tranquila, solo quiero que estés bien —le acaricié la mejilla —¿Hasta cuando trabajas en el restaurante?

—Hasta final de agosto.

—Pues fuera, te contrato yo, quiero que te encargues de la comida y limpieza, te pago lo mismo que allí y te puedes quedar aquí los dos meses, tampoco tienes que trabajar por horas, cuando haya que hacer algo lo haces y listo, además —puse mi mano en su oído—, te pienso ayudar —le dije en voz baja, causándole una carcajada.

—No, no, yo me quedo y te lo hago gratis, pero no te cogería dinero y sí que tengo que

trabajar por mucho que me joda, luego me vengo, te limpio y me das alojamiento —se rio.

—En serio, tienes la oportunidad de trabajar para mí, no me voy a arruinar, solo quiero que te tomes dos meses para ti más relajado.

—Pero si no me conoces de nada —sonrió con gesto de no entenderlo.

—Bueno, pero hay algo de ti que me causa mucha ternura.

—Pena, dilo, te doy pena —se echó a reír—. Mañana me voy a currar y punto —me dio una palmada en la pierna—. Pena, la novia del pene y yo no tengo ni una cosa ni la otra.

—Tú, te lo guisas y tú te lo comes —reí haciéndole una caricia en su mejilla —¿Cuándo tienes que avisar a tu jefe de que no vas si faltas un día?

—Una hora antes, pero que voy a ir.

—No, vas a trabajar para mí, te pago lo mismo que él, te vas a quedar conmigo.

—No me digas eso que lloro.

—¿Lloramos los dos? —No sé ni como lo hice, pero la cogí, la senté de lado en mis piernas y la abracé. Ella se dejó abrazar, se agarró a mi cuello como una niña pequeña y se refugió en él.

—¿Y tú, porque me invitaste? —preguntó echándose hacia atrás para mirarme.

—No lo sé, pero me alegro de que estés aquí —apreté su muslo con mi mano a modo de cariño.

—Eres muy guapo —me dijo, ruborizándose y tirándose en mi hombro.

—¿Cómo de guapo? —La agarré por la cintura, acariciando su espalda.

—Muy guapo, exageradamente guapo —se reía y no me quería mirar.

—Dímelo mirándome.

—No, no que me muero —la eché hacia atrás, se tapó la cara con las manos y se las quitó y aguanté.

—Dame un beso —murmuré mirándola, mientras se reía a carcajadas.

—No beso a nadie desde que mi ex me dejó y es con el único hombre que estuve ¡Me puedo morir!

—No te vas a morir ¿Te gustaría dármele?

—Sí, pero no te lo voy a dar —reía.

—¿Por? —Acaricié su muslo por debajo de la falda y es que estaba tan suave y apetecible que no me pude resistir, ni ella me dijo nada.

—Me da mucha vergüenza, me impones mucho.

—¿Te impongo? —reí echándola hacia mí y le seguí acariciando hasta las nalgas y es que me encantaba, no me podía resistir.

—Sí —decía con su cabeza en mi pecho riendo y agarrada a mi brazo al que apretaba entre risas.

—¿Y si te beso yo?

—Me encantará, pero puedo correr el riesgo de desmayarme.

Busqué sus labios y los besé, sonreía mientras seguía mi beso y yo le acariciaba sus nalgas y piernas.

—¿Mejor?

—No — ahora fue ella la que me besó e hizo que se me escapara una sonrisa.

El beso fue más intenso, mis manos no dejaban de acariciarla, me gustaba su tacto, su niñez, su dulzura, su locura... La verdad es que sentía unos deseos que intentaba frenar para no asustarla, pero mis manos no dejaban de jugar con ella.

—Ahora sí que vas a tener que cargar conmigo toda la noche —volvió a reírse y a mí, me

encantaba que lo hiciera.

—¿Segura? —Me arriesgue a acariciarla entre su entrepierna cerca de su braguita.

—Sí —reía sin decirme nada al respecto.

—¿Y me dejarás quedarme pegado a tu lado? —Mis dedos pasaron por encima de su zona.

—Claro — se le veía súper nerviosa, me encantaba.

—Entonces ten claro que no te dejaré ir a trabajar por nada, irás a por ropa a tu casa y te quiero aquí de interna dos meses —me atreví a meter mis dedos por debajo de sus bragas y no me dijo nada, solo sonreía y me daba besos.

—No me lo digas dos veces, que me quedo.

—Te quedas, te quedas... —Metí mis dedos entre sus labios buscando el calor de su zona.

—No sabes la que te caería conmigo, que soy muy tontorróna —me besó y aproveché ese momento para acariciarla con mis dedos por el clítoris.

Soltó el aire sin perder la sonrisa y mirándome sonrojada.

—Quiero que me caiga, lo asumo —la penetré lentamente con los dedos y ella dejó caer su cabeza sobre mi hombro.

—Me estoy muriendo de la vergüenza —decía, dejando que la tocara por esa zona.

—Si quieres, paro.

—No —se rio—, tranquilo —casi soltó un jadeo que intentó aguantar—, a nadie le amarga un dulce.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Soy yo el que quiere regalarte un masaje, ¿me dejas?

—No eres capaz... —dijo, muerta de risa.

—Sí, necesito que esperes aquí cinco minutos.

—Pues me fumo un cigarrillo.

—Claro.

Capítulo 3



En una habitación tenía un colchón sobre el suelo, puse música relajante, velas e incienso, además tenía unos aceites para la piel que valdrían para el momento, así que los puse a calentar un poco en el microondas para que luego hiciera un tacto más sensual.

Fui a por ella, me la llevé por el hombro mientras se persignaba riendo, la llevé a la habitación y le dije que volvería en un momento, que se desnudara, se acostara bocarriba y se echara la toalla por encima.

—Esto no me puede estar pasando —dijo riendo.

—Verás que placentero.

—No me pidas doscientos euros que no te los pienso pagar —murmuró, mientras yo cerraba la puerta e iba a por el aceite que había dejado en el microondas con el tiempo que quería, vamos que ya se había parado hacía tiempo.

Yo llevaba un pantalón corto de sport y una camiseta, así que estaba cómodo, entré y ya estaba tumbada y riendo, me encantaba verla sonreír.

—Relájate, disfruta del masaje, verás lo bien que duermes hoy —dije metiendo un poco la toalla entre sus piernas para que fuera relajándose y se las abrí para comenzar a masajearlas con ese aceite que cogía con mis manos y la embadurnaba.

—Joder, Nico, esto es lo más placentero que me han hecho en la vida.

—¿Te gusta? —No dejaba de echarle bastante aceite e iba subiendo de los tobillos hacia arriba por sus piernas.

—Me encanta —su tono se iba debilitando y es que estaba entrando en conexión con ese momento.

Estuve un buen rato así por todas sus piernas, yo iba notando como se movía levemente buscando que siguiera más.

Metí la mano en el aceite que dejé caer por su zona, se le escapó el aire y se retorció un poco y eso que aún no la había rozado, pero no tardé en hacerlo.

Abrió sus piernas más aún sin pedírselo para dejarme jugar a mis anchas, se lo extendí por el clítoris y la penetré con los dedos de nuevo bien impregnados.

Usaba las dos manos y eso me daba más libertad para ir jugando, con esa cantidad de aceite

que le estaba echando, además de excitarla, me daba un fácil manejo.

Le quité la toalla cuando la noté con más confianza, su reacción fue abrir las piernas, símbolo de que estaba disfrutando de una experiencia única para ella.

Le eché por la barriga y se lo extendí por los pechos, se los masajé apretando un poco los pezones y con la otra mano seguí por abajo.

Volví a coger más aceite y le puse un poco entre sus nalgas, era una zona erógena y quería ver si le importaba o no, con eso podía disfrutar mucho.

Me dejó tocarla por ahí, la acariciaba por fuera metiendo un poco el dedo y noté que no le importaba, así que a dos manos jugueteé por todas sus zonas y no dejaba de echarle más aceite. Fue cuando estaba con su clítoris y ano cuando noté que comenzó a llegar al clímax, por lo que aceleré un poco esos movimientos por detrás y al final estalló doblándose por completo.

—Es el mayor placer que he sentido en mi vida —murmuró avergonzada, tapándose la cara.

—¿En serio?

—Te lo juro, jamás pensé que el que me tocaran por detrás podría proporcionarme esa excitación, esas manos combinadas con el aceite, hacen que te hayas ganado los doscientos euros, pero ya te los pago cuando sea rica —reía.

—Ponte bocabajo, aún queda aceite —le dije riendo.

—No, no, te toca a ti disfrutar.

—Lo estoy disfrutando, pero ahora relájate de lo que has vivido y luego lo hacemos.

—¿Eres de verdad? —preguntó sin dejar de reír y poniéndose bocabajo.

—Y tú, ¿lo eres? —pregunté, volviendo a echar aceite ahora por detrás de su cuerpo.

—Yo no sé ni lo que soy, esto no me puede estar pasando a mí —reía bocabajo mientras yo comenzaba con sus piernas.

Tenía un cuerpo para andar ahí perdido acariciándolo horas y horas, me encantaba, era muy sensual.

Se dejó llevar de nuevo por el masaje que le di por toda la parte de atrás, desde los tobillos a la espalda, luego cuando vi que era el momento, comencé a tocarla de nuevo desde atrás por sus partes y me gustó como levantaba un poco su culo. Le había gustado esa sensación, por lo que fui a darle más placer por ahí y la noté que se vino arriba por completo, momento que aproveché para ponerme un preservativo, levantarle las caderas y penetrarla por la vagina, mientras seguía penetrándola con el dedo por detrás.

Gemía tanto de placer, que daba gloria escucharla, yo estaba también de lo más excitado y me era muy fácil manejarla, ya que no se oponía a nada, todo lo contrario, lo disfrutaba.

Fue una experiencia increíble, llegué al clímax disfrutándolo al máximo, ella cayó hacia abajo rendida, la había hecho llegar a ella también de nuevo.

Fui al baño y cuando regresé le quité todo el aceite que pude del cuerpo con la toalla, ella reía diciendo que le podía freír beicon en el cuerpo, luego la llevé a la ducha, la enjaboné bien, con una manopla le quité todo lo que pude, su piel era suave, pero con ese masaje le dejé el cuerpo más suave todavía.

Se puso un camisón cortito de algodón y me la llevé a la cama, la eché sobre mí y comenzó a acariciar mi pecho, estaba pensativa.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —la sentí sonreír—. Jamás estuve con nadie como te dije y menos con esta diferencia de años. Ahora entiendo porque a las chicas les dieron por los maduros —murmuró sacándome una carcajada.

Se quedó dormida en mi pecho, yo tardé un poco en conciliar el sueño, la verdad es que había sido un comienzo de vacaciones de lo más agradable, ni en mis mejores sueños hubiera imaginado algo así. La verdad es que Candela me encantaba, era muy divertido y emotivo charlar con ella.

Fue por la mañana al ir a abrazarla que algo me hizo abrir los ojos ¿Dónde estaba? Me levanté y fui a la cocina, ni rastro de ella ni de su ropa por ningún sitio, lo primero que pensé es que se había ido a trabajar y yo no quería eso, la quería haber retenido a mi lado.

Capítulo 4



Me vestí y fui a desayunar al bar para verla y hablar con ella, me extrañó que ni rastro de ella por ningún sitio, así que cuando se acercó uno de los camareros y le pedí el desayuno aproveché para preguntarle por Candela.

—Ya no trabaja aquí —eso me dejó en shock.

—Pero, ¿vino hoy a trabajar?

—Sí, pero el jefe la despidió —el chico lo dijo un poco triste y preocupado.

—¿Sabes dónde vive?

—Exactamente el bloque y piso no, pero junto al supermercado de la entrada del pueblo, en la plazoleta que hay.

—¿Por qué la echó?

—Si lo digo corro el riesgo de perder mi trabajo.

—Dímelo, no diré nada, necesito saber que pasa.

—El jefe está detrás de ella, como no se deja llevar por él, no dejaba de putearla por decirlo de alguna manera, ella aguantó por no perder el trabajo, pero hoy la rozó, ella le dio una guantada y él, le tiró el bolso de malas maneras para que se fuera.

—¿Aquel de la barra?

—Sí.

—Ok, gracias, no me has dicho nada, vete tranquilo que ya me encargo yo.

—¿Eres amigo de Candela?

—Sí.

—Está en peligro también en su casa no sé si te lo dijo, ha venido más de una vez con golpes en su cuerpo, su padre cuando bebe la maltrata, yo la quiero mucho y no se merece eso —esas palabras me hicieron un entripado increíble.

—¿Tienes una foto de ella? ¿Y su teléfono?

—No, pero en su Facebook las tiene públicas. Su teléfono se lo dejó aquí en la barra.

—Dime su nombre completo.

—Candela Lara Astorga.

—Gracias, vete ya que no te vean hablar conmigo mucho que ahora voy a por tu jefe para que

me de unos datos por las buenas o por las malas.

—Vale. Dile si la encuentras que puede contar conmigo.

Me contuve de no ir a reventarle la cara, me tomé el café y me dirigí a la barra.

—Me dijo Candela que se dejó el teléfono aquí, además quiere su copia de contrato.

—¿Quién eres?

—Su abogado.

—¿Me va a denunciar?

—Eso a ti no te interesa, dame lo que te he pedido o te lleno esto de policías.

—El contrato aún no lo llevé a la Seguridad Social —dijo, entregándomelo junto al móvil.

—Págame ahora mismo lo que le corresponde de aquí a finales de agosto que iba a estar contratada, o te juro que va a ser tan grande la denuncia, que no vas a vivir más que para pagarle a ella.

—Pero...

—¡Ya! O mañana estás en los periódicos por abusos.

Entró en un cuarto y salió con un sobre, me lo puso en la barra, lo abrí y eran las nóminas del mes de julio y agosto, conté dos mil euros y me largué.

En el contrato pude ver su dirección, así que me fui directo para su casa, era un barrio un poco de aquella manera, pero aparqué en un Mercadona que había allí y anduve hasta su bloque.

La puerta de abajo estaba abierta, así que cogí el ascensor y al abrir la puerta en su planta lo primero que escuché fue horrible.

¡Hija de puta, que no vales para nada, ni para conservar el trabajo! ¡Si te tenías que acostar con él, lo haces, que es quien te da el pan, zorra! —se oyó una hostia que sonó en toda la planta y que me retorció de dolor como si me la hubieran dado a mí. Se escucharon sus sollozos y sus suplicas para que no le pegara.

Llamé a la puerta a golpes, ni siquiera toqué el timbre, di tantas veces y tan fuerte que casi la tiro abajo. No tardó en abrirme el padre con un aspecto de borracho y una peste increíble, encima en calzoncillo y con ese barrigón fuera, daba pena y asco verlo.

—¿Quién cojones eres?

—Háblame mal y sales por las escaleras rodando —fue decir eso y asomarse Candela, casi me da algo cuando le vi sangrando un lado del labio.

—Candela, coge todas tus cosas y sal para afuera, no te dejes nada —le advertí, señalándole con el dedo.

—Nicolás... —dijo llorando.

—¡Ya! —le grité para que espabilara y no entrara en una espiral de no querer hacerlo.

—No te la vas a llevar —dijo el padre y lo cogí por el cuello.

—Métete en la cocina y no salgas hasta que escuches que tiramos la puerta abajo al cerrarla.

—Vale, vale —dijo, levantando las manos.

Ni rastro de su madre, él se metió en la cocina y yo me quedé esperando en la puerta de la cocina cerrada para que no saliera e hiciera una locura.

Salió con bolsas de hombro y una maleta, llorando y con un apósito colocado en el labio para no seguir sangrando.

—Vámonos preciosa, ya no vas a volver aquí.

—Pero, Nico...

—Vamos —cogí sus cosas y cerré de un portazo.

La abracé en el ascensor y le dije que no hablara, que estuviera tranquila y se relajara, que

estaba a salvo y no iba a permitir que nadie más la humillara ni vejara en su vida.

—No tienes que meterte en esto, no te pertenece.

—Ya, sí —abrió la puerta del ascensor para que saliera y en ese momento se le cambió la cara.

—¿Dónde vas? —le preguntó una mujer con muy mala hostia y ella, agachó la cabeza, entendí que era su madre.

—Se va donde nadie va a tener los santos cojones de volverla a tratar mal, allí se va —la agarré mientras con la otra mano llevaba su maleta y bolsas y la saqué de allí.

Metí todo en el coche y la monté a ella, que no dejaba de llorar con el corazón encogido.

—No llores —le acaricié la cara—, no llores que ya no lo vas a volver a pasar mal en la vida. Toma tu móvil —lo saqué de la guantera —y esto —le puse el sobre en las manos—. Es lo que me dio tu jefe por los dos meses que no vas a trabajar por su culpa.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto, ya se acabó todo, no estás sola y ya está bien de que te use como saco de boxeo todo el mundo.

—Pero, no tengo nada.

—Sí, nos quedamos en el chalé y cuando yo me marché, te vendrás conmigo, en mi empresa no te quepa duda de que tendrás trabajo y tampoco te faltará un techo. Soy constructor y si algo tengo son viviendas, aunque en mi casa también te puedes quedar.

—No quiero ser un estorbo en tu vida.

—No, no lo eres, no vuelvas a decir eso.

—No me conoces de nada.

—Me corto un brazo a que no eres mala persona, no suelo equivocarme.

—No sé, déjame pensar unos días, con esto —se refirió al dinero del sobre —puedo irme a trabajar fuera y coger un piso compartido.

—Candela, no hay nada que pensar, te vas a venir conmigo y si no quieres estar en mi casa, te irás a uno de los pisos. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, te estoy diciendo que, a partir de ahora, tienes un amigo que no te va a dejar sola.

Miró por la ventanilla mientras lloraba, yo le acariciaba la mano y con la otra conducía.

No, no iba a permitir que a esa chica le volvieran a hacer nada, no sabía por qué, pero para mí ya era alguien como si de mi propia familia se tratara.

Capítulo 5



Metí el coche en el chalé y bajé sus cosas, ella no dejaba de llorar, la senté en el sofá y le preparé un desayuno, aún era temprano.

—Candela, lo sé todo, no me vas a tener que contar nada, pero ya pasó.

—No quiero estar aquí —dijo con el corazón encogido.

—Vale, no te voy a obligar, pero a tu casa tampoco vas, te alquilo algo, te voy a ayudar.

—Eso es lo que no quiero, que te impliques en algo que no te pertenece.

—Dime una cosa —me agaché y me puse entre sus piernas—. ¿Te incomodo?

—¡No! Soy yo la que estorbo.

—No vuelvas a decir eso, si fuera así, no te habría buscado.

—Quiero morirme, pero no tengo las agallas para hacerlo, lo intenté en dos ocasiones — lloraba con una tristeza y dolor, que me partía por la mitad.

—No vuelvas a decir eso, no lo hagas, créeme que ya no estás sola.

—No soy la que conociste ayer, esa quiso evadirse por unas horas, disfruté, no lo niego, ¿quién no lo haría con una persona como tú? Pero yo no soy esa, vivo con ansiedad, estoy al borde de una depresión y a veces, tengo que tirar de pastillas para dormir.

—Te voy a ayudar con todo eso y cuando nos vayamos, buscaremos un especialista en la ciudad.

—No, no, por favor, no quiero ser una carga.

—Candela, deja de decir eso, por favor.

Le di un abrazo y dejé que se desahogara con ese llanto que tenía que soltar, era necesario.

La senté en mi regazo y la obligué a que desayunara, en ese momento solo hacía tirar del tabaco, pero no le quise decir nada, yo fumaba, pero poco, ella en ese momento se agarraba a eso y la comprendía.

Se tomó un zumo, el café y casi nada de la tostada, tenía el estómago cerrado, estaba muy nerviosa, ida, pensativa, con una tristeza que ningún ser humano se merecía y menos ella.

La acompañé a colocar sus cosas, le dejé un baño completo para que pusiera sus productos personales y un armario en la habitación para que colocara su ropa. No dejaba de decir que le daba mucho apuro, pero yo la animaba y abrazaba para que viera que yo estaba feliz de que

estuviera aquí conmigo.

Nos fuimos a la cocina a preparar la comida de mediodía, la intenté animar, intentaba que no pensara y que volviera a sonreír como ella lo hacía, la mimaba todo lo que podía y es que me nacía del corazón, ese que ya se había ganado por completo.

La mañana para mí había sido como un choque contra algo que no puedes permitir, bajo ningún concepto, es algo que escuchas y te escandalizas, pero cuando te toca en cierto modo de cerca, eso te vuelve loco y te llevas por delante a quién sea por proteger a la persona que está vulnerable en manos de personas indeseables.

Dejamos la comida lista y salimos a pasear un poco, a tomar un vino en otro bar que había en la playa, era obvio que el del capullo ese no lo íbamos a pisar por nada del mundo, más que nada porque lo mataba y tenía mucho odio dentro de mí en esos momentos hacia ese tiparraco.

Ella estaba mal, de vez en cuando sonreía cuando la abrazaba y le soltaba una de las mías, pero estaba mal, debía ser fuerte estar en su lugar, incluso ahora que se sentía de prestada, pero nada que ver con la realidad No se podía imaginar lo feliz que me hacía estando a mi lado y la compañía tan grande y agradable que era para mí.

Estábamos sentados frente al mar y se hacían muchos silencios, yo le acariciaba la mano en todo momento y se la apretaba para que supiera que estaba de su lado, que la entendía...

—Nico, no te sientas mal por lo que te voy a decir, pero buscaré el modo de encontrar algo donde meterme.

—Te estás buscando que te ate en la casa para que no te escapes —hice un sonido con la garganta y sonrió tristemente.

—No, por favor, es que...

—Solo dime una cosa ¿Estás incómoda a mi lado?

—No, es lo más bonito que he sentido en mi vida, jamás nadie me trató y dio la cara por mí como tú, además te lo dije, eres una persona que cualquiera desearía tener en su vida.

—Pues no vuelvas a decir esas cosas, quiero que estés conmigo y quiero curar todas esas heridas que te causaron injustamente.

—No tendré vida para agradecerte...

La corté, acercándome a ella y dándole un beso, luego pedí la cuenta y nos marchamos, ella quiso pagar a toda costa, pero una mirada fulminante al camarero fue suficiente para que no le hiciera caso.

La llevé entre mimos, besos, abrazos y conseguí hacerla reír.

Nos sentamos a comer en el jardín, el día estaba lindo y no se podía desaprovechar, ya se fue animando, aunque la procesión la llevara por dentro, pues no debía de ser fácil digerir todo lo que había pasado.

Cuando terminamos de comer nos metimos en la piscina a darnos un baño, la tuve abrazada y sobre mi cintura todo el tiempo, ella no dejaba de abrazarme bien fuerte y darme unos preciosos besos y yo, me sentía el hombre más dichoso del mundo, ni que decir tiene que ella no tenía ni la más mínima idea de lo que me hacía sentir.

La dejé en la hamaca y encerrada en la casa, vamos con llave, esa no se me escapaba, me fui a comprar dulces a una pastelería y regresé lo más rápido que pude.

—¿Te pensabas que me iba a escapar? —sonrió.

—Sí, pero no porque te quieras ir, sino porque piensas lo que no es y por no molestar.

—Tranquilo, no te haré buscarme más —me acarició el brazo.

—Más te vale, Candela —le di un beso en los labios.

—Me encanta cuando pronuncias mi nombre —me acarició la mejilla.

—Tu nombre es que se las trae...

—¿Por?

—Es un nombre con carácter, me suena sexy, con personalidad, me gusta...

—¿Sexy? —sonrió.

—Muy sexy —dije cogiendo el merengue de un pastel y poniéndoselo en la nariz.

—Te la has buscado, Don Nicolás —me puso chocolate en la cara y comenzó la guerra.

Nos comimos los dulces a trozos, aquello fue una guerra en vivo, pero le agarré las manos, la senté en mi falda y comencé a darle pastel obligada, lo que se reía era poco.

Terminamos teniéndonos que meter bajo la ducha del jardín, pero muertos de risa, eso es lo que quería, verla reír, que no dejara de hacerlo.

Pasamos una tarde en el jardín de lo más divertida y luego preparamos unas hamburguesas con un pan redondo y crujiente que traje para cada uno y hacía que quedara espectacular.

Capítulo 6



Nos tomamos una copa en el sofá del jardín, estaba ya más relajada y muy cariñosa conmigo, me encantaba esa parte de ella en la que no dejaba de darme besos y abrazos.

Nos habíamos duchado y tenía puesto un vestidito camisón que le quedaba de lo más sensual, además me tenía malo, no llevaba sujetador y era rozarla y no poder contenerme.

Se sentó encima de mí, de frente y comenzó a darme besos por toda la cara mientras reía.

—Eres lo más guapo del mundo —se reía sin dejar de besarme mientras yo la agarraba por las nalgas.

—Un poco mayor, pero tengo mi punto —le busqué la lengua.

—Eres jodidamente sexy —mordisqueó mi labio.

—Te gané con ese masaje —la moví un poco encima de mí, mientras la besaba.

—Buah, ya me estoy poniendo mala —reía.

—¿Un masaje?

—¡Sí! —Levantó sus brazos haciendo la v con sus dedos—, pero dormimos allí, con el aceite y todo.

—Claro —me levanté con ella encima y me la llevé mientras me abrazaba y besaba a la habitación de la cama baja.

Le puse los cojines bien para que se pusiera cómoda y me fui a calentar el aceite. Dejé música relajante puesta y las velas encendidas junto al incienso.

Cuando entré se reía, desnuda con su toalla sobre el cuerpo.

—¿Te has tapado hoy?

—Claro, como ayer, que una siente vergüenza, aunque no lo parezca —reía.

—Pero imagino que menos nerviosa que ayer —me puse de rodillas al principio del colchón entre sus piernas y cogí un buen pegote de aceite y se lo comencé a untar en una de sus piernas.

—No te creas, pero bueno, no me resisto a algo así, yo me dejo hacer lo que quieras y tan feliz —reía.

—Eso me parece perfecto, me alegra que te fíes de mí.

—Yo leo muchas novelas románticas con erotismo y siempre pensé que algo así no me pasaría a mí ¿Quién me lo iba a decir?

—¿Qué tipo de erotismo?

—Todo, suave, más fuerte, con juguetes —se reía.

—¿Y te daba morbo?

—Me ponía malísima.

—Imagino que luego te tendrías que quitar a ti misma el calentamiento —le seguía subiendo hacia los muslos y ya veía como ella contoneaba las caderas y las levantaba deseando que mis manos llegaran a sus partes.

—Sí, hasta estuve a punto de comprar el Satisfayer —se echó a reír justo cuando le toqué con bastante aceite su zona y le salió un pequeño gemido.

—Nunca lo usé con nadie, pero oye, que todo es pedirlo y hago que lo pruebes.

—Contigo, lo que sea —murmuró con la respiración agitada al notar mis dedos penetrándola por la vagina y estimulándole con la otra mano el clítoris.

—Pues haré un pedido, a mí me encanta hacer disfrutar en el sexo, me vuelve loco.

—Eres muy generoso, sí.

—Disfruto tocando, tanto, o más que haciéndolo.

—Pues me puedes tocar todo lo que quieras que yo me dejo —decía riendo y moviéndose de lo más excitada.

—Ese es el mayor regalo que le podían hacer a mis oídos —saqué las manos y le eché un chorro de aceite en su estómago.

Con una mano iba extendiéndolo por sus pechos y apretando con cuidado sus pezones mientras que, con la otra, iba penetrándola por delante y alternando con tocarla por detrás, por sus movimientos, sabía que le apetecía.

Por detrás iba con mucho cuidado y echando mucho aceite para no hacerle daño en ningún momento, pero ella relajaba la zona muy bien y me era muy fácil ir introduciendo el dedo.

Por sus resoplos sabía que la tenía muy excitada y abierta a todo, así que seguía tocándola por ambos lados y jugando a la vez con el dedo gordo en el clítoris. Cuanto más rápido tocaba por detrás, más notaba que iba llegando al clímax, así que, con cuidado, pero seguridad, le metí el dedo un poco más y fue cuando chilló de placer y sé que llegó. Le noté ese temblor de piernas.

Hice que se girara para descansar bocabajo y yo seguir relajándola con los masajes, quería que disfrutara, que se olvidara de los problemas que había tenido tan graves, quería dejarla agotada para que esa noche durmiera de lo más relajada.

Le eché un chorreón desde el cuello hasta los muslos, comencé a tocarla de una manera muy plácida, que notara aquellas caricias por toda su espalda, nalgas y muslos.

—No me he recuperado, pero me da igual ir a por un segundo —murmuró poniendo la cara de lado y riendo.

—Y si hace falta un tercero, aquí estoy para dártelo.

—Joder, Nico ¿Eres de este planeta?

—Sí, del mismo que el tuyo —le daba entre las piernas y veía que de nuevo se venía arriba, me encantaba verla excitada y más, que yo fuera el responsable.

—Pues qué lástima que no te conocí antes —rio.

—Nunca es tarde, si la dicha es buena —le rocé por delante, pero sin llegar a más nada, quería que disfrutara más tiempo, quería agotarla, claramente eso quería, además, yo disfrutaba como un niño pequeño disfrutando de ese cuerpo que era un placer estar en contacto con él.

—Eso es verdad —ya tenía de nuevo la respiración entrecortada.

—Creo que lo vamos a pasar estas vacaciones muy bien —apreté sus nalgas con fuerza, tenía

un tacto perfecto, daban ganas comerla a bocados.

—Jo, yo me siento mal, de vacaciones por la cara, quiero que te quedes lo que me dio... ¡Ahhh! —La penetré con dos dedos para que no siguiera hablando.

—Eso es tuyo y lo vas a guardar, no quiero que hablemos de dinero ni de sentirse en casa ajena, quiero que te sientas como en casa —volví a sacar los dedos para echarle más aceite por la espalda y acariciarla, mientras sabía que suplicaba interiormente que jugara con todas sus partes.

—Pero... —Le toqué el ano, sabía que la callaría —Deja ya de joderme para que no hable —dijo muerta de risa y le metí el dedo un poco más adentro—. Nicolás —reía sin poder casi ni hablar—, eres un caso.

—Pero el mejor de los casos, ¿no? —Lo saqué y seguí masajeando.

—Házmelo hasta por las orejas, pero házmelo, estoy que me subo por las paredes — reía con esa suplica que le salía del corazón, y es que yo la notaba que estaba a mil, como yo, que la giré, le abrí las piernas y me lancé con mi boca a sus partes.

Se agarró a la toalla y se retorció para atrás, le succioné y no se lo esperaba, soltaba el aire agitada y gemía.

Mi lengua y labios se volvieron locos entre sus partes, mi mano derecha le apretaba un pezón y con la otra la penetraba con un dedo para ponerla aún peor.

Llegó al clímax cayendo derrotada, temblando a más no poder, me puse encima y la abracé, me encantaba esa adorable loquita que había irrumpido en mi vida.

La tapé con las sábanas y me puse junto a ella.

—Ah no, ahora te toca a ti.

—No, descansa, de verdad, he disfrutado viendo como tú lo hacías.

—Ni de broma —quitó la sábana, cogió un preservativo, vino toda graciosa y me lo colocó. Luego se sentó encima de mi miembro y comenzó a moverse de la forma más sensual y elegante que jamás había visto.

La agarré y me moví con ella, la ayudé, aquello fue uno de los mejores momentos sexuales que jamás había tenido, los dos haciéndolo y ella encima de mí de esa manera.

Nos mirábamos y era una conexión total, se podía ver en sus ojos que estaba disfrutando tanto como yo, y que aquello era algo muy intenso que estaba pasando entre nosotros, algo que estábamos sintiendo con cada momento.

La dejé tumbada cuando terminamos y me fui al baño, cuando regresé me pegué detrás de ella, la abracé y así fue como nos quedamos dormidos, con gel por todos lados y de lo más relajados, sobre todo ella. Sabía que eso le había venido bien.

Capítulo 7



Desperté en medio de una excitación muy grande y no era para menos, tenía a Candela entre mis piernas lamiendo y mordisqueando mi miembro.

—Candela... —murmuré, aguantando esos gemidos que me salían.

—¡Buenos días, jefe, aquí la interna haciendo los deberes! —gritó como si yo estuviera en otro lado y luego siguió lamiendo.

—¿Jefe? ¿Deberes? ¿Qué me he perdido?

—Que acepto la oferta de limpiar y cobrar, además, entra el sexo.

—Ah, muy bien, que me va a costar hasta el dinero —me reí en medio de aquella excitación.

—Es broma, hombre, yo te lo hago todo gratis y con muchas ganas.

En ese momento me corrí, pero vamos sin poderlo ni remediar. Sacó su cara de entre las sábanas y vi la que había liado.

—Perdón —me reí.

—No le echas hoy leche a mi café, por favor —dijo, causándome una carcajada.

Me la llevé para el baño mientras lloraba de la risa, ese momento se me iba a quedar grabado para toda mi vida.

La enjaboné jugueteando con su cuerpo, hasta le di por sus partes con el mango de la ducha que echaba el chorro a presión, además lo había comprado nuevo, así que la puse de nuevo de lo más excitada y allí la hice correrse de espaldas a mí, mientras la agarraba por su pecho con un brazo y con el otro le tocaba el clítoris con esa ducha y el agua a presión.

—De esta no sobrevivo —dijo riendo, es lo que más me gustaba, estaba consiguiendo que no dejara de hacerlo.

Le puse las manos contra la pared en alto y la penetré, lo hicimos de la manera más excitante que se podía hacer a primera hora de la mañana.

Salimos de la ducha y cambié la cama del suelo, quité todas las sábanas para lavarlas con las toallas y la dejamos hecha de nuevo.

—Esta nos espera de nuevo —dijo palmeando la cama cuando la hicimos e íbamos ya para desayunar.

—Por supuesto, no lo dudes.

Desayunamos en la terraza y me puse a mirar una tienda de juegos eróticos mientras ella estaba con su móvil. Ni vio la compra que estaba haciendo, ni se imaginaba que lo estuviera pidiendo o mirando. Satisfayer, aceites de muchos tipos, algunos vibradores, tanto vaginales como anales, incluso unas plumas para jugar por el cuerpo y otras cosas que estuve viendo y me parecían excitantes y morbosas. Inclusive cogí otras para hacerle la broma, sabía que con su sentido del humor lo íbamos a pasar muy bien.

Lo compré en una tienda cerca de aquí y lo entregaban en menos de una hora para la ciudad, es más, cuando estábamos desayunando llegó el mensajero y me entregó la caja.

Candela ni se imaginó que era algo que había acabado de pedir, pensaría que era algo que estaba esperando de antes, no dije ni media, lo llevé a esa habitación y volví a seguir disfrutando de aquel relajado desayuno.

Luego le dije que se pusiera el bikini y ropa cómoda, que nos íbamos a pasar el día fuera. No le desvelé hacia donde íbamos y cuando llegamos en el coche hasta la entrada una hora y pico después, se puso las manos en la boca.

—¡Aqualirenaaaa! —gritó emocionada, al descubrir que íbamos a un nuevo parque acuático que era alucinante.

—Nos lo vamos a pasar pipa —le hice un guiño y nos bajamos del coche.

Se puso a saltar como una niña pequeña, emocionada a más no poder. Cogimos la entrada en la que no tenías que esperar colas y fuimos flechados a la zona de toboganes acuáticos, después de dejar las cosas en la taquilla que había entre las hamacas nuestras.

Yo miré hacia abajo una vez arriba y me entró hasta cosquilleo, ella toda decidida se sentó y se lanzó diciendo adiós, mientras el monitor se reía de verla tan decidida.

—Esta hoy me mata —le dije al chico, que soltó una carcajada.

—Es lo que tiene traer a las hermanas.

—¿Qué dices? Es mi... Déjalo, me está esperando —murmuré cuando escuché los chillidos de ella desde abajo.

Me tiré y juro por mi vida que pensé que me mataba cuando me estampara contra el agua, solo esperaba no arrepentirme de haberla traído.

—Vamos a los donuts, Nico —gritó haciéndome el gesto con la mano para que la siguiera, pero yo tenía un mareo que pensaba que caía desfallecido.

Y, cómo no, la seguí hasta los donuts donde nos montamos, eso comenzó a dar giros por todas esas curvas y Candela, gritaba emocionada y yo solo pensaba que de la otra me había salvado, pero de esta, ni un milagro lo hacía, además que llevaba un mareo de esos que sabes que vas a terminar echando la primera papilla.

Salimos vivos, sí, pero yo tenía que frenarla.

—Tengo un hambre que me muero —me toqué la barriga.

—Espera, nos tiramos de eso y luego vamos a comer —jalaba de mi mano para ir hacia arriba de nuevo en los carritos que nos trasladaban y ahora quería tirarse desde el tobogán doble más alto y con más curvas de todo el parque.

—¿Estás segura de que quieres? —pregunté, cuando ya estaba sentada en la parte de delante de la esterilla donde nos teníamos que sentar y no me quedó otra que hacerlo detrás de ella, agarrarme a una goma que nos separaba y listo para ver de nuevo a San Pablo, abriéndome los brazos.

Yo no sé qué hacía que me daba cada golpe en los brazos, que ya me dolían una barbaridad y la niña ahí iba, con los brazos en alto como la que celebra un gol, en fin, que la llegada a los

cuarenta me estaba pasando factura.

—Cuando comamos nos tenemos que montar en todo —decía tocando las palmas emocionada y yo solo pensaba que entonces es cuando echaría la primera papilla y hasta lo que no era la papilla.

—Yo te espero en la hamaca luego y tú, disfruta tranquila.

—No, no, me has traído y tú, te montas también.

—Vaya por Dios, que suerte tengo —murmuré y me dio una palmada en el hombro.

Pedimos unos menús de hamburguesa con patatas y refresco, además de unos complementos de bolas de queso y de pollo, nos lo llevamos a nuestras hamacas y comimos allí.

—Me lo estoy pasando como una enana —dijo emocionada, mientras mordisqueaba la hamburguesa.

—Yo también, yo también —murmuré con ironía y yo solo sabía que me estaba comiendo la hamburguesa a pellizcos, no la quería acabar por nada del mundo.

El resto del día fue tirándonos de todo, pero al final como que me adapté y me lo estaba pasando pipa, se me fueron esas sensaciones fuertes del principio.

Candela, me dio un abrazo fuerte cuando salimos, antes de montarnos en el coche.

—Me has hecho pasar un día impresionante, gracias.

—Nos queda mucho verano y cosas por vivir —le apreté la nalga.

—Y muchos masajes —se reía.

—De eso tenemos que hablar —aguanté la risa arrancando el coche y recordando lo que había llegado a casa.

—¿Qué pasó?

—¿Recuerdas que esta mañana me llegó un paquete?

—Sí.

—Lo pedí esta misma mañana, es de juguetes eróticos y...

—¡Me muero! Yo quiero probar todo lo que hayas pedido —reía.

—Claro, cuando quieras.

—Hoy mismo, después de la euforia, el relax —se acercó a besar mi cara y me tocó el miembro.

—Dios no me hagas eso ahora que nos podemos estampar.

—Me has puesto mala, Nico, encima de cómo tocas y que ahora tengas esas cosas como en las novelas —no dejaba de reír nerviosa y feliz.

Llegamos a la casa y preparamos la cena, nos salimos al jardín a cenar, no dejaba de reírme con ella cuando recordaba las cosas del parque, lo que había disfrutado Candela, no tenía precio en absoluto.

Capítulo 8



Se fue directa a la habitación de los masajes, no tardó en desnudarse y tirarse con la toalla por encima mientras yo sacaba todo lo del paquete, ni tiempo me dio a la música y las velas, cosa que hice en este momento.

—Pero, ¿sigues poniéndote la toalla a estas alturas? —pregunté riendo.

—Sí, que tiene su erotismo cuando comienzas el masaje y luego la quitas.

—Por cierto, luego nos duchamos y nos vamos a la cama de la habitación principal que al final nos vemos todos los días durmiendo en el suelo.

—Pues a mí me encanta —se rio.

—Pues entonces no he dicho nada —le hice un guiño mientras desenchufaba el calentador de aceite que había comprado, para no tener que estar andando hasta la cocina para hacerlo.

Me desnudé antes de ponerme entre sus piernas y a un lado de la cama había colocado todo para tenerlo a mano, tenía que ir viendo cómo iba reaccionando a esos juguetes y no hacerlo de golpe, pero sabía que ella se dejaba llevar bastante bien.

Le recogí las rodillas y abrí las piernas...

—Ya estoy caliente —murmuró de forma graciosa.

—Aún ni te eché el aceite.

—Para que veas como me subes el termómetro corporal.

Cogí un antifaz y se lo puse en los ojos.

—Verás que así las sensaciones son más fuertes.

—No veré, con los ojos tapados no veré —murmuró riendo.

—Piensa en algo muy agradable —dije, mientras le untaba en las piernas aceite y comenzaba a masajearla.

—En ti, es en lo único que puedo pensar para que así sea.

—Me encanta, pues disfruta...

—Lo hago, solo con el contacto de tus manos ya me quiero rozar con todo —se reía.

—Paciencia —murmuré sonriendo, aunque ella no me podía ver, pero es que verla así y diciendo esas cosas, me sacaba la mayor de mis sonrisas.

Fui, poco a poco, llegando hacia arriba y acariciando sus partes sin quitarle esa toalla que

estaba dejada caer por su pubis. Hoy quería hacerla sentir más profundamente todo, no la iba a dejar que llegara al clímax tan fácilmente.

Después de ponerla malísima continué hacia sus pezones, yo estaba en medio y ella me rodeó con sus piernas, quería apretarme para sentir mi miembro y yo la rocé un poco para que se complaciera algo, pero quería que fuera lento.

—¡Me estás matando, necesito que hagas algo para que me corra! —gritó entre jadeos y risas.

—No hemos hecho más que empezar, tienes que aprender a aguantar para disfrutar mejor.

—Tengo la sensación de que voy a explotar.

—Vale, pega el culo al colchón, vamos a jugar un poco, no levantes las caderas.

—Sí hombre, con el calentón que tengo.

—Ponte bocabajo —le dije y no me dio tiempo a terminar, cuando ya se había dado la vuelta.

Le abrí bien las piernas y le eché un chorro de aceite en el trasero, eso resbaló bien mi dedo hacia dentro y ella gimió por completo, me gustaba que no pusiera peros y disfrutara de esa zona que era tan erógena como la delantera.

Saqué el dedo y comencé a jugar con un dilatador anal que la volvió loca, gritaba, jadeante y pedía más, ella quería más y eso me ponía a mil por horas.

Le hice levantar el culo con sus piernas recogidas hacia dentro y su cuerpo hacia delante, le coloqué unas bolas chinas que la hicieron reventar de placer, se las dejé dentro y la giré.

—Hazme ya lo que sea o me vuelvo loca —dijo, agarrándose a las sábanas.

—Calma, disfruta...

Le metí los dedos por delante y se retorció de placer, luego le introduje un vibrador y lo puse al máximo, tenía más juguetes, pero, poco a poco. Ahora mismo tenía claro lo que quería, así que, con las bolas por detrás, el vibrador por delante, faltaba el succionador de clítoris que había cogido el más potente, le abrí con los dedos los labios y lo coloqué arriba, comenzó a volverse loca, era para verla.

Con una mano aguantaba el succionador y con la otra pellizcaba sus pezones, ella no dejaba de levantar las caderas y gritar de placer, se corrió y cayó, que parecía que no tenía ni conocimiento.

Le saqué todo menos las bolas chinas, me coloqué entre sus piernas la eleve y comencé a lamerla, se agarró a las sábanas diciendo que no lo soportaría, pero lo hizo, hice que se corriera de nuevo y la dejé agotada.

La puse bocabajo y la dejé reposar un poco, le saqué las bolas y no le levanté las caderas, la dejé tumbada mirando al colchón, le llene de aceite su ano y puse mi miembro en la entrada, iba a intentar hacérselo por ahí, si podía, claro, iría poco a poco.

—Si te duele lo más mínimo, me avisas —murmuré, introduciéndola lentamente.

—Vale —murmuró soltando el aire mientras la iba penetrando.

Ni se quejó, todo lo contrario, se relajó y me dejó entrar por completo.

Me moví lentamente, aquello me daba un placer muy fuerte, a ella la sentía jadear por lo que sabía que también estaba disfrutando. Se lo hice por detrás de una manera de lo más sensual, la verdad es que para ser tan joven ella sabía disfrutar y no poner pegas, sabía cómo controlar la relajación y no ponerse nerviosa.

Me eché a su lado y la giré para abrazarla.

—Estoy muerta, te juro que no he disfrutado del sexo más en mi vida.

—Me alegro, espero hacerte disfrutar mucho más.

—Yo me dejo, claro que sí —se rio pegándose más a mí, para que la abrazara.

—Me encantas... —le mordisqueé el labio —¿Quieres dormir con unas bolas en la vagina?

—¡Sí! —gritó feliz y me giré a coger unas que no había usado aún.

Se las metí, eran tres y se quedó de lo más relajada con ellas dentro dispuesta a dormir así esa noche.

Capítulo 9



Noté un chorro de aceite por mis piernas y sus manos comenzando a masajearme, reí sin aún haber abierto los ojos.

—Buenos días, Candela.

—Buenos días, jefe, te toca relajarte.

—Pero al que le gusta dar placer es a mí —carraspeé y solté el aire al notar sus manos acariciando mi miembro y acariciando por dentro de mis glúteos.

—Calla, que ahora me toca a mí —restregó sus partes de una manera muy sensual entre mis piernas—, además, yo no me quejé de nada, así que tú, chitón, o te meto por detrás mi gran vibrador vaginal.

—No, no, yo me callo —reí mientras soltaba el aire del calentón que tenía.

Jugueteó con mi miembro y la entrada de mi culo, además de lamerme por completo y ponerme a mil, me hizo llegar al clímax de una manera asombrosa.

Me levanté y me la llevé a la ducha donde se lo hice de espaldas, mientras le acariciaba el clítoris y ella se apoyaba contra la pared levantando su culo, me gustaba ver cómo se soltaba para mí, como se dejaba llevar por esos momentos de lo más sensuales.

Nos pusimos los bañadores, ya que íbamos a pasar el día aquí, de piscina relajadamente.

Ella se puso un bañador blanco que hacía como un semicírculo en su barriga y por los lados se dejaba entrever algo de su pecho, ya me había puesto malo de nuevo solo de verla.

Metí en un neceser dos geles, el Satisfayer y algunos juguetes, sabía que hoy nos iba a entrar un calentón en el jardín y, por supuesto, íbamos a terminar allí liando lo más grande, y es que Candela era pura pasión, esa mezcla entre clara juventud y la lujuria que me provocaba su cuerpo.

Dejé el neceser sobre el sofá y nos fuimos a la mesa a desayunar, ella sabía lo que contenía porque hasta metió descaradamente las bolas chinas, le propuse ponérsela, pero me dijo que un rato después.

Desayunamos tostadas de queso Philadelphia con mermelada, a ella le encantó, decía que nunca lo había probado así.

Luego la dejé relajada leyendo en el sofá y me fui a preparar el fondillo de la paella que iba a

hacer para comer, pero dejé listo todo para solo echar luego el arroz.

Regresé y me tumbé a su lado, nos pusimos a charlar entre risas y se subió para sentarme sobre mí, aquello me hizo ponerme de nuevo de lo más excitado y es que aquel bañador me ponía de lo más cachondo.

Se lo bajé por los brazos hasta dejarlo por la cintura, me encantaban sus pechos, eran de un tamaño perfecto, los acaricié mientras ella sonreía, moviéndose sobre mi miembro y buscando su propio placer.

—En tres días me he quitado las telarañas de todo el año—murmuró mientras se movía y me causó una sonrisa.

—El sexo está para disfrutarlo.

—Pero el bueno no lo conocí hasta que llegaste tú —apretó los dientes.

—Me alegro haber despertado esa parte de ti.

—Una vez, mi ex, me lo intentó hacer por detrás, pero fue imposible, ahora entiendo que no tenía ni idea de cómo dilatar y estimular con los aceites.

—Eso en seco y de golpe es una salvajada.

—Lo es, por eso me he quedado impactada del placer que tenemos ahí y que mucha gente ni lo sabe ni lo va a experimentar jamás.

Se estaba poniendo muy excitada, así que me incorporé, le saqué el bañador por completo y yo me quité el mío. Cogí un preservativo, me lo coloqué, me tumbé y ella se sentó encima.

Le toqué el clítoris mientras se movía para ayudarla a llegar también al clímax, se volvió loca, saltaba de forma que el placer era mutuo e intenso. Con mi otra mano comencé a jugar con su culo y ahí fue cuando llegamos los dos al orgasmo.

Se echó sobre mí y la abracé.

—El día que no estemos juntos te voy a echar mucho de menos.

—¿Por qué piensas en eso? —Le acaricié la cabeza.

—No sé, pero algo tan bonito e intenso no puede ser real, además, tenemos vidas diferentes.

—No veo la diferencia, ahora estamos juntos.

—Pero no somos novios —se rio, pero noté cierta tristeza.

—¿Y qué somos?

—Dímelo tú que eres el jefe —me abrazó, metiendo su cabeza en mi hombro.

—Te voy a cuidar siempre que me dejes, llámalo como quieras, pero me siento muy bien a tu lado y no quiero perderte.

—¿Te vas a enamorar de mí?

—¿Quién dice que ya no lo esté?

—Me muero, si me pasara eso contigo, me muero, eres como algo que es impensable tener.

—Pues me tienes, pero vamos, me tienes en un pedestal, que tampoco soy...

—Para mí eres un mundo.

—Y para mí, también lo eres tú —me levanté con ella en brazos y fui a la ducha del jardín, ella me seguía detrás desnuda y riendo.

La abracé bajo la ducha y nos besamos un rato con una pasión desenfrenada, me alucinaba ver como ella siempre estaba dispuesta a más y encima feliz de la vida.

Nos metimos en la piscina desnudos e igual, nos tocábamos, besábamos, me dejaba penetrarla y me facilitaba el acceso. La senté en el borde y la lamí haciéndola estremecer por completo, luego ella a mí, éramos incansables, nos estábamos convirtiendo en el tándem perfecto.

Eché el arroz y nos sentamos a comer con un vino que estaba para morirse, como decía ella.

—Después de esto nos vamos a la habitación del erotismo y jugamos un poco —le hice un guiño.

—¡Sí! Y dormimos luego la siesta ahí.

—Te dejaré lista para que disfrutes tanto, que caigas rendida.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —vi cómo se sonrojaba.

—¿Es lo mismo bondage y sado? ¿Hemos hecho algo de eso?

—No, no lo hemos hecho y tampoco es lo mismo. El sado son prácticas sexuales en las que el dolor es parte de los juegos y el bondage, es una técnica de inmovilizar a la persona con esposas, cuerdas u otras cosas.

—Eso me da morbo —se echó a reír poniéndose la mano en la cara.

—¿Quieres sentirte atada? —Le pellizqué la mejilla.

—Sí —reía—. Inclusive no me importaría que utilizaras la fusta que vi que compraste —apretó los dientes.

—Te iba a gastar una broma, pero eso no solo es para dar, también proporciona placer recorriendo tu cuerpo, como la pluma, pero eso sí, lo de causar dolor no tiene por qué ser duro, es más, eso jamás lo haría, pero si hacerlo de forma controlada para estimular los sentidos y provocar mayor placer.

—Yo quiero probarlo todo —se puso las dos manos en la cara.

—Define todo —le acaricié la entrepierna mientras sostenía la copa en la mano y le daba un trago.

—A mí es que contigo me encanta el sexo, he conseguido sacar algo de mí que desconocía y si te digo la verdad, estoy todo el día caliente —soltó una carcajada.

—Eso es el morbo del comienzo, luego lo sigues teniendo, pero de manera más alargada en el tiempo. Ahora mismo la fogosidad está presente todo el tiempo.

—Pues yo no quiero que se me pase esto, aunque es mejor que sí, no puede ser que yo trabaje pensando en llegar a casa para que me la metas hasta la garganta —volteó los ojos, consiguiendo que yo estallara a reír—. Te juro que estoy aquí comiendo la paella y hasta imagino que me penetras con un buen pegote de arroz.

—Lo tuyo es grave —reí acercándome para darle un beso.

—¿A qué sí? Yo lo reconozco, lo mío es para que me seden y me dejen durmiendo hasta que se me pase el calentón permanente que tengo. Si te digo la verdad, hoy hasta me dolía el clítoris cuando lo tocaste, de lo irritado que lo debo tener —rio—, pero ese dolor era tan placentero, que hasta me venía más arriba.

—¡Madre mía! — Ahora fui yo el que me puse la mano en la cara.

—Una pregunta, pero no es que yo quiera ni nada de eso, es por curiosidad.

—Suelta, pero miedo me dan tus curiosidades.

—¿Permitirías que hiciéramos un trio con otro hombre?

—Eso, con un hombre, no puede ser con otra mujer —reí —No, ni con un hombre ni con una mujer, en ese aspecto soy muy celoso, lo que considero mío, es mío y no paso por que nadie lo toque.

—¿Eres celoso?

—No sabes hasta que límites, pero claro, cuando tengo sentimientos fuertes por una persona.

—Ah, entonces conmigo no hay problema, soy un juguete —se echó a reír.

—No digas eso —le agarré la mano y la miré fijamente—. Me haces sentir más de lo que

imaginas y no, no permitiría que nadie te tocara, eso lo hago yo —la besé.

—¿Te gusto mucho? —Me encantaba esa parte adolescente que sacaba.

—Demasiado y ahora mismo me volvería loco si no estuvieras conmigo y sí con otro.

—Pero a ver, que hay muchos tipos de celos.

—No te pondría bajo ningún concepto, pero bajo ninguno, una mano encima, para eso no se necesitan cojones, se necesita poco valor por la vida y el ser humano, pero sí que, mi tono y mi forma de ser podría ser un poco incómodos.

—Que yo me aclare —se reía mientras daba un trago—. Imagina que ahora te digo que me voy un rato que he quedado con un chico ¿Con qué me encontraría?

—Con Bondage —me encogí de hombros.

—¿Me atarías? —se rio.

—Por supuesto, por la puerta no saldrías, a no ser que recogieras tus cosas y te fueras convencida de que no ibas a volver, en ese caso te dejaría ir. No voy a tener bajo mi voluntad a alguien que no lo desea, pero eso de ir a tomar un café con otro que encima te gusta, no, no te lo permitiría.

—Esa mentalidad es machista.

—No me considero machista, pero, o se está conmigo, o no se está.

—Pero hay muchas parejas que son felices y no se roban la libertad.

—No hay tema de debate en eso.

—Pues no es justo, o sea, si sigo aquí contigo no puedo ir a tomar un café con un amigo.

—No —murmuré sonriendo y sabiendo que no le iba a gustar, pero mentir no lo pensaba hacer, yo tenía muchas cosas buenas, pero algunas que quizás fueran difíciles de entender o aceptar.

—¿Y con una amiga?

—Yo te acompañaría.

—¿Y si estás currando?

—Puedo hacer un alto —le acaricié la mejilla.

—Pero a ver, yo tendré que trabajar y relacionarme con gente.

—Te he dicho que te voy a ayudar a que tengas una vida, pero también te ofrezco la posibilidad de que te quedes a mi lado, pero si lo haces, no vas a trabajar, prefiero tenerte en casa, no te faltará de nada.

—A ver, a ver... —se echó otra copa y dio un gran trago —Dime que te estás quedando conmigo.

—No, para nada. Te estoy diciendo que te ayudaré a que comiences una vida con un piso y un trabajo, pero también te ofrezco la posibilidad de que hagas una vida conmigo.

—Y que no trabaje, que no me relacione y que te espere abierta de piernas a que llegues —hizo un gesto de ladeo de cara y de no estar conforme.

—Tú tienes la decisión en tus manos.

—Tú te estás quedando conmigo, pero vamos, y encima quedándote tan pancho.

—No, no me estoy quedando contigo —hice que se levantara y la senté de lado en mis piernas.

—Aún no terminé de comer —murmuró volteando los ojos y le puse su plato en la falda con el tenedor.

—Soy como te he explicado, tengo mis manías, pero quitando eso, soy generoso, no me suelo enfadar, me gusta estar atento, viajar, salir a cenar, a tomar algo...

—Pero todo contigo —se rio—, no lo veo justo. A mí me gustaría estar contigo, pero también trabajar y tener una amiga con la que tomar un café.

—Puedes tener una amiga y que venga a casa a tomar un café y lo de trabajar, me puedes ayudar desde casa a muchas cosas.

—Mira, Nico, te estás quedando conmigo, tú no tienes pinta de ser así.

—No me estoy quedando contigo —sonreí, acariciándole el brazo.

—A ver, vamos por partes, ahora voy a ir andando a la pastelería a comprar dulces y tú me esperas aquí, lo mismo me tomo un helado allí en una mesita mirando al mar.

—No, no lo vas a hacer, irás conmigo si quieres. A no ser que te quieras ir y te doy libertad para coger las maletas.

—No, de eso nada, las dejo aquí, voy a ir y voy a regresar.

—Entonces no te dejaré.

—Lo veremos —rio, retándome.

—No hay nada que ver —dije quitándole el plato de encima y metiendo mi mano por su zona.

—Nico, no, hasta que no vaya por los pasteles, no me toques.

—No vas a ir.

—¿Qué no? Ahora mismo cojo mi cartera y te juro por mi vida que voy —se levantó para ir a por ella, me estaba poniendo a prueba.

Fui detrás, la cogí en brazos y me la llevé al cuarto de los masajes, la até con las esposas a una barra de colgar ropa que había a un lado del colchón y que pegué a este, eso sí, ella me estaba diciendo de todo menos bonito.

—Si te quieres ir, es para siempre, así que, tú elijes.

—Un mojón, que entonces me tengo que ir a casa de mis padres y después de la visita de Superman —se refirió a mí—, cualquiera es la guapa que entra por la puerta —me gustaba que al menos se lo tomara todo con humor.

—Pues quieta.

—No, porque cuando me sueltes me pienso ir.

—No te soltaré, no te dejaré sola y listo —le eché aceite caliente en sus partes para intentar relajarla de esa idea.

—Nicolás, si es verdad —gimió cuando le metí dos dedos —que eres así...— volvió a gemir cuando le eché aceite por su ano, empujándolo con el dedo —¡Me cago en mi vida! —Soltó el aire y se dobló hacia atrás, retorciéndose en placer —Que voy a salir y no me vas a poder retener —abrió más sus piernas para que la tocara libremente.

Me levanté y cogí otro perchero para atarle la otra mano, quería verla inmovilizada y disfrutando para mí, me excitaba mucho.

Cogí una cuerda larga, me subí a la silla y la pasé por un espiche desde donde colgaba un atrapasueños, la dejé en doble y le até cada pierna para que quedaran en el aire, con lo que soltaba por esa boca entre risas, me tenía que echar a reír, sí o sí.

Me puse entre sus piernas y le vertí aceite en su zona.

—Cuando me sueltes me pierdo toda la noche de marcha.

—No te pienso soltar...

—Si hombre, me vas a tener colgando como un cerdo hasta mañana, vamos que si no me voy hoy lo hago mañana, pero ir me voy para que veas que no se acaba el mundo. Joder solo quería ir a por pasteles —le di con la fusta en el culo, pero de manera moderada mientras la penetraba con los dedos.

—Joder, para eso no me des, o lo haces en condiciones o no lo hagas, que eso es hacer el payaso —le gustaba retarme y ponerme a prueba.

Cogí la pluma y comencé a jugar con sus pezones, se la metí por la vagina, por el culo, la puse a mil, además iba relajado, pero la penetraba bien, hasta el final. Ella chillaba para que le pusiera el Satisfayer, por supuesto que no lo iba a hacer.

—Después de esto me busco a alguien para hacer un trío —gritó riendo, pero agitada por el calentón que tenía, yo ni hablaba.

Pero fue decir trío y ponerme más contenido, había temas que me costaban mucho digerir y ese precisamente el que más.

Le metí en la vagina una perla de triple excitación y la moví todo el tiempo con mis dedos para que se desintegrara, no tardó en comenzar a hacerle efecto.

—¡A la mierda el salir! A partir de ahora soy tu monja de clausura, pero por Dios, haz que me corra que me muero —decía riendo y jadeante—. Suéltame solo una mano que quiero hablar seriamente con mi clítoris —gritaba desesperada, pero sin dejar de reír.

Me encantaba su forma de ser, su descaró, su seguridad, su manera de disfrutar... La penetré por ambos lados sabiendo que peor la pondría y sin tocarle esa zona que ella deseaba.

Jugué con su cuerpo por lo menos media hora en que me gritaba de todo menos bonito, estaba loca por que le tocara el clítoris y yo hacía todo menos eso. La estaba llevando al límite, masajeando todo su cuerpo y penetrándola de forma intensa.

La penetré con mi miembro por delante y se lo hice agarrando sus caderas y moviéndola de forma desmesurada, estaba agotada de aguantar esa presión y no poder desencadenar en nada.

Terminé y la dejé colocada tal cual, le metí un dilatador anal y un vibrador mientras yo me lavaba, la escucha llamarme de todo menos bonito.

Regresé y la miré como me hacía gestos mientras me insultaba.

—Te voy a soltar y tocarte, pero me tienes que prometer que no me vas a volver a retar con salir sola.

—Te lo prometo —sonó a ironía.

—Dímelo más convincente, o te vuelvo a hacer pasar un mal rato.

—Me voy a desmayar que lo sepas.

—No pasa nada, agua en la cara y te repones —reí.

—De verdad que no quiero salir —se reía echando su cara hacia su brazo atado.

Le solté las piernas, pero la dejé atada de manos, sabía que si la soltaba se iba a querer tocar ella y prefería hacerlo yo.

Metí mi mano en aceite y la penetré por los dos lados, ella gemía y se movía retorcida de placer, así que le puse el succionador de clítoris a la máxima velocidad y comencé a tocarla.

Ni diez segundos y llegó al clímax, la solté y no se movió, se echó hacia un lado y la tapé para que durmiera.

Bajé a recoger la mesa y todo un poco antes de subir a echarme junto a ella.

Capítulo 10



Entré a la habitación y no estaba sobre el colchón, ni en el baño, la llamé, pero nada, luego me di cuenta que había una nota en la mesa del salón ¿Cómo no la había visto dejarla? Sería cuando estaba fregando. Me puse muy nervioso.

“Cariño, la puerta de la parte de atrás que da a la calle principal, no la cerraste con llave, así que pensé que, qué mejor que darte una sorpresa e ir a comprar unos pasteles con merengue para que juegues con mi cuerpo. Por cierto, si me retraso un poco es que voy a parar en la cafetería de un chico con el que estuve liada hace años y la acaba de inaugurar, al menos para ir a felicitarlo y tomar un café. No tardaré. Me encantas”

No sé qué se me subió más a la cabeza, si la sangre o hasta el arroz que nos habíamos comido un rato antes.

Me eché un whisky solo con hielo, hacía tiempo que no lo tomaba, me senté a esperarla en el jardín diciéndome a mí mismo que me relajara. Sabía que eso iba a tener consecuencias, yo me conocía, por supuesto, no le iba a hacer nada, en la vida tocaría a nadie y menos a ella, pues, aunque no lo supiera la amaba, sí, la amaba, pero había cosas que me llevaban los demonios y esta era una de ellas.

Además, ella sabía que no lo podía hacer y si lo hacía se tenía que atener a las consecuencias, así que iba a conocer a un Nicolás distinto, enfadado y en los que los reproches y mal carácter iban a ser su fuerte por un tiempo.

Me estaba calentando de tal forma que me notaba hasta ansiedad, por esto no estaba dispuesto a pasar ni le iba a permitir que lo volviera a hacer, vamos. El Nico que había conocido, iba a tardar unos días en volver, mis enfados no eran fáciles de quitar.

—Me podrías haber echado una copa —se sentó en la silla de al lado riendo y me di cuenta de que me había gastado una broma.

—Procura estar callada unas horas, por tu bien —Me reí al ver su cara, pero estaba bien enojado, quería matarla, no literalmente, obvio.

—No me pienso callar — se vino a sentarse en mi regazo que estaba en un sillón de los de la terraza, de los dos amplios que había tipo sofá, al lado de este.

—No te pienso ni dar un beso, ni pienso estar bien hoy contigo, a mí estas bromas no me

hacen ni pizca de gracia.

—Bien que te has reído —cogió mi copa le dio un trago y la escupió—. Qué asco, no sé cómo te puedes tomar esto a palo seco.

—Vete al otro sillón.

—No me da la gana.

—Candela...

—No me voy a bajar, tírame si quieres.

—Candela...

—Me vas a borrar el nombre —se echó sobre mi pecho.

—Candela, no me cabrees más de lo que estoy.

—Ese es tu problema, pero yo estoy contigo a muerte, era una broma y como tú dices que todo a tu ladito, pues yo hasta encimita tuya.

—Candela, no estoy para bromas, a mí no me puedes gastar una broma así.

—Claro que puedo y no será la primera, así que ve asumiendo que llegó un terremoto a tu vida. Ahora que, si quieres, me lo dices, recojo mis cosas y me voy, pero que, si no, entiendas, que al igual que yo acepto por ahora tus condiciones, tú no vas a hacer que pierda mi esencia y no pueda gastar una broma.

—¿Una broma con lo que más me duele?

—Es que lo que te duele es una gilipollez de machito, y lo acepto porque quiero, no porque me lo impongas, pero tú te vas a aguantar y aceptar mis cosas, eso sí, mis cosas aquí, que demasiado que no hice la broma y me fui para joderte.

—No juegues con estas cosas —me acerqué bastante a ella.

—No me toques el coño —me dijo, acercándose más.

Me levanté para soltarla en el otro sillón y se me agarró como un mono, así que me la llevé para el sofá que allí la soltaría mejor, pero no, me agarró de tal forma que me tiró sobre ella.

—Va, házmelo que me has puesto muy cachonda.

—No me hagas hacértelo enfadado.

—Quiero que lo hagas así, te quiero ver en todas las vertientes.

—Candela...

—Dame fuego —le mordisqueé el labio y se quitó.

—No me pongas en esa tesitura.

—Ni tú vuelvas a apartarte, a ver si vas a creerte que solo tú tienes derecho a tocarme o besarme cuando te venga en ganas, que no soy una muñeca, te lo recuerdo.

—Son las normas.

—¡Tú eres gilipollas, tío!

—No me hables así.

—No me trates así tú o te seguiré tratando como tal.

—Te dije que había normas.

—Y las cumplí, solo gasté una broma.

—Una broma por donde no debías de hacerlo, por donde sabías que me dolía.

—Mira Nicolato, no me toques los ovarios, que demasiado tengo encima para aguantar gilipollas. No tendré un duro, pero tampoco voy a permitir que venga nadie de la calle a seguir tratándome como a una mierda.

—Te he tratado bien siempre, solo te dije algo que ni te obligaba, tú eres libre de estar a mi lado con esas...

—¡Te den! —Me sacó el dedo y me entró más furia, se giró para irse hacia afuera y la agarré.

La puse contra el sofá, me coloqué un preservativo que tenía en el bolsillo, le bajé la braga y la penetré por delante, vi cómo se agarraba al sofá y soltaba el aire.

Se lo hice rápido, brusco, le di varias palmadas en la nalga, estaba soltando toda mi rabia, eso sí, no le iba a tocar donde a ella le gustaba, hoy no se merecía que hiciera eso.

—¿Te has quedado a gusto? —preguntó furiosa cuando se giró.

—No como quisiera.

—Pues —me dio una bofetada—, espero que ahora sí —dijo marchándose al cuarto.

Me quedé perplejo con la mano en la cara ¿Me había dado de verdad la cachetada? No me lo podía creer...

Fui a buscarla para dejarle claro que eso ni se le ocurriera volver a hacerlo cuando apareció con su bolso, un vestido puesto y con lo que parecía dispuesta irse a la calle.

—¿A dónde vas?

—A comprar dulces y tomarme un helado —pasó por mi lado empujándome y la agarré por el brazo.

—No me provoques...

—¿Yo? —Miró mi mano —Suéltame o te llevas otra hostia.

La agarré con las dos manos y me la llevé en volandas para la habitación, estaba dispuesta a darme el día y yo no se lo iba a permitir.

—Suéltame, putón frustrado —gritó cuando le estaba atando con las esposas a las barras e intentaba darme patadas porque yo estaba en su cintura.

—Hoy vas a dormir así...

—A mí no me dejas así hasta mañana porque te denuncio ante las autoridades de mi país.

—¿Te llevo y te dejo allí con las maletas?

—Vete a la mierda, la próxima vez me escapo, me acuesto con otro y luego vengo a por las maletas.

—No me toques la moral —dije, acercándome mucho a ella.

—Quiero un cigarro.

—Hoy no vas a fumar —dije encendiéndome uno y echándole el humo a la cara. Me estaba retando y no me iba a dejar amedrentar, luego le daría el cigarro y lo que quisiera, pero ahora, no.

—Procura dejarme atada el resto de tu vida, porque cuando me sueltes, vas a saber quién es Candela.

—¿Quieres tú saber quién es Nico?

—Claro, dale, sin miedo, quiero conocer tu verdadera cara, no podías ser tan generoso y buena persona de golpe con alguien que no conocías —eso sí que me había dolido y a lo grande, esta sabía a donde apuntar.

—Me voy a tomar un café, cuando regrese te quiero relajada.

—¿Relajada? ¡Una mierda para usted, caballero!

Llegué a la cocina escuchando sus gritos diciéndome de todo, pero vamos, que me fui directo para hacerme un café, ese que me tomé con otro cigarrillo, al final es lo que me pasaba, cuando una situación veía que se me iba de las manos, me volvía loco y me echaba a fumar más de la cuenta.

Me gustaba mucho esa chica, pero sabía que no me lo iba a poner fácil, por esa razón ya no tuve más parejas después de Natalia, esa mujer que con ella se fue mi mundo. Hasta ahora, al menos creía tenerlo superado.

Le preparé un café y se lo llevé.

—¿Quieres?

—Sí es con un cigarro, sí.

—No vas a fumar por ahora.

—Nicolás, tengamos la fiesta en paz.

—Pues comienza.

—Bueno, solo te pido que me dejes tomar el café con un cigarrillo y ya me callo.

—No, el café irá sin cigarro.

—Verás —resopló.

—Te lo pregunto por última vez ¿Quieres el café?

—Si no es con cigarrillo, no.

Cogí y me lo tomé, luego lo dejé sobre la mesa mientras ella largaba de todo por su boca y me puse a calentar un poco de aceite.

—A mí no me vas a masajear ahora.

—Sí, claro que lo haré —murmuré sin hacerle apenas caso.

—¡No! —se echó a reír, aunque no lo había dejado de hacer en ningún momento.

Me llevé el cacharro hacia un lado de la cama, me coloqué entre sus piernas que se movían queriéndome patear, las colgué a la cuerda y así me iba a ser más fácil intentar relajarla, que es lo que quería.

Me llené una mano entera de aceite y la puse en su zona, soltó el aire al notar mis dedos penetrarla por delante sin previo masajeo.

Luego lo saqué, me mojé la otra mano y comencé a acariciar su entrepierna, me encantaba esa zona y, poco a poco, vi que sonreía negando y ya no me decía nada.

Yo la miraba serio y descarado mientras tocaba su piel, eso sabía que la encendía más, se mordisqueaba el labio para mí, se le veía que estaba disfrutando con ese momento.

Luego me fui a sus pechos, esos que rápidamente se pusieron duros entre mis dedos mientras los pellizcabas.

Ella gemía, se retorció hacia atrás y abrió sus piernas más para que yo jugueteara con ella.

Le metí un dedo por detrás y gritó de placer, se lo moví de forma que la viera retorcerse más, mientras gemía sin descanso.

Lo saqué y cogí un vibrador doble que le metí por los dos lados mientras ella resoplaba y me pedía que le tocara el clítoris, no lo iba a hacer por ahora.

Lo puse en funcionamiento y me dediqué a lamer y mordisquear sus pezones, la notaba que no podía más, que iba a estallar y le metí más velocidad con el mando.

Agarré sus caderas, quité el vibrador doble y le metí las bolas chinas por delante, la penetré por detrás y se lo hice dirigiéndola con mis caderas y manos, lentamente, por ahí no me arriesgaba en el poderle hacer daño.

—No puedo más, me rindo.

—No, no te vas a rendir, no depende de ti —dije corriéndome en su interior.

Le solté las piernas y le pedí que no las cerrara, ahora sí le iba a dar el placer de llegar al clímax.

Le coloqué mi dedo impregnado de aceite en su clítoris, le metí sin haberla limpiado un dilatador anal y eso con las bolas y mi dedo consiguió volverla totalmente loca y llegar a un orgasmo inmediato.

—Me merezco un cigarrillo y una ducha —murmuró con los ojos cerrados, e intentado

reponer su respiración.

—Vamos a la ducha por lo pronto —la desaté y la seguí hacia dentro.

Allí le quité el dilatador y las bolas y las lavé bajo la ducha. Luego comencé a echarle el chorro de agua por su culo y la limpié con una esponja suave por allí, para que echara todo lo que le había dejado.

—¿Ya me has perdonado? —Puso sus manos sobre mi cuello.

—No es perdón, pero no estoy de humor, estas cosas tardan en que se me pasen.

—¿Sabes que te quiero un poquito? —Me abrazó, pero seguí enjabonándola.

—Si me quisieras un poquito, no harías esas cosas.

—¿Por qué te lo llevas a ese extremo?

—Cada uno es como es.

—Dame un beso.

—No, hoy no.

—Dámelo —se pegó a mí y me besó, pero no se lo correspondí.

Lo intentó muchas veces. Salimos de allí y le dije que la quería desnuda y con una mano atada a donde estuviera, con esa condición la dejaba bajar y aceptó.

Nos sentamos en la terraza y le até la mano a un sillón, la dejé fumar, disfrutar del café, de unas galletas de chocolate y le pedí que estuviera callada un rato, parecía que me iba a hacer caso.

Capítulo 11



Un rato después del silencio y ya habló.

—¿Qué vamos a hacer esta noche de cenar? ¿O me vas a llevar por ahí?

—No estoy de humor para salir.

—Podríamos echarnos unas copas de algo y meternos en la piscina.

—Te tendré que atar a mi mano.

—Claro, bien pegaditos —me provocó.

—Espera aquí.

Entré para coger las copas y prepararlas, las llevé al borde de la piscina y fui a quitarle la cuerda del sillón, me la puse a mi mano, podía haber distancia, ya que había bastante suelta.

Ella estaba juguetona, provocándome, yo intentaba ignorarla. Nos apoyamos junto a las copas una vez dentro de la piscina y se pegó a mí.

—No estoy enfadada contigo, es más, me has demostrado que puedo confiar en ti —me dijo acariciando mi pecho—. Me hace gracia y me da morbo estar atada, incluso que me obligues a hacerlo, cosa que sé que si no hubiese querido te habría frenado. Pero te digo algo, me da pena porque veo que estás sufriendo por la situación, que en el fondo lo pasas mal y que no aceptas ciertas cosas por miedo, ese que no quieres reconocer y tomas como norma.

—Vale ya —intenté cortarla, se agarró a mi cuello y me rozó con su zona erógena.

—Empezamos de cero, dame una oportunidad, sé que ya bromas no te puedo gastar de ese estilo.

—El problema es que no se me pasa rápidamente.

—A mí me encantas hasta enfadado —agarró mi miembro por encima del bañador y lo apretó.

—Candela.

—Tú me has follado enfadado, de la misma manera puedes aceptar que te toque.

—No me hagas que...

—¿Follarme de nuevo? Adelante. Además, en el paquete de tabaco tienes un preservativo, veo que siempre lo tienes a mano. Póntelo y disfruta, yo también lo haré —me apretó más el miembro.

No, ahora no se lo iba a hacer, basta que me lo dijera para no hacerlo, pero ella siguió liada con mi miembro y me bajó el bañador, lo levantó y comenzó a lamerlo mientras yo bebía de la copa y ya me venía arriba.

Y no se apartó cuando la quise quitar al llegar al clímax, se lo aguantó en la boca y escupió hacia el césped, así era ella, encima muerta de risa y tirando de mí, para ir a lavarse los dientes.

Me tuve que reír y eso que no quería, pero se lo había ganado con creces, es más, ya hasta bajo mi asombro se me estaba pasando el enfado.

Se sentó en el mueble del lavabo a lavárselos, con sus piernas ligeramente abiertas y haciéndome un guiño.

Sabía que me estaba pidiendo que la tocara, era incansable, insaciable, estaba llena de vida a su edad, como era normal y a mí me volvía loco.

La levanté en brazos y me la llevé a la terraza, la eché sobre el sofá y comencé a lamerle el cuerpo, yo quería tocarla en esos momentos y hacérselo, quería escuchar cómo se corría y gritaba para mí.

La volví loca entre lamidas y tocamientos, se corrió y sin dejar que se repusiera, me puse el preservativo que tenía preparado, la senté sobre mí, se penetró y comenzamos a hacerlo.

Luego se recostó y fui a limpiarme, la dejé atada al sofá, cuando regresé estaba durmiendo, me eché a su lado y dormimos una siesta al fresquito, hacia un aire de lo más bueno.

Cuando nos levantamos pedimos al restaurante chino, nos duchamos mientras lo traían y ahí hubo otro momento de lo más espectacular.

La dejé suelta, me ayudó a preparar la mesa, que la puso delante del sofá con mi ayuda porque decía que quería cenar pegada a mí.

Puse una vela grande en medio de la mesa y apagué la luz, descorché una botella y ya noté que, en cierto modo, la había perdonado.

Le acaricié la entrepierna cuando brindamos.

—Prometo que ya no te gastaré ni una broma —se acercó a besarme.

—Vale —sonreí y le acaricié la mejilla.

—Hoy vamos a dormir en tu cama como niños buenos, vamos que hoy no hay colchón, pero en la cama se pueden hacer muchas cosas.

—Las que quieras —le mordisqueé el labio.

—Ahora que me he reído un mundo, es que eres como el de Grey, vais de machitos y tenéis una hostia bien dada —dijo muerta de risa.

—No me vuelvas a enfadar, no me gusta estar en ese estado.

—Valeee —murmuró, volteando los ojos.

Cenamos y nos fuimos pronto a la cama, yo estaba agotada, vamos que no tenía ni fuerzas, hasta él, me tuvo que llevar en brazos.

Se echó en mis brazos y le acaricié la espalda y el pelo, no tardó en quedarse dormida y la verdad es que yo estaba agotado, cuando me enfadaba me solía quedar sin fuerzas y eso es lo que me había pasado.

Eran las nueve de la mañana cuando abrí los ojos y no estaba a mi lado, salí al jardín porque imaginé que estaba tomando un café, pero no, me encontré una nota al lado de la cafetera.

La piel se me erizó y la mandíbula casi se me desencaja.

“Querido amor de mi vida, ya no te gasto una broma más, te lo prometí, si lees esto y no he regresado, que sepas que solo salí a por pan. Bueno y de paso me tomo un café mirando al mar. No tardo en regresar. Prepara las esposas que estoy muy cachonda. Por cierto, riega las

plantas”

Solté el aire con fuerza, algo me decía que sí, que lo había hecho, y encima no estaban las llaves del jardín. Me preparé un café y me senté en la mesa de fuera a esperarla.

Me estaban llevando los demonios, tenía una mala leche en el cuerpo que no podía con ello y me estaba envenenando a mí mismo.

Capítulo 12



Entró por la puerta con el pan y una sonrisa de oreja a oreja, además de un vestidito de lo más corto y sexy...

Me levanté y fui hacia el cuadro de seguridad, le metí una clave y ya las puertas exteriores se cerraron y no se abrirían con llave a no ser que metiera el código.

Salí hacia fuera y estaba tomándose mi café.

—Ya está la alarma activada para salir con código, a partir de ahora, cuando tengas claro el irte para siempre, me lo dices y la desactivo.

—Eh, para, que fui a por pan.

—Cállate —murmuré enfadado y entré a preparar el desayuno.

Cuando salí, ella se había quitado el vestido y estaba con un bañador de flores pequeñas en color rosa, estaba preciosa, pero me había dado el día y sabía que por muy radiante que estuviera, hoy la cosa no iba a ir bien entre nosotros.

—Nico, el pan está calentito, deberías de darme las gracias.

—Candela, no me toques las narices.

—Lo pagué yo, de mi dinero que te dio el jefe, que me llevé las llaves, no tu cartera, así que cambia la cara.

—Candela, déjame en paz.

—¿Y si no quiero?

—Tú sabrás...

—¿En serio te vas a enfadar porque haya ido a por pan?

—Te hablé muy claro...

—Solo compré pan, ni me tomé el café allí sentada, me lo traje en la mano tomándolo por el camino, pero vamos que tampoco hubiera cometido un crimen si me lo hubiese tomado allí, vamos.

Ni le contesté, porque sabía que esto iba a ser un, erre que erre y pasaba.

Desayunamos en silencio, a mí me llevaban los demonios, esa actitud de ella había jodido otro de mis días y, además, sabiendo claro que se lo había advertido.

Me levanté a recoger todo y luego me tumbé en una hamaca a relajarme un rato, al menos a

intentarlo, pero no tardó en aparecer y echarse a mi lado, sobre mi pecho, con su pierna sobre mí.

—Lo has hecho a traición —murmuré, mirándola enfadado.

—Lo hice para que comprendas que no pasa nada.

—No me tienes que hacer comprender nada, solo aceptar lo único que pido.

—Lo único que pides es coartarme de libertad para poder estar a tu lado, eso no es justo.

—Pues entonces tendrás que hacer tu vida sin mí, cuando volvamos a mi ciudad y te dé trabajo y piso.

—No quiero nada regalado, pero sí quiero estar a tu lado.

—Pues no vas por buen camino.

—Quizás eres tú el que no va.

—No me des clases de moralidad, solo te puse una condición.

—Eso no es una condición, eso es una faena, privar a alguien de lo más grande.

—Pude haber ido contigo, puedes ir a donde quieras, estoy dispuesto siempre a acompañarte.

—A veces necesitamos nuestro espacio, tú sí puedes ir a comprar ¿No lo ves egoísmo?

—No, porque puedes acompañarme.

—No me entiendes, Nico, no me quieres entender.

—No me entiendes tú a mí, no te obligo a estar conmigo.

—Pero me dejas si no estoy bajo tus órdenes.

—Llámalo como quieras.

—Abrázame...

—No me apetece.

—Pues no me pienso quitar de encima de ti —se colocó bocabajo entre mis piernas.

—Candela...

—Dime que no quieres que esté así —se movió un poco para rozarse.

—Claro que quiero que estés así, pero no me apetece involucrarme ahora mismo.

—Pues pierdes tú, si lo estás deseando.

—Puede que tú también pierdas como me levante y te enseñe como no se deben de hacer las cosas.

—Hazlo —me retó.

—Vete al colchón, ya sabes cómo tienes que ponerte...

—Nico, pero dímelo con cara de sensualidad —se echó riendo sobre mi pecho.

—Ve para allá —murmuré enfadado.

—¿Y si no voy?

—No juegues en estos momentos.

—Dame un beso y voy.

—O vas, o puede que te arrepientas.

—¿Por, jefe?

—Te cuento hasta tres o te lo hago aquí, y no me voy a preocupar ni a ir a por un preservativo.

—¿Y si salgo preñada de usted? —se echó a reír.

—Juega conmigo y veremos qué pasa.

—Pues mira, el simple hecho de hacerlo contigo sin preservativo, me pone de lo más cachonda.

A mí sí, que me ponía de lo más cachondo, no me importaba jugármela, además, siempre estaba fantaseando con ser padre y, ¿con quién mejor que alguien como ella con ese carácter y

belleza? Estaba enfadado, pero también reconozco que bebía los vientos por ella.

—Te cuento hasta tres.

—No pienso ir... —se mordisqueó el labio y le bajé la braga sin quitarle el vestido, me puse entre sus piernas, la penetré y comencé a hacerlo mientras ella bromeando se persignaba aguantando la risa.

Estaba loco, se me podía criticar por ello, pero esa chica tenía algo que no había tenido ninguna, a pesar de su carácter, ese que me sacaba de mis casillas, tenía algo que quería en mi vida.

La levanté para hacérselo sentado, yo estaba sentado en mis rodillas, ella se agarró a mi cuello y comenzó a saltar sobre mí, gimiendo, disfrutando, fue brutal hacerlo carne con carne, piel con piel, cuerpo contra cuerpo.

La eché hacia un lado cuando me fui a correr, estaba loco, pero tampoco había que tentar tanto a la suerte, aunque dicen que el primer goteo...

—Te has rajado —se rio, levantándose sobre el sofá y echando sus manos en mis hombros mientras yo me levantaba.

Pasé el día serio con ella, aunque estuvo en todo momento buscándome y divertida, pero yo tenía ese enfado por lo que había hecho y me dolía bastante que me retara de aquella manera.

Esa noche dormimos en mi habitación, nada de cuarto de masajes, pero lo hicimos de igual manera, esta vez sí usé preservativo.

Capítulo 13



Me desperté y no estaba en la cama, estaba tranquilo porque la alarma de seguridad no había saltado, así que no había salido de la casa.

Me preparé un café para salir al jardín y no me podía creer lo que vieron mis ojos y que no era otra cosa que las escaleras de la antena por encima del muro, vamos que la había puesto por encima para salir y bajar bien.

Me puse la mano en la cara y cuando miré el móvil tenía un mensaje de ella.

“Estoy sentada tomando un café en la cafetería de la cuesta, ya he comprado el pan ¿Te vienes y nos tomamos uno?”

Apreté el puño y me lo pensé dos veces antes de darle a la mesa, cogí aire y le contesté.

Me vestí y salí hacia allí, la vi a lo lejos mirando el mar y tomando ese café, además de una tostada, me acerqué a ella resoplando para no liarla allí.

—Buenos días —dije enfadado, sentándome junto a ella que me contestó lo mismo sonriendo y en ese momento se acercó el camarero—. Un desayuno completo de zumo, café y tostada con jamón y tomate.

—Ahora mismo.

—¿A qué estás jugando? —le pregunté muy enfadado.

—Tenía ganas de mirar el mar, pensar y tomar un café, no te quise despertar, te dejé el mensaje para que vinieras y lo tomaras conmigo.

—No me desvíes la pregunta.

—A ver, Nico, que no estoy haciendo nada malo y te he dicho dónde estaba, además, no estoy con nadie.

—No justifica nada, pero ten clara una cosa —me quedé callado cuando apareció el camarero con mi desayuno—. No voy a tolerar más esta actitud y no te obligo a estar a mi lado, pero si te quedas, sabes en qué condiciones lo haces.

—La vida no es blanca o negra, hay una gama de colores.

—No me toques la moral —le señalé con el dedo—. Voy a desactivar la alarma, dejar las llaves a mano, te lo voy a facilitar todo, pero la próxima vez que lo vuelvas a hacer, cuando regreses ten seguro que tendrás tus maletas en la puerta.

—No serás capaz...

—Ponme a prueba.

—Nico, no puedes tener a una persona coartada de su libertad, tienes que confiar en las personas que quieres.

—Vale ya.

—No, no, no vale ya, lo que faltaba ya es que me silencies.

—Hoy has estropeado algo que tenía pensado hacer para que pasáramos un día afuera y divertido.

—Lo vamos a hacer.

—No, por supuesto que no.

—No me merezco tampoco que me trates así.

—Nadie te obliga a estar.

—¿Es que no tienes otro argumento más que ese? ¿Es que no te das cuenta de que eres tú y solo tú?

—¿Te hace falta alguien más?

—¿Qué pasa, que yo no cuento? —dijo una palmada en la mesa y movió hasta el café que se derramó sobre la mesa —Si lo que quieres es una sumisa, la tendrás, pero no seré feliz, si eso es lo que quieres, vamos a jugar, porque me has demostrado que para ti solo soy un puto juego.

—Te callas...

—No, no me callo, ten claro que no lo voy a hacer ni ahora, ni nunca, tú tienes una vida muy fácil, yo he tenido una puta vida para que ahora vengas tú y me la putees también, y sí, me quiero llevar las cosas de tu casa, ni juego ni leches, prefiero vivir debajo de un puente a estar aguantando a un caprichoso como tú. Pensé que tenías más corazón. Te espero en la puerta de tu casa.

Se marchó dando otro golpe en la mesa ¿Sería capaz de irse? ¿Sería capaz de cumplir eso que había dicho?

Dejó el dinero en la mesa y la seguí hasta la casa, se fue directa a coger sus cosas, pero la frené por el brazo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Prefiero aguantar los golpes de mi padre que estar privada de libertad por hacer feliz a alguien, pero tranquilo, que allí tampoco voy a volver.

—No salgas por la puerta —murmuré, mientras sacaba las cosas del armario.

—Pues júrame que vas a dejarme hacer las cosas como una persona normal, que no me vas a quitar la libertad de...

—Lo hablaremos —dije pegándola a mí y besándola, no podía permitir que se fuera.

—No hay nada que hablar, Nico, no lo hay —se le cayeron las lágrimas—. Solo te pido que confíes en mí.

—Ya lo hice una vez y me desgarraron el alma —le metí un puñetazo a la puerta y me fui hacia el patio.

Salió detrás de mí y me agarró abrazándome, rompimos a llorar, jamás había llorado delante de nadie, pero tenía mucho miedo a revivir lo anterior.

—¿Cuéntame que te pasa para yo poder entenderte? —Me agarró las manos e hizo que me sentara con ella en el sofá, no me las soltó.

—Amé a Natalia con toda mi alma, me desviví por hacerla feliz, porque no le faltara de nada. No trabajaba porque no quería, vivía cada día a su manera, compras, idas y venidas con sus

amigas, cafés, comidas, salidas. Un día comencé a seguirla, cada café era una excusa para verse con otro, casa salida, cada mentira —me puse las manos en la cara y lloré con desgarró—. No quiero que me pase eso contigo, me he enamorado de ti, pensé que no volvería a hacerlo y, sin embargo, contigo he sentido cosas que jamás sentí con ella.

—Nico, no me gusta verte llorar —se sentó en mí regazo para que la abrazara y ella abrazarme a mí—. Yo sabía que algo te pasaba, que tú no puedes ser así.

—Lo soy, no puedo vivir sabiendo que no tengo el control de donde estás, no puedo controlarlo, no te voy a hacer feliz jamás.

—¿Qué no? Te voy a hacer feliz yo, porque voy a conseguir que se te pasen esos miedos, por mucho que no quieras, pero me lo agradecerás en un futuro.

—No quiero que salgas —la abracé fuerte llorando—. No quiero perderte.

—No me vas a perder, que esa persona haya hecho eso, no significa que todos seamos iguales. Mi padre me maltrataba, no por eso tú lo harás, de lo contrario, actuaría como haces tú, señalando sin dar la oportunidad de demostrarte que cada uno es de una forma.

—No lo hagas más.

—Claro que lo haré —me abrazaba y besaba —y si me tienes que castigar, hazlo, llegará un momento que verás que el problema lo tienes tú.

—Eso lo sé.

—Pero no eres consciente, por mucho que lo sepas, si lo fueras, no lo harías.

—Quiero irme de aquí, este lugar me está haciendo daño. Vente conmigo.

—Yo me voy a tu ciudad ahora mismo, donde me digas, pero me tienes que prometer que vamos a hablar y llegar a entendimientos, poco a poco, yo tampoco te quiero perder y mi ex me dejó por otra, no por eso quiero pensar que tú seas igual y me vayas a hacer lo mismo.

—No, yo no lo haría.

—Ni yo tampoco, entonces no me hagas sentir inferior a ti.

Nos abrazamos y aunque sabía que esto no iba a ser fácil por su carácter y el mío, quería comenzar con ella una nueva vida.

Recogimos el chalé, lo dejamos todo listo y metido en el coche. Llamé al matrimonio que me lo cuidaba para decirle que me había marchado, que fueran todos los días para darle la vuelta.

Pasamos el camino hablando, pero tranquilamente, ella intentaba hacerme ver que la felicidad estaba en uno mismo y en los valores que nos diéramos, quería hacerme ver que tenía que confiar, eso que tanto me costaba.

Capítulo 14



Fue ver mi casa y quedarse alucinada, era de piedra con un poquito de terreno delante, tenía también piscina y zona de barbacoa, se quedó prendada.

Su sorpresa fue mayúsculas al descubrir mi dormitorio que estaba hecho como si fuera una cueva, todo de piedra, como una zona de vestidor, baño árabe, jacuzzi y que le pareció espectacular, como toda la casa, cada dormitorio de los cuatro que había tenía su propio baño, toda de piedra, salón, cocina y el baño del pasillo, otra cosa que le gustó mucho fue mi despacho, le encantó aquella librería que estaba a rebosar de libros.

Uno de los dormitorios estaba ambientado en el erotismo asiático y tenía la cama sobre el suelo, sonrió al quedarse mirando hacia ella y me preguntó que había detrás de aquel ropero, le contesté que un mundo diferente y se echó a reír.

Colocó las cosas en el vestidor de mi habitación que había mucho hueco y se cogió una de las dos cómodas que estaba vacía.

—Te fuiste de aquí sola y volviste cargando conmigo —me eché a reír.

—Espero que todo cambie —dije acercándome y dándole un beso.

—¡Me has besado! —levantó las manos.

—No lo vuelvas a hacer, por favor.

—No lo haré, pero si lo hablaremos y no me voy a quedar encerrada de forma perenne.

—Ya veremos —murmuré y llamé al restaurante asiático para que nos trajeran la cena.

Nos duchamos de mientras, ella estaba juguetona, cariñosa, a mí se me caía el alma a los pies y la verdad es que había sido llegar a la casa y me había relajado mucho más del enfado que tenía con ella y con el mundo.

Cenamos en el salón, hacía mucho fresco esa noche y la verdad que dentro se estaba genial, tomamos vinos y nos relajamos bastante.

Nos fuimos a la ducha donde la acaricié mientras la lavaba, ella se dejaba tocar en todo momento y disfrutaba de mis caricias.

Nos liamos en la toalla y la llevé a la habitación de los masajes, tenía ganas de disfrutar de ella, de su cuerpo.

Se tumbó bocarriba y con sus piernas dobladas las abrió mientras me miraba sonriente, allí

tenía de todo, lo fui comprando como obsesión, pero jamás lo usé con nadie, esperaba algún día hacerlo.

Calenté el aceite y lo puse al lado del colchón, cogí unos guantes que parecían de exfoliación y me los puse para masajear su cuerpo con ese líquido que la ponía a mil, a mí también.

Comencé con sus tobillos, ella ya se puso como una moto, movía sus caderas pidiendo que subiera más, ese tacto de la manopla le estaba causando mucha excitación.

—Méteme los dedos, por favor —murmuró a modo súplica.

—Relájate, poco a poco —murmuré acariciando los gemelos de sus piernas.

Se retorció cuando llegué a sus muslos, soltaba el aire, le eché un chorro por sus partes y se las toqué para que sintiera un poco de eso que estaba pidiendo.

—Relaja, Candela —le metí dos dedos y ese tacto la hizo revolucionarse más, aproveché para tocarla un poco por detrás con la otra mano, la vi encenderse de una manera explosiva. Se comenzó a tocar sus pechos y a pellizcarlos, le quité las manos y se las ató con una cuerda a un palo que tenía en el centro de arriba.

Seguí masajeadando todo su cuerpo, luego me quité los guantes para notar el aceite en mis dedos y los llevé a su clítoris, le hice círculos muy lentos, cosa que la ponía peor y con la otra mano la penetraba simultáneamente por ambos lados, pero era cuando le tocaba por detrás que más excitada se ponía.

Le abrí las piernas más sujetando sus caderas en el aire con mis manos y comencé a lamerla, aquello la desfasó llevándola al clímax.

No la dejé reponerse, la penetré, estaba yo que no podía más, excitado y ese aceite también estaba en mi cuerpo de rozarla, lo hicimos de lo más desfasado, fuerte, con ganas, ella disfrutó un montón y de nuevo hicimos la marcha atrás, de la excitación, ni me había colocado el preservativo.

La desaté y la puse bocabajo, fui al baño y cuando regresé me puse a un lado de ella y comencé a acariciarla, estaba relajada y yo quería seguir disfrutándola, para mí era perderme en el cuerpo de la persona que más movía mi mundo.

El contacto del aceite y mis dedos jugueteando entre sus piernas, nalgas, espalda y entre piernas, de nuevo la pusieron malísima, abría las piernas en señal de que siguiera tocando esas partes que tanto le gustabas.

Cogí un vibrador anal y el succionador, le hice echarse sobre sus rodillas con las piernas abiertas, le puse el aparato en el clítoris y fui penetrando el otro por detrás, ella gritaba de placer y me pedía que lo metiera más, era impresionante verla disfrutar de esa manera y que fuera yo el que lo consiguiera.

Le retiré el succionador unos segundos para que no llegara rápido al clímax, me pedía que lo pusiera mientras yo movía por detrás lo otro, me encantaba como lo suplicaba entre jadeos de excitación que la tenían por los aires.

Le saqué lo de atrás y le dije que se sentara sobre mi miembro, de espaldas a mí, en mi falda y que se moviera. Pasé la mano por delante y le puse el succionador de nuevo en su clítoris y comenzó a follarme saltando con rapidez y firmeza, me encantó ese momentazo donde nos corrimos a la vez, esta vez fue dentro, sí, se me fue de las manos, pero como todo se me había ido desde que la había conocido.

—Como nos venga un marrón, te jodes —murmuró riendo, sintiendo el líquido dentro de ella.

—Vamos a la ducha —sonreí ayudando a levantarse.

Nos duchamos entre besos y caricias, lo nuestro era una continua excitación, teníamos una

tensión que cada vez iba a más en vez de aminorarse, es más nos fuimos a la cama después de la ducha desnudos, allí seguimos con caricias, besos...

—¿Qué me pasa que contra más lo hago contigo más quiero hacerlo? —preguntó riendo y poniéndose entre mis piernas.

—Lo mismo que a mí, será la química —eché su pelo hacia atrás de la oreja.

—Será eso, pero yo estoy mala de nuevo —se echó en mi pecho riendo y la eché a un lado, me puse frente a ella y la besé.

—Ahora toca dormir —le apreté fuerte contra mí.

—Quiero otro...

—Cuando nos levantemos.

—Pues entonces voy a por pan.

—¡No empieces —reí besándola!

—Es que te la buscas, hijo, solo te pido otro polvo.

—Descansa, te hará bien —la besé de nuevo.

—Te vas a librar, pero mañana quiero más y mejor.

Me encantaba, simplemente la adoraba, a pesar de ese miedo a que se fuera y me la jugara como lo hicieron un día...

Capítulo 15



Tres días llevábamos en Plasencia, cuando quedamos en comer con mi socio Bertín y su mujer Oriana en casa.

Me levanté temprano y fui al mercado a comprar el marisco para la paella y la verdura fresca, había dejado a Candela durmiendo plácidamente.

Cuando regresé, estaba desayunando en el jardín.

—Buenos días, mi amor —me acerqué dándole un beso en los labios.

—Buenos días —su tono no me gustó nada.

—Me echo un café y vengo, voy a dejar todo en el frigo.

—Ok.

Eso hice mientras sabía que algo no iba bien y no me equivoqué.

—¿Qué te pasa? —Me senté poniéndole otro café para ella también.

—Estoy mal, no te voy a mentir...

—Pues cuéntame.

—Reconozco que me haces muy feliz en muchos momentos, que me he enamorado como una niña pequeña y que he descubierto cosas que me han llenado por completo, pero esa otra parte tuya de control hacia mí, no me gusta.

—No es momento para hablar de eso.

—Nunca lo es...

—Hoy hemos quedado con gente para comer ¿No te parece bien?

—Me parece genial, pero te recuerdo que es tu socio y tu amigo, ese con el que trabajas, vas a comer cuando se te encarte y vuelvas de las vacaciones, con el que desayunas.

—Vendrá también su mujer, Oriana.

—Esa con la que no podré quedar para tomar un café, esa con la que no podré quedar para dar un paseo.

—Tú has elegido quedarte conmigo.

—Yo elegí intentar algo que veo que no va a suceder, que no quieres darme la oportunidad de demostrarte que no todas somos iguales, que no me das la más mínima certeza de que vas a cambiar.

—Tienes todo lo que te puedo aportar para ser feliz, podemos ir de compras, salir, cenar, comer...

—Claro, pero siempre a tu lado, si cuando estés trabajando quiero ir a hacer la compra, tampoco puedo.

—Vamos juntos.

—Déjalo, contigo es imposible hablar. No me vuelvas a preguntar que me pasa, siempre será la misma respuesta, eres tú el problema y tu capacidad para someter a una persona.

—No estás siendo justa hoy.

—Me importa una mierda no serlo —dio un golpe en la mesa y lanzó el vaso contra el muro—. Estoy cansada de ser el juguete roto de todos, estoy cansada de todo, no estoy aquí porque seas una vía de escape a mi ruina personal, lo estoy porque me enamoré como una niña pequeña, pero créeme que tengo los cojones para salir por esa puerta y buscarme la vida, así me tenga que prostituir.

—No vuelvas a decir eso —la agarré del brazo y me miró con asco.

—Suelta esa mano o te juro que te parto el plato en la cabeza —la miré y solté, no pretendía hacerle daño y ella lo sabía.

Se levantó, le metió una patada a la silla y se fue para dentro.

Entré un poco después y me la encontré sentada en el cuarto de baño, llorando desconsolada, me partía el alma, pero no podía hacer nada por solucionar eso que me pedía, por muy mal que sonara, no podía.

Me agaché y me puse entre sus piernas, le quité las manos de la cara y la miré, pero vi odio en sus ojos.

—Cuando ellos se vayan, yo me iré también —murmuró con una seguridad, que me dio hasta miedo.

—No, no te vas a ir.

—¿También me vas a secuestrar?

—No, pero sé que quieres estar conmigo —la abracé y me hizo que la soltara.

—Déjame, Nico, déjame, no me toques, creo que estás enfermo y yo no puedo ayudarte, vas a tener que someterte a un tratamiento con especialistas si quieres ser feliz, de esta manera no lo serás.

—Soy feliz contigo.

—¿Sometiéndome?

—No te someto a nada.

—Me privas de libertad ¡Maldita sea! No soy un perro al que puedes sacar cuando te dé la gana.

—Pídeme salir y vamos donde quieras.

—No lo entiendes —me miró con ese odio y que me partía en dos—. Tú y yo no vamos a seguir, me voy en cuanto ellos salgan por la puerta.

—¿Y dónde vas a ir si no tienes donde hacerlo?

—Tranquilo, ya me busco la vida, por lo pronto me meteré en un camping con una tienda de campaña, ya encontraré trabajo, me vuelvo a mi tierra.

—¿Prefieres estar en una tienda de campaña a estar conmigo...?

—Sí, al menos allí seré libre —me miró entre lágrimas y se levantó.

Preparé la comida con un dolor en el pecho increíble, no tardaron en llegar Bertín y Oriana, les presenté a Candela y ellas se quedaron en una mesa del jardín charlando mientras yo hacía la

paella y me tomaba un vino con mi socio.

Las veía charlar mucho y sonrientes, pero la sonrisa de Candela era de tristeza total, durante la comida no me miró a la cara ni un solo momento y algo me decía que Oriana, era participe de lo que pasaba.

Estuvieron con nosotros hasta las ocho de la tarde, Oriana y Candela se dieron los teléfonos y un abrazo, la verdad es que había sido un día raro y complicado.

Preparé la cena y aproveché para hablar con ella.

—¿Le has contado a Oriana lo que pasa?

—Sí —murmuró sin mirarme.

—¿Te parece justo?

—No hablé mal de ti, no tendría esa poca vergüenza, solo le dije que lo nuestro no va a continuar, pese a que te amo con todo mi corazón, que tú vives de una forma que no tiene nada que ver conmigo.

—¿Qué te dijo?

—Que te habían hecho mucho daño, pero que debías confiar en los demás y que me entendía.

—Ahora todo el mundo va a saber lo que tengo que hacer, cada uno que se encargue de su vida.

—Eso haré, encargarme de la mía.

—No quiero que te vayas.

—Ni yo quiero irme, pero vivir aquí es malvivir.

—¿Qué te falta conmigo?

—Sentirme una persona y no un perro.

—Dame tiempo.

—No, mañana por la mañana me voy.

—No lo hagas.

—Lo haré, por tu bien y por el mío.

—Mi bien está a tu lado.

—No, ese no es tu bien, es tu demonio.

—No quiero que te vayas.

—Lo he decidido, Nico, me iré.

—¿Puedo pedirte algo?

—Inténtalo.

—Vete a mi piso del centro, allí no tienes que pagar nada, te puedo meter a trabajar en la constructora.

—Me vas a agobiar y me vas a hacer la vida imposible.

—No, te lo juro y te doy la razón, no sé hacerte feliz —se me escaparon las lágrimas—, pero no quiero que te busques la vida teniendo la posibilidad de comenzar una vida aquí.

—Te lo agradezco, pero creo que no es buena idea.

—Te lo ruego, quédate en Plasencia, comienza tu trabajo en unos días, quédate en el apartamento y si me echas de menos, siempre te estaré esperando.

—Lo acepto con una condición.

—Dime.

—Te pago del sueldo que cobre el alquiler, no quiero vivir de prestado.

—Vale. Me tendrás cuando lo necesites, solo tienes que ponerme un mensaje y saldremos a comer o tomar algo.

—No, Nico, no voy a ir a hacer contigo lo que no me dejas hacer a mí.

—Te entiendo —eso me dolió con toda mi alma.

Se levantó y se fue a otra habitación a dormir, sabía que no quería hacerlo a mi lado, pasé una de las peores noches de mi vida.

Me levanté y estaba desayunando en el jardín, tenía hasta las maletas preparadas, yo no había dormido en mi habitación, me quedé en el sofá.

Nos dimos los buenos días y no hablamos en ningún momento, solo le comenté que se podía incorporar el lunes al trabajo, que yo también lo haría. La verdad es que ya no tenía ganas de vacaciones, solo de tener la mente ocupada.

Aceptó y la llevé al apartamento nuevo, ella no decía más que gracias y que me cobrara el alquiler de su sueldo. Le expliqué dónde estaban las oficinas, que eran a cinco minutos andando de donde estaba, allí la vería el lunes a las ocho.

Capítulo 16



CANDELA

Habían pasado cuatro días desde que Nicolás me había dejado el piso, no había tenido noticias de él, cosa que agradecía, ya que necesitaba mi tiempo.

Lloré esos días como una niña pequeña, tenía la sensación de vivir de prestada, de haber conocido al hombre de mi vida y a la vez esa parte de él, que no nos dejaría ser feliz a ninguno de los dos.

Esos días aproveché para salir a hacer la compra de comida y para dar algún que otro paseo y familiarizarme con la ciudad.

Tenía en mente quedarme un año, reunir un poco de dinero e irme de nuevo para mi tierra a buscar empleo, a no ser que aquí me saliera algo aceptable y me buscara otro apartamento, pero por ahora lo de quedarme no sería definitivo.

Me había levantado a las seis de la mañana, estaba muy nerviosa, no sabía que me depararía ese trabajo y ese primer día en el que ahora mismo estaba expectante a todo.

Llegué a las oficinas cinco minutos antes y me dirigí a la recepción.

—Hola, soy Candela, no sé si te dijeron que me incorporaba hoy.

—Hola, preciosa, claro que sí —me dio dos besos por encima del mueble —me llamo Cristal, ahora mismo te llevo a tu despacho y te lo explico todo.

—Gracias —lo del despacho me había dejado loca, yo, que no sabía más que poner copas y limpiar suelos...

La seguí y abrió la puerta.

—Este es tu despacho, como ves es nuevo, lo mandó a montar rápidamente el señor Nicolás, además, ahí tienes todo lo necesario para comenzar. Te explico, siéntate en tu sillón —señaló a la parte de atrás de aquella gran mesa.

—Perdona, estoy un poco en shock, pensé que venía a limpiar.

—¿A limpiar? —Su cara sí que fue de no entender nada —Aquí vienes a trabajar buscando los terrenos por Internet o chollos de embargos de varios tipos —me comenzó a explicar todo durante una hora, pero lo pillé de seguida, cosa que me hizo sentir bien, solo tenía que ponerme a

currar e ir soltándome, poco a poco—. Bueno, ahora lee esto —era el contrato—, me lo firmas y lo mando a la asesoría para que hoy mismo te den de alta.

—Gracias —lo leí por encima y me quedé helada, mil quinientos euros de sueldo, dos pagas completas y dos medias pagas, además de treinta días laborables de vacaciones que lo podía dividir hasta en tres veces.

Lo firmé en shock, era mucho para mí, pero imagino que era lo que se cobraba por un trabajo como ese, o es que Nicolás quiso ser muy generoso.

Me eché a llorar cuando salió Cristal, la verdad es que tenía un pellizco en el estómago, estaba feliz de trabajar y tener un techo donde dormir, pero no era feliz sin ese hombre, hasta pensaba que era capaz de vivir en cautividad toda mi vida por estar a su lado.

Me sequé las lágrimas corriendo cuando dos golpes sonaron en la puerta y se abrió, era Nicolás, guapísimo y vestido con un traje que le quedaba ni que pintado. Se percató de que estaba llorando, se acercó por detrás de la mesa y se agachó agarrando mis manos.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—Tranquilo, fue un momento que me entró tristeza y melancolía ¿Cómo estás?

—Te echo mucho de menos —acariciaba mis manos y mis lágrimas salían más rápidas.

—Yo a ti también —sonreí con mucha tristeza, no podía evitarlo.

—Debo reconocer que me encanta que seas así de valiente y que no permitas que nadie te cohiba de ser tú —me secó las lágrimas.

—No te entiendo —dije con un dolor que rompí a llorar con el corazón encogido—. Me dices que no permita algo que tú sabes que está mal, pero lo haces, encima valoras que me haya ido, no lo entiendo, Nicolás.

—Lo sé, pero es que soy un puto egoísta, sé que si no lo hago así no voy a ser feliz, sé que lo que hago está mal y soy consciente de ello, pero no quiero dejar de hacerlo, hay algo en mí que no me deja, pero tú no te mereces a alguien como yo —acarició mi mejilla.

—Pensé que ibas a acceder, pensé que yo valía más que todos tus miedos —dije entre lágrimas, mirándolo con un dolor que me arrancaba la piel, me dolía, Dios sabe cuánto.

—No puedo, sé que enloquecería con cada salida tuya, con cada momento que no estuvieras a mi lado o en casa, no puedo, te iba a hacer mucho daño emocional —se echó a llorar acariciando mi cara, se levantó y se fue.

Ya me lo estaba haciendo, pero bueno, se veía claramente que no iba a cambiar, que él me quería para él solo y nada más. Por mucho que lo amara y hasta se me pasara por la cabeza, sabía que eso lo aguantaría una época, pero luego no, así que solo me quedaba aferrarme a que tenía que salir adelante e intentar arrancar un poco de ese amor que sentía por él, para al menos no sufrir tanto.

A partir de ese día y las dos siguientes semanas, no salía más que para trabajar, a la vuelta compraba el pan o la comida y me metía en casa, además, los dos viernes hice lo mismo, encerrarme sin salir ni a por pan hasta el lunes que me fuera a trabajar.

Fueron días de mucho duelo interno, además cada día veía a Nico por los pasillos y me saluda, o me preguntaba cómo estaba escuetamente y poco más, yo siempre decía que, muy bien, con una cara de decir todo lo contrario, que estaba muerta en vida.

Otros días me preguntaba si necesitaba algo o que en caso de que lo necesitara, no dudara en decírselo.

Yo trabajaba en el ala donde estaba el despacho de Bertín, la recepción que llevaba Cristal y otro despacho donde estaba Pepe, el asesor financiero, que era muy buena persona, tenía unos

cuarenta y cinco años.

En el otro ala que se entraba por la otra parte del edificio y, por ende, no nos cruzábamos, estaba el despacho de Nicolás, recepción con una chica, una secretaria y otro asesor financiero.

Eran como dos empresas, pero en una, lo que pasa es que Bertín tenía sus capacidades en esta para gestionar cualquier inversión y Nicolás también en esta parte.

Me encantaba mi trabajo, además de uno de mis hallazgos de esos días, había sido comprado por ellos, así que me sentía bien por ese lado.

En esos quince días había aprendido mucho y me había superado a mí misma, ya era un crack de la investigación, además de una llorona, pues escuchaba la voz de Nicolás por el pasillo, hablando por teléfono con Cristal o Pepe, y me echaba a llorar.

Ese día me llegó una invitación de la empresa para un evento que iban a hacer para sus empleados y clientes, la hacían todos los años, además, Nicolás me dijo cuando estábamos en la casa de la playa, que subiría para ese evento y volvería a bajar, es más, me dijo que me llevaría.

No me apetecía ir, pero también veía que era un gesto feo por mi parte hacia la empresa, así que esa tarde tuve que mover el culo y salir a buscar algo medio decente para ese día.

Encontré un vestido negro de tirantes anchos y largo hasta la rodilla, era moderno, fino y elegante, además yo tenía unas sandalias negras de tacón que le venían perfectas.

Los siguientes días hasta el viernes que era la cena, no vi a Nicolás, no sabía dónde estaba, ni mucho menos iba a preguntar, pero eso me tenía con el corazón en un puño.

Capítulo 17



Y llegó el momento...

Me miré en el espejo y me vi guapa, la verdad es que sí, pero tenía una cara tan pálida, que ni el maquillaje podía disimular, aparte de haber perdido cuatro kilos.

Bajé cuando vi que había llegado el taxi que había pedido, le dije la dirección de la finca donde se iba a celebrar el evento, que era a las afueras y me llevó hasta allí.

Salí del taxi temblando, aquello era precioso, parecía una bodega, en la entrada estaba recibiendo una chica con una bandeja de vinos.

Cogí una copa y me la bebí de golpe, la dejé en la bandeja y me llevé otra en la mano, la cara de la pobre mujer era de asombro total.

—Necesito beberme hoy, hasta el agua de las macetas —murmuré y me marché, la escuché reír.

Entré y me vi a Cristal, así que me fui directa a ella que, al verme, se vino toda graciosa abriendo las manos y taconeando hacia mí.

—Menos mal que te veo, me da algo si me tengo que quedar sola —murmuré riendo.

—Oriana preguntó hace poco por ti.

—Qué bien, al menos hay alguien que se acuerda de que existo —apreté los dientes.

—Por supuesto, tonta, además, yo te cogí mucho cariño.

—Lo sé.

Cristal sabía que lo estaba pasando mal por un hombre, pero no tenía ni idea de que era Nicolás. Me había desahogado una mañana que me dio una crisis de ansiedad y no dejaba de llorar, se lo conté todo, pero sin decir quién era y obviando lo del trabajo y el piso.

Ella me dijo que lo olvidara, que eso no era vida y por muy buena persona que creyera que era, no podía serlo tanto cuando impedía a alguien que fuera libre de salir.

Me quedé con ella un rato y luego fui por una copa de vino a la barra, cuando la pedí noté una mano en mi cintura que reconocí rápidamente, me giré.

—Hola, Nicolás —murmuré aguantando el llanto, y es que estaba demasiado sensible. Encima estaba guapísimo, parecía el mismísimo George Clooney sacado del anuncio.

—Hola, preciosa, estás espectacular —sonrió sin dejar de soltar mi cintura y yo estaba que me

derretía. Me acordé de los masajes de aceite en ese momento y me temblaban hasta las piernas.

—Gracias, tú también estás guapísimo.

—Te he puesto en mi mesa y en la de Bertín con Oriana ¿Te parece bien?

—Claro, pero vamos, eso dará de que hablar.

—No tengo ningún problema por eso.

—Vale —sonreí.

—¿Estás bien?

—Sí —mentí.

—Bueno, voy a saludar y en unos minutos nos vemos en la mesa —me dio un beso en la mejilla, un apretón en las caderas y se marchó.

Me acerqué con la copa a Cristal y no tardó en soltarme una.

—Juraría que he visto al jefe de lo más meloso contigo y, su mano...

—Me voy a desmayar, no me digas más nada.

—¿Te gusta?

—No —reí—. Bueno sí —¡Mierda, la estaba cagando! —Verás, es una larga historia y te la cuento otro día.

—No —me agarró de la mano riendo —¿No será él la persona de la que me hablabas los otros días?

—Sí, Cristal.

—Nooo —se puso la mano en la boca—. Tranquila, no diré nada, sabes que me tienen por una persona prudente y de fiar.

—Lo sé.

—¿Y cómo aguantas verlo y que te hablé así tan cerca?

—Solo fue hoy, hace días que no lo veía por la empresa y las dos semanas anteriores no se me acercó en ningún momento de esta manera.

—Esta semana trabajó desde su casa, decía que tenía algo de fiebre.

—Vaya. Bueno, hoy ya sé le ve con mejor aspecto.

—Lo quieres con todas tus fuerzas.

—Sí —afirmé a punto de llorar, pero aguanté como pude.

Me dio un abrazo que me reconfortó mucho.

Pasé a la mesa cuando avisaron de que nos fuéramos sentando. Oriana me dio un abrazo y se le notó muy feliz de verme, yo estaba entre ella y Nicolás, a su marido lo tenía en frente.

Nicolás no dejaba de mirarme, menos mal que Oriana, no dejaba de hablar, estaba comentando que se iban el fin de semana siguiente de viaje a Menorca, allí tenían una casa con un barco en su propio muelle.

Además, por lo visto la empresa cerraba las dos últimas semanas de agosto y todos teníamos que cogerlas de vacaciones.

—Podrías veniros —dijo Bertín, dirigiéndose a mí y a Nicolás.

—No sería mala idea —contestó Nicolás.

—Tranquilos, pasadlo bien.

—¿Por qué no quieres venir? —preguntó Oriana.

—No es eso, pero ahora mismo no tengo la cabeza ni el presupuesto para mucho viaje.

—No tienes que preocuparte por ningún gasto —dijo Nicolás y afirmó Bertín.

—Tranquilos —me eché hacia atrás para que me pusieran el plato.

La comida fue amena, Oriana era muy graciosa y tenía unos puntos que nos sacaban

carcajadas, pero yo estaba deseando levantarme de ahí, tenía tan cerca a Nico, que me ponía realmente tensa. No era nada fácil para mí, verme en esa situación, ya que lo amaba demasiado.

Tras la cena dije que iba al baño y me acerqué a la barra para pedir una copa, me apoyé en uno de los barandales que daban a las tierras a tomarla mientras escuchaba música de la zona de la fiesta.

—¿No estás bien allí? —me sobresaltó la voz de Nicolás, que se apoyó a mi lado con otra copa.

—No es eso, pero me siento incómoda.

—No con ellos, pero me preguntaba si te apetecía venirte conmigo a alguna playa del mundo durante las vacaciones.

—Sabes que me encantaría, pero eso nos va a hacer mucho daño.

—Prométeme que lo pensarás este fin de semana.

—Vale, pero no creo que cambie de opinión.

—¿Sabes? —me echó la mano por encima y me besó la sien, yo me quedé sin moverme, sin reaccionar —No tienes nada que pensar, nos iremos de vacaciones juntos y la tomaremos para hablar de todo desde la calma.

—No sé...

—Sé que no lo sabes —dejó la copa en el barandal y quitó la mía de mi mano e hizo lo mismo, me agarró por la cintura—, pero tú y yo nos queremos mucho. No te pido intentar nada, solo que hablemos, que comencemos de cero y podamos llegar a hablar sin miedos, no sé si me explico, pero eres muy importante para mí —me abrazó y yo ni moví los brazos, era como si estuviera desmayada, pero sentirlo pegado a mí y ese olor a perfume que tan bien conocía, era como que mi mundo se venía totalmente abajo.

—Nos pueden estar mirando.

—No estamos haciendo nada malo —besó mi mejilla, cogió su copa y con la otra acariciaba mi mano.

—Creo que me voy a ir ya para casa...

—No, por favor, si te molesto me aparto y te vas con Cristal u Oriana, pero no te vayas.

—Vine por no hacer el feo, la verdad es que no estoy bien y prefiero estar en casa.

—¿Tanto me quieres? —Acariciaba mi mano.

—Sí, demasiado —murmuré con tristeza.

—No te mereces querer a alguien como yo, pero el problema es que yo te amo con locura y, aun así, no sé hacerte feliz.

—No quiero hablar de eso. Voy a buscar a Cristal —cogí mi copa y me marché.

Me quedé charlando con ella un rato y cuando vi que nadie me veía, me largué, me monté en un taxi y le pedí que me llevara a casa.

A la mañana siguiente Nicolás me mandó un mensaje con dos billetes de avión para Cancún, y alojamiento en un hotel “todo incluido” durante la estancia. Era de esos a los que iba todo el mundo y estaba tan de moda, con la peculiaridad de que al mirar en Internet el hotel, era uno de los más lujosos y solo para adultos, una pasada de esas que pocas personas pisarían en su vida.

Me veía allí con él y sonreía, pero no sabía si debía hacerlo, me estaba costando mucho aprender a pasar los días sin él y aquello dolía demasiado.

El lunes apareció por mi despacho, yo no le había contestado a aquel mensaje y me dijo que contaba con que fuese con él.

—No lo sé, la verdad es que ahora mismo estoy negada a la idea.

—Solo son unas vacaciones, por favor, vamos a conocernos de otra manera.

—Te he conocido tal y como eres, y lo sabes.

Se dedicó un rato a convencerme hasta que me levanté, lo empujé hacia la puerta y cerré.

Así cada día venía sacándome una sonrisa y montándome de nuevo el numerito, hasta que le dije el jueves que sí, que me iba con él, me dio un abrazo que me crujió toda la espalda.

Quedó en recogerme a las ocho de la mañana para dirigirnos al aeropuerto de Madrid que estaba a dos horas y media.

Capítulo 18



Bajé cuando vi que había llegado, se bajó a ayudarme con la maleta que metió en el coche.

Me hizo un gesto en la rodilla con su mano mientras me miraba sonriente.

—Como me des el viaje te mato —le dije en tono amenazante y aguantando la risa.

—Intentaré que no sea así.

—No, de intentar nada, lo vas a hacer. De verdad no quiero tonterías y si vengo es porque me apetece pasar unos días contigo y quiero que haya paz, pero recuerda que voy, estaré y volveré libremente.

—Espero que no me pongas muy celoso —carraspeó, mirando hacia la carretera.

—Y si te pongo, te aguantas, eso es producto de tu imaginación y no de mis actos.

—De acuerdo —volvió a tocar mi rodilla.

Hicimos el trayecto charlando sobre el trabajo y le comenté lo que me estaba gustando esa parte que me tocaba a mí realizar.

Llegamos al aeropuerto y facturamos del tirón, nos pedimos un café y salimos a fumarnos un cigarrillo mientras lo tomábamos y hacíamos tiempo.

Me era muy difícil tenerlo frente a frente y no poderlo tocar, bueno no quería tocarlo, pero yo no era de piedra y era mirar sus labios y me daban ganas de perderme en ellos.

Aguanté como pude, no podía dar un paso en falso y dejarme llevar por esa pasión que sentía, no podía ni debía.

El vuelo me lo pasé viendo pelis, además, íbamos en primera clase y se estaba genial. Nico no dejaba de acariciar mi mano o de agarrar mi pierna mientras veía una de las pelis que podíamos elegir entre cientos.

A mí me costaba mucho contenerme, me daban ganas de echarme en su pecho y que me abrazara con todas sus fuerzas.

Casi diez horas después estábamos aterrizando en el aeropuerto internacional de Cancún.

Hicimos el trámite de inmigración y cogimos las maletas, un coche nos esperaba para llevarnos a ese impresionante hotel, que me puso la piel de gallina nada más poner el pie allí, aquello era lujo y elegancia, no le faltaba detalle a aquel resort.

Nos acompañaron hasta la suite donde dejaron nuestras maletas y nos dieron la bienvenida, yo

tenía una cara de tonta que no podía con ella.

Una terraza gigante que daba al mar, las vistas eran alucinantes, además se veía islas de piscinas con su propio bar interior por todo el recinto, sí, islas en medio el bar donde te sentabas en las butacas que había bajo el agua y te tomabas en la barra lo que quisiera, había más de una decena, con lo cual, daba más paz y no había bullicio.

Eran las ocho de la tarde, así que me duché y luego lo hizo él, ni me vestí, con la toalla liada me fui a la terraza con una copa que me había echado de la bebida que había en la habitación y me apoyé a fumar un cigarro y admirar aquello que tenía ante mis ojos.

Estaba agotada del viaje tenía hasta sueño, además con el cambio de hora en España debía de ser como las dos de la madrugada.

Nicolás apareció con otra copa y se puso a mi lado.

—He pedido que nos traigan la cena.

—Vale.

—Hoy descansamos, con el cambio nos levantaremos temprano y a disfrutar del caribe.

Pasó su mano por mis caderas y se agarró a ella. Lo miré a modo riña y me hizo un guiño.

—Te mataría —murmuré riendo.

—No lo creo —sonrió con tristeza mirando mis labios.

—No mires hacia ahí —negué medio sonriendo, estaba irresistible con esa toalla por las caderas y ese impresionante cuerpo.

—¿Sabes? —apoyó su copa y echó mi pelo por detrás de la oreja.

—Dime.

—Me muero por quitarte la toalla —murmuró acercándose a mi cuello y eché la cabeza hacia atrás, pero no se despegó —Y hacerte mía como antes lo hacía.

—Nicolás...

—Sé que me deseas tanto como yo —metió la mano por la toalla, agarró mi nalga y me pegó a él, ya me fallaba hasta la respiración.

—Dijimos que veníamos a limar asperezas y hablar.

—Lo sé, pero eso no quita que no pueda dejar de desearte en todo momento —me apretaba por las caderas contra él y yo echaba la cabeza hacia atrás para que no me besara.

—Nicolás —me reí despegándome y cogiendo otro cigarrillo —No me hagas eso, sabes que voy a caer si sigues así, pero me vas a hacer más daño.

—Ponme a prueba.

—¿Seguro?

—Sí —vi tristeza, pero seguridad en sus ojos.

—Lo haré —sonreí mientras escuchaba la puerta, era el servicio de habitaciones.

Le abrió y nos dejaron todo en la terraza, nos sentamos en el mismo sillón, había uno grande y dos pequeños a los lados.

—Me encanta la comida mexicana, aunque esta langosta está para chuparle hasta la cascara.

—Mañana comerás toda la comida mexicana que quieras —puso la mano entre mis piernas por dentro de la toalla.

—Nicolás, por Dios —reí nerviosa.

—No estoy haciendo nada.

—Ya, ya, pero se cómo va a terminar la cosa y no quiero.

—Te he dicho que me pongas a prueba.

—Te digo que hasta que no lo haga no confío en ti.

—Tampoco es que luego lo vayas a hacer, todo es intentarlo, lo que pase, ni idea.

—¡Estúpido! —reí.

—En mi defensa diré que traje el aceite de vainilla que más te gusta.

—¿En serio? —casi me atraganto al escuchar eso.

—Ajá.

—¿Ajá y te quedas tan pancho?

—Ajá.

—Madre mía, quién me mandó a meterme esto.

Me estuvo buscando toda la cena, además que nos tomamos una botella de vino después de la copa que nos echamos antes, se veía ya como se iban a desarrollar las vacaciones, nos íbamos a beber hasta el agua de la piscina.

Tras la cena nos pusimos a charlar de lado, el no dejaba de tocar mis piernas y acariciarlas, yo ya lo dejaba a sus anchas en el fondo me encantaba ese contacto con él y en cierto modo me relajaba, bueno, relajaba y causaba una tensión sexual que no podía con ella.

Lo había pasado muy mal ese tiempo sin él y ahora tenerlo de esa manera tan cercana como que me removía todo, pero me hacía sentir bien, lo bueno que no estaba predestinada a regresar a su casa, que me iba a mi apartamento y listo, lo amaba, pero no iba a aguantar vivir bajo esa sumisión.

—Va, dime que estás deseando que te dé un masaje.

—Nicolás, no me busques —reí y sin querer me eché sobre su pecho y me abrazó.

Lo dejé que me abrazara y acariciara la espalda durante un rato, estuvimos en silencio, luego nos fuimos a la cama.

No me dejé cambiarme, me quitó la toalla y me metió en ella, me intenté levantar, pero ya estaba sobre mí y tapándonos con aquella sabana.

—No me hagas esto —dije riendo.

—Déjame dormir con el contacto de tu piel, no seas mala —se pegó a mí frente por frente y me agarró la nalga, hasta pude notar sus dedos por dentro de ellas mientras su miembro estaba pegado a mi zona más sensible.

Me besó sin pensarlo y yo me dejé besar, ya no podía decir no a algo que deseaba con tantas fuerzas, ya después la vida diría, pero ahora quería perderme en él, hasta me dieron ganas de llorar con ese beso que me estremeció por completo.

Nos besamos con efusividad, se puso entre mis piernas y se movió para que nuestras zonas se encontraran, yo lo agarré con fuerzas, quería todo lo que quisiera darme, me iba a entregar y disfrutar de ese momento que tanto necesitaba.

—¿Mejor? —me preguntó dándome varios besos con mucho cariño.

—Mejor, por ahora sí, veremos ya otro día —me reí y noté su mano en mi zona queriendo llegar a donde tanto le gustaba ahondar.

—Disfruta —dijo echándose a mi pecho a lamerlo mientras me penetraba con sus dedos y luego los refregaba por mi clítoris.

Su boca fue bajando y cuando llegó ahí, lo que pasó fue lo más grande, mi cuerpo reaccionó a sus manos y lengua, me agarré a las sabanas y disfruté de unos momentos en los que parecía que iba a desfallecer de placer.

Luego me penetró sin dejarme ni respirar, me giró y me dejó sobre él cabalgando mientras me movía por las caderas, luego me puso a perrito, más tarde sobre él, probamos mil posturas, llegó dos veces al clímax, como yo y lo hizo dentro.

Sí, dentro, cualquiera pensaría que esto no tenía ni pies ni cabeza, pero qué más da, disfruté y lo volvería a hacer mil veces más.

Nos duchamos entre besos, caricias y luego nos metimos en la cama abrazados, había sido una noche intensa, pero los dos la necesitábamos.

Capítulo 19



Jugaba con mis partes cuando lo noté e intenté abrir los ojos.

—Buenos días, preciosa —dijo aprovechando para meter sus dedos.

—Bueno días, Nico, por Dios ¿Cómo me haces esto? —me retorcí y lamió mi pecho.

—No puedo dejar de tocarte, lo sabes. Espera aquí.

Se levantó y cogió el bote de aceite de vainilla, me reí, quitó las sábanas de arriba y puso una toalla para que me pusiera sobre ella.

—Abre bien las piernas y disfruta, Candela.

—Madre mía, no puedo ya y aún no has comenzado —dije cuando sus manos con ese aceite comenzaron a acariciar mi entrepierna.

—Ve diciendo que quieres que te haga.

—No —reí retorciéndome y abriéndome más —Eso es cosa tuya.

—¿Así? —acarició mi ano.

—Por ejemplo —solté el aire y fue penetrando su dedo y comencé a volverme loca. Con él había descubierto el gran placer que sentía por ahí.

Su mano se volvió loca y me penetraba a la vez por ambos lados.

—Tócate para mí —murmuró y me llevé la mano al clítoris, él antes me vertió un poco de aceite.

Si yo iba lenta, él me tocaba por el interior lento, cuando yo aceleraba él hacia lo mismo, me estaba volviendo loca de placer y no tardé en correrme.

Sacó sus manos y se puso entre mis piernas.

—Espera un poco —reí agitada.

—No, así disfrutarás más —no dudó en penetrarme y comenzar a moverse a lo rápido, aquello me hizo ponerme más mala aún.

Se corrió dentro y a mí me daba de que estaba buscando que pasara algo, pero es que yo me estaba quedando loca y me daba igual lo que pasara, yo quería seguir atada a su cuerpo, a él, a sus caricias, a sus brazos.

Nos fuimos al baño y me puso de espaldas a él y comenzó a tocar mi clítoris mientras me rozaba con la punta de su pene a la entrada de mi culo, con él el sexo no era una sola vez, tenía

que estar todo varias veces seguidas.

Contra más me excitaba más me iba penetrando, menos mal que ese aceite era mano de santo y resbala facilitando todo mucho.

—Auch —dije cuando entró un poco más de lo normal y paró, se movió más lento.

—¿Mejor?

—Sí.

—Relaja la zona, te veo un poco contraída.

—Ya, hacia tanto tiempo...

—Claro, es normal —seguía moviéndose con cuidado mientras me tocaba también.

Me corrí y el también de nuevo, los dos juntos éramos una bomba explosiva y disfrutábamos mucho del sexo, era la verdad.

Después de ducharnos me hizo tirar en la cama para echarme el gel hidratante que yo me solía echar, pero estaba de lo más juguetón y quería seguir tocando mi cuerpo, yo me dejé.

Me lo juntó de lo manera más sensual, me penetró con ello por todas partes y yo lo dejaba que lo hiciera, me abría y relajaba para que viera que ponía de mi parte.

Estaba descargando todo eso que había contenido el tiempo que no había estado conmigo, se notaba, solo quería tocarme y hacerme sentir, era como una manera de liberarse y liberarme por supuesto, yo también lo necesitaba.

—Estoy deseando bañarme en esas isletas mientras me tomo algo —dije mientras me tocaba.

—¿Sabes la peculiaridad del hotel?

—No —sonreí.

—Es para mayores de dieciocho años.

—Sí, lo vi que no admiten niños.

—Es un hotel muy exclusivo y sensual.

—¿Sensual? —gemí al notar sus dedos jugueteando por mi vagina.

—Sí, cada piscina que viste está asignada a una habitación, hay por todo el hotel, además de la cama que hay ante ella de tumbona en alto y que se puede cerrar por completo.

—No entiendo.

—En este hotel puedes tener sexo por los jardines sin que nadie te moleste, inclusive puedes follar en el bar de la piscina pues por las plantas que hay alrededor nadie te ve, obvio que el chico que está al otro lado sirviendo, puede apreciarlo, pero solo nos ve de hombro para arriba, porque ellos están a otra altura que la barra donde te apoyas y en las camillas igual, te encierras y puedes...

—Para, me estás tomando el pelo.

—No —rio —Es un hotel liberal y exclusivo.

—¿Me has traído a follar como loca? —reí notando sus manos saliendo y acariciando mi entrepierna.

—Eso solo si tú quieres, te he traído a disfrutar de forma distinguida y privada al caribe.

—¿Y en la playa?

—También están las camas tapadas de forma que puedes hacerlo.

—Sabes que te voy a matar y no vas a poderte librar —reí negando.

—Vamos a desayunar o ¿quieres un tercero? —acarició mi clítoris y llevó su boca a lamerlo.

—Para —reí quitando su cabeza —vamos a desayunar.

Nos vestimos, cogí mi neceser y lo metí en la bosa y salimos hacia fuera.

Capítulo 20



Ver por la mañana el resort tan temprano, era fascinante, nos sentamos en una de las mesas que había por fuera de una de las cafeterías y no tardaron en venir a tomarnos nota.

Pedimos unas tostadas, cafés, zumos, huevos y beicon, además estaba la zona bufet, pero nosotros queríamos disfrutar de que nos lo pusieran todo por delante.

—Gracias por estar —dijo cogiendo mi mano y acariciándola.

—No, gracias a ti por animarme a venir —sonreí—. Sé que luego lo pasaré mal, pero quiero vivirlo y disfrutarlo a tu lado.

—Nos queremos mucho.

—Sí, en ti también lo veo, de verdad, pero bueno, no estamos predestinados para estar juntos —dije con tristeza.

—Quiero cambiar.

—Con querer no es suficiente.

—Poco a poco lo conseguiré.

—Ojalá, sobre todo, porque vas a ser mucho más feliz, Nico.

—No sabes la de noches que paré debajo de tu puerta y quise subir...

—¿Sí? —Eso me cogió por sorpresa.

—Los días que no fui a la oficina era porque no podía estar junto a tu despacho y no ir a abrazarte, lo pasé muy mal.

—¿Y qué harás cuando regresemos?

—Luchar por ti, quiero que salgas a tomar un café y me lo cuentes, que pasees y me lo digas, quiero enfrentarme solo a esos demonios, quiero entender que la vida no puede ser como yo quiero que sea, que tiene que ser como debe de ser.

En ese momento pensé que no hacía falta volver para eso, que en estas vacaciones le iba a hacer terapia de choque, lo iba a poner al límite en muchas ocasiones para que comenzara a enfrentarse a esos miedos.

Yo amaba a Nicolás, tanto, que estaba dispuesta a sacrificar muchas cosas, ya que mi felicidad estaba a su lado, como ahora. Me sentía pletórica de tenerlo conmigo y disfrutar de esas vacaciones a su lado, pero lo tenía que ayudar a entender que no por hacer cosas, le iba a fallar.

Desayunamos riendo en todo momento y es que tenía cada cosa...

—¿De verdad me estás diciendo eso?

—Sí, te juro que, si no vuelves conmigo, quiero un hijo contigo, serías la madre perfecta para eso.

—Estás fatal, Nico, me reí. Aunque si me prometes que te encargas de ellos de lunes a viernes, te hago ser padre en dos ocasiones —me reí.

—Me quedo con ellos, pero no para que tú te vayas de fiesta —apretó los dientes.

—Entonces no hay trato —no podía dejar de reír, era gracioso porque quería un hijo, aunque no estuviéramos juntos, pero eso de escuchar que yo me fuera de fiesta, como que no. A este lo tenía que cambiar, sí o sí.

—Te lo voy a hacer durante las vacaciones.

—Pues me escaparé con el niño y no nos encontrarás.

—No serías capaz —me metió un trozo de su pan en la boca y le di un manotazo.

—Joder, que estoy comiendo lo mismo, me vas a ahogar —reí.

—Pues quiero que comas del mío.

—¡Vete a la porra! —me reí.

—Contigo me voy —me apretó el hombro.

—Una cosa Nico ¿Vas a darme toda la estancia mucho por saco?

—Solo voy a velar por que pases los días más bonitos de tu vida.

—La que voy a velar soy yo para que los pases tú —dije con segundas y arqueó la ceja, no muy convencido con lo que yo había querido soltar.

—Eso es con mala intención —rio, apretando mi entrepierna con fuerza.

—¡Capullo! Cualquiera día me haces un boquete ¡Qué fuerza!

—No me vayas a buscar —advirtió con esa sonrisilla de temerme.

—Solo un poquito —murmuré haciendo el gesto con los dedos.

—Ni se te ocurra, que te dejo en la habitación encerrada.

—Y te la buscas, te juro que te la buscas, vas a salir del país con un puño metido por el culo en busca de sustancias ilegales, vamos que te puteo y digo que llevas ahí drogas.

—Serás... —Me dio una colleja.

—Por cierto, ¿qué piscina nos toca?

—La nueve —se mordisqueó el labio.

—Me has engañado como un bellaco porque hemos pasado por piscinas y se veía perfectamente.

—Las que no hay nadie dentro, en el momento que vas a la que te pertenece, se cierra ese pasillo por el que veías, con una puerta de madera como las que has visto.

—¿Y vamos a follar en la piscina? —pregunté moviendo el café y haciéndome la sueca.

—En la piscina, en la cama balinesa...

—El camarero se va a dar cuenta —seguía moviendo el café.

—No nos verá más que la cabeza, de ti depende que cuando te penetre hacer como si no pasara nada.

—¿Yo? Pienso poner cara de puta viciosa.

—No, sabes que no puedes.

—Si no quieres comprobarlo, no toques delante de él.

—Ya veremos —arqueó la ceja.

Pobre Nico, las vacaciones que le esperaban...

Hasta me daba pena pensar en todas las cosas que se me estaban ocurriendo.

Miré en el móvil y me aseguré de que iba el hotel y sí, era erótico, para matarme el día que me dio por mirar las fotos y no leer bien.

Practicar sexo delante de tu camarero de piscina que también te lleva las copas a la cama balinesa, estaba permitido, es más, si los clientes querían ellos podían participar, estaban a tu entera disposición, además al camarero lo escoge el cliente, o sea, ya lo había escogido él, seguramente.

¿En serio me había traído a este lugar con lo celoso que era? Obvio que él no iba a dejar participar a nadie, pero joder, que esto era un lugar de esos donde todo es posible.

Después del desayuno nos fuimos a nuestra piscina isleta, estaba en lo cierto, cuando entramos se cerró la puerta.

Era una pasada, la isleta con la barra en medio de la piscina, una cama balinesa que no daba la parte abierta al bar, si no querías que te mirara el camarero, podías abrir cualquiera de los cuatro lados. También había un rincón con un sofá gigante y una mesa de madera en medio.

Dejamos la ropa en la cama balinesa y nos fuimos a la piscina.

El camarero era guapísimo, vamos todo lo contrario a lo que yo había pensado que pondría. Se presentó, se llamaba Walter y nos dijo que estaba a nuestra completa disposición.

—Me acabo de poner cachonda —murmuré cuando se giró para preparar las copas.

—¿Qué has dicho? — A Nico, le cambió la cara por completo, vamos, pero fulminante, se me quitó hasta la sonrisa de la cara.

—Lo que has escuchado —no me iba a venir abajo—. Es más, tú eres quién lo eligió y feo no es.

—Y luego quieres que se te deje sola, claro —cogió la copa que nos puso y le dio un trago con una cara de perro a punto de morder, que no podía con ella. Pronto habíamos empezado.

—Mira, te voy a decir una cosa, procura no señalarme con tu dedo y no te creas que voy a dejar de ser yo para hacerte feliz, así que, si quieres, vamos a pasarlo bien y si no, comienza a pasarlo mal porque yo he venido a pasarlo bien y lo haré contigo o sin ti, vamos, que me da igual la cara que me llesves, que por mucho que te joda, no voy a dejar de sonreír —cogí y me quité la parte de arriba del bikini, total era de mayores de dieciocho años, que no estábamos en el circo, vaya.

—Vuélvete a poner.

—Si me lo vuelves a pedir, me quito la de abajo y me pongo a nadar para que el “*buenorro*” tenga buenas vistas.

—Te estás pasando.

—El que se lleva pasando mucho tiempo eres tú, así que más vale que tengamos la fiesta en paz, que no quiero venirme arriba y liártela.

—Estás muy subidita desde que lo has visto, ¿no?

—Vete a la porra —me quité la parte de abajo del bikini para joderlo, cogí la copa y me fui andando hasta la cama balinesa, vamos que subí las escaleras contoneando las caderas para que me viera bien hasta el camarero.

Sí, sabía que me la estaba buscando, pero es que él tenía delito, no me traía a un “todo incluido” normal, donde va todo el mundo por una oferta de escándalo al Caribe, no, me traía a uno de lujo donde el sexo estaba permitido en muchos de los rincones y ante los ojos de esos camareros que encima no pudo escoger a otro, no, a ese que estaba para chuparse los dedos y no es que me lo fuera a chupar, pero joder, él mismo la liaba.

Llegó con esa cara de perro rabioso, subió las escaleras y se sentó frente a mí.

—A mí no me mires así que ruedas para abajo —dije, poniéndome la parte de arriba del bikini, la de abajo ya me la había puesto.

—¿De qué vas?

—Baja los humos, Nico, baja los humos porque no te voy a permitir que me hables así, que ni eres mi pareja, ni tienes derecho a hacerlo.

—Y eso te da derecho a hacerme sentir de esa manera.

—¡Qué quites esa cara!

—No tengo otra —dijo con rabia y me bajé a darme un baño a la piscina con un cigarro y mi copa, vamos que no le iba a hacer ni puto caso, o se le pasaba ese genio, o se lo quitaba yo, o se lo iba a comer solito todos los días que fuéramos a estar ahí.

Me fui hacia la barra y me senté allí con mi amigo Walter, me preparó una piña colada.

—¿Es la primera vez que vienes a Cancún?

—Sí, lo que no sé si saldré viva de aquí —me reí.

—Sé le ve enfadado.

—Sí, pero es su estado habitual, no te preocupes que puedo con él —me reí y lo hice reír a él también.

Nico no tardó en acercarse con la misma cara seca y seria, le pidió un ron con hielo. A mí, ni me miró.

Me levanté y me puse entre sus piernas que estaba sentado mirando a la barra, pensé que me iba a quitar, pero me dejó ahí y me puse de lado apoyada sobre una de sus rodillas, pero de pie.

—Walter, amigo —le di mi móvil —¿Nos tiras una foto a mi prometido y a mí?

—Claro, ahora mismito —cogió el móvil.

—Sonríe, cariño, que parezca que somos felices —murmuré haciendo que se enteraran los dos y Walter, aguantó la risa.

—No me toques los huevos —murmuró, sonriendo en mi oído.

Me entró un ataque de risa en el momento que Walter tiró varias fotos y encima quedaron chulísimas.

Me di un baño y cuando me giré después de nadar el largo de la piscina vi saliendo a Walter.

—¿Dónde va mi amigo? —pregunté, sabiendo que se iba a enfadar más.

—Le dije que quiero la zona sin servicio y, además, como se puede, pues listo, estos días seré yo el camarero.

—¿Lo has echado?

—No, le he dicho que por hoy es suficiente, ya mañana veremos, de todas formas, lo enviaran a hacer otras cosas, tranquila, que no echan a tu amigo —sonrió con ironía.

—Desde luego que vas en plan chulo a reservar un hotel donde ni tú ibas a aguantar, no te entiendo —dije con rabia, sentándome a tomar la copa.

—Tú comentario sobraba.

—No, aquí lo que sobra son tus huevos para ser hombre hecho y derecho, que te falta mucho para eso y no lo quieres ver.

—No me hables así.

—Sí, mientras tú sigas por ese camino, voy a hablar como me dé la gana.

—No me pongas más a prueba —agarró mi mano con fuerza, la quité y le di un empujón, pero no se movió del sitio.

—Vuélveme a agarrar así y te parto el vaso en la cabeza.

—Sabes que no te haría daño.

—Ya me lo haces con tu asquerosa forma de ser.

Me levanté y me metí en la barra, me puse en la altura que quedaba al igual que él, es que eso tenía varias para que el camarero diera más intimidad a los clientes.

Me eché un chupito y le puse a él, tres.

—No te los he pedido.

—Pero te hacen falta —sonreí con una ironía que se podía apreciar a leguas.

—Habíamos empezado muy bien el viaje y lo has tenido que estropear —se tomó uno.

—¿Perdona? Lo has estropeado tú —dije enfadada frente a él, por el otro lado de la barra donde me pensaba quedar un rato.

—Hiciste un comentario muy desagradable.

—¿Qué me había puesto cachonda?

—No lo repitas —dijo poniendo las dos manos sobre la barra y acercando su cara a la mía.

—Lo repito las veces que me dé la gana —hice lo mismo, manos en barra, dientes apretados y me acerqué tanto, que hasta nos dimos un coscorrón.

Se echó hacia atrás soltando el aire, sin dejar de mirarme, yo tenía unas ganas de reír increíbles y es que me había propuesto cambiar a Nico en esos días.

Capítulo 21



Se había hecho un silencio de varios minutos cuando la puerta se abrió y apareció una exuberante chica de uniforme de camarera saludando y viniendo hacia la barra.

—Soy Paulette, me dijeron que habían decidido cambiar el servicio masculino por uno femenino —soltó esa bomba como la que está orgullosa de lo que había acabado de soltar.

—Un placer —se levantó sonriente Nico y le dio la mano el muy cabrito—. Nico.

¿Había echado a Walter para traer a una y darme celos? ¿A mí? Me reí dejando paso a la chica para que entrara y me salí a sentarme al lado de mi víctima, este no sabía lo que había hecho.

—Una cosita, si es tan amable y se quita la ropa, me da más morbo que me atiendan de manera sensual —sonreí al soltarlo, me había quedado tan ancha.

—Claro —dijo desabrochándose los botones de la camisa y ya pudiéndose ver ese sujetador del bikini con las tetas de siliconas. Se quedó en ropa de baño y Nico, en ese momento estaba de espaldas a la barra, mirando al otro extremo donde estaba la cama y no queriéndose girar por nada del mundo, fue buenísimo verlo así, yo aguantaba de reír lo más grande.

—Paulette, ponme un licor de café con hielo, mucho hielo, me has puesto cachondísima. Todo un acierto la idea de mi Nico, que sabe lo que me gusta realmente.

—Gracias... —Me señaló con el dedo como diciendo que, como me llamaba.

—Candela, porque echo a arder todo lo que toco —le hice un guiño y en ese momento escuché como escupía el trago Nico. Me gire —¿Estás bien mi amor?

—Sí, sí —levantó su mano en plan de que estuviera tranquila.

—Menos mal, no te me mueras por Dios, que me quedo desprotegida, yo creo que nos deberíamos de casar a la vuelta para asegurarme la paz mental.

—¿Casarnos? —Hasta la cara se le cambió y me miró emocionado.

—Claro ¿A quién mejor que a mí, para dejarle tu fortuna?

—Fortuna la que tienes tú, de que me esté aguantando.

—¿Aguantando de qué, frijolito?

—Me llamo Nico.

—A partir de ahora serás mi frijolito, hasta que nos casemos —le puse la mano en el culo y se

lo apreté.

—No me toques los huevos...

—Claro que sí —le metí la mano y se los estrujé—. Deja de tocarme tú los ovarios, comportándote como un niño malcriado y verás como yo no te toco los huevos —los solté, me giré y di un trago a mi copa.

—Paulette, ya puedes llamar a Walter.

—¿Dé qué cojones hablas? —le pregunté a Nico, negando y alucinando con eso ¿Iba a venir ahora el otro?

Y sí, apareció tan rápido que parecía que estaba detrás de la puerta el jodido, venía sonriendo y parecía de todo menos mexicano, además era alto.

De repente comenzaron a aplaudir los tres riendo y mirándome, yo estaba alucinando ¿Dé qué cojones iban?

—¿Qué pasa, os representó a una actriz de cine o también os paga por hacer que veis una función?

—Candela —dijo riendo Nico y yo estaba a punto de tirarle el contenido de la copa por encima de la cabeza —¿Recuerdas que te hablé de mi primo Lorenzo que se casó el año pasado con Ceci?

—No me digas que son ellos porque te llevas una hostia que te giro la cabeza ciento sesenta grados —dije riendo y pensando que me había dado la coba del siglo con lo de que esto era sexual y eso, que sí que era para mayores de dieciocho años, pero que no había camareros, eran su primo y su mujer ayudándoles con la broma—. Te voy a matar —me puse las manos en la cara negando y Nico me abrazó.

—Te lo has creído tonta, las piscinas se alquilan, lo que hagas dentro es cosa del cliente, pero se alquila con barra y tú te sirves. Ellos venían en nuestro avión, pero te tenía preparada esta broma y no podía dejarlo pasar.

—Yo, a ti te mato —le di una colleja.

—Oye, que cuando te quitaste el bikini, me alegraste la vista —dijo Lorenzo, recordando cuando me fui nadando desnuda a la cama balinesa, me quería morir.

—Me quiero morir, este imbécil —le di una piña en el hombro—, me dio la coba más grande del mundo.

—¿Pensabas que te iba a montar un número a la primera de cambio? —se rio—. Estoy en tratamiento personal para cambiar, aunque sea un poquito —me pegó a él y me dio un beso en los labios.

—Te quiero matar —negué, mirándolo incrédula.

Le di dos besos a cada uno de ellos, se veían muy majos, aunque ella era muy de silicona, pero simpática a rabiar.

Nos trajeron al bar comida mexicana que pusimos a lo largo de la barra y nos sentamos a comer, en remojo, mejor imposible.

No dejábamos de reírnos, la verdad es que me había gustado esa broma por su parte, quería que se tomara la vida menos en serio y que cambiara. Nico era un gran hombre, una gran persona, la más generosa del mundo en todos los sentidos, pero con ese pequeño fallo de querer controlarme la vida y por ahí no, pero por mi vida, que a este lo cambiaba. Él, me gastó la primera broma, pero yo se las iba a hacer pasar putas.

Eso sí, molaba la de silicona, era simpática a reventar y me estaba muriendo de la risa con sus cosas, sí yo tenía carácter, esta ponía firme a toda una legión.

Nico estaba divertido, feliz, risueño, cariñoso y a mí me encantaba verlo así, eso sí, se la tenía guardada por lo de hoy.

—Te voy a decir una cosa... —murmuré, acercándome a su oído —Hoy te has ganado un montón de puntos, te lo has currado, eso sí, espero que te quede claro que antes de montarme un numerito de celos, sepas que no me voy a achantar.

—Me quedó muy claro.

—Lo veremos... —Me giré y miré a Ceci —¿Me acompañas a tomar un helado a la heladería? No podemos sentar allí un rato mientras los chicos se toman una copa.

—Sí, vamos —se levantó y escuché carraspear a Nico.

—Ahora vengo, mi amor, me voy a tomar un helado con mi amiga —toqué las palmas viendo cómo se ponía morado, le di un beso y me marché. Ahora que digiriera la primera.

—Candela —escuché como me llamaba.

—Dime —me giré.

—Te has dejado la ropa.

—No, hombre, estamos en un resort, a esta hora todos están en bañador, tranquilo —le hice un guiño.

—Es muy majo Nico, me encanta la pareja que hacéis.

—Bueno, no es que seamos pareja, pareja —moví la cabeza con un ligero volteo de ojos.

—Se ve que está enamorado de ti, si no fuera así no nos habría presentado, además, no iría de viaje con cualquiera.

—Bueno, lo mismo soy su capricho momentáneo —sonreí, apretando los dientes.

—Te digo que no, lo tienes en el bote.

—Gracias —sonreí.

—A Nico le hicieron mucho daño y estuvo mucho tiempo sin salir, se sintió humillado, fracasado, le habían sido desleal y eso le costó mucho superarlo.

—Superó la ruptura, pero se quedó con algunas cicatrices que debe curar —sonreí al camarero que nos trajo las copas que habíamos marcado en el tablero digital, aquello era de lo más moderno.

Estuvimos charlando como media hora antes de regresar a la piscina con los chicos.

Yo pensé que me iba a encontrar a un Nico furioso, a ver, no es que estuviera dando saltos de alegría, pero me agarró por la nalga y me dio un beso en el cuello.

—¿Qué tal el helado?

—Riquísimo, mañana hemos quedado en ir a tomar otro, ¿verdad, Ceci?

—Claro, claro, uno por la mañana y otro por la tarde —dijo, conociendo ya nuestra historia y que yo estaba dispuesta a cambiarlo, así que me dijo que se aliaba a mí para ayudar a sacarme las castañas del fuego y a seguirme el rollo en todo.

—A ver si al final os vais a quedar allí toda la estancia —murmuró entre risas Lorenzo.

—Tampoco es eso, pero bueno, entre heladerías, cafelitos y copitas de amigas una noche, creo que ella y yo lo pasaremos muy bien, ¿verdad, Candela?

—Por supuesto, mi Ceci querida.

—Digo yo que algo tendremos que decir nosotros, ¿no?

—¿Qué dices, Nico? Nada que decir, ustedes a disfrutar también por ahí, que nosotras confiamos plenamente en ustedes —murmuró Ceci, y yo me moría de la risa.

—Gracias, muy amables —respondió con una risa de lo más irónica y Ceci y yo, nos miramos, entendiéndonos a la perfección.

—Dime una cosa, amor —dijo Lorenzo, mirando a Ceci de forma que sabíamos que iba a soltar una de las suyas.

—Pregunta, bomboncito —sacaba morros para provocarlo.

—Que digo yo que si eso, te cambias de habitación, os vais las niñas a una y los chicos a otra y así hacéis esas vacaciones que parece que queréis a solas, ya si eso nos vemos a la vuelta.

—¡No, hombre por Dios! —exclamó Nico, riendo y negando —Ya lo que me faltaba, que vayas tú y les des esas ideas.

Nos reímos una cosa mala, estuvimos toda la tarde en la piscina y quedamos en vernos luego para cenar, nos fuimos cada uno para su habitación.

Capítulo 22



Me llevó desde la piscina hasta la habitación en brazos, yo iba muerta de risa con los gestos que me hacía, además, no podía olvidar la broma que me había gastado ese día con Lorenzo y Ceci.

—Así que te puso toda cachonda mi primo Lorenzo —murmuró, dejándome caer en la cama y desnudándose—. Y te fuiste a tomar un helado sin proponérmelo...

—Sí, afirmativo, y me voy a tomar todos los helados que me venga en gana —reí mientras veía y como se echaba aceite en las manos y luego se iba a mi entrepierna.

—¿Sabes que ahora vas a tener un castigo? —me penetró con sus dedos y solté el aire del placer que me había dado.

—Castígame todo lo que quieras —le hice un guiño y me mordí el labio.

Me penetró por ambos lados, me lamió el clítoris y mordisqueó poniéndome como una moto y sin hacer que llegara al clímax, me giró, me penetró por delante y me follo de manera acelerada, de nuevo se corrió dentro.

—Vamos al baño —me dio una palmada en el culo.

—No me he corrido.

—Efectivamente, ya lo cambiaste por el helado.

—¡Nico! —me reí.

—Vamos para el baño.

—No, me toco yo —me puse los dedos en el clítoris y me apartó la mano rápidamente, me levantó y me puso las manos atrás, cogió un lazo mío del pelo y me las ató.

—No vas a tocarte, vamos a la ducha.

—¡Nico, cuando me sueltes me pienso tocar durante la cena y me da igual que esté tu primo y mi amiga, la siliconas! —grité, produciéndole una carcajada.

—Hazlo... Luego tendrás tus consecuencias —abrió el grifo de la ducha y comenzó a enjabonarme.

—Ahí, lava bien ahí —dije cuando lavaba la zona de mi clítoris—. Joder Nico que estoy más salida que todas las cosas, tócame.

—No...

—Eso no vale, solo fue un helado.

—Me parece genial, pero cada acto tendrá su consecuencia.

—Necesito correrme, no puedo, te lo juro, no puedo —eché el aire notando mi zona tan hinchada, que no podía aguantar.

Metió sus dedos y me pellizcó, peor me ponía, sabía cómo hacerme pagar el que me hubiese ido, así que, a partir de ahora cuando me escapara, me metía en un baño me tocaba el botón y al menos algo descargaba.

Nos salimos y estuvo todo el tiempo a mi lado para que me vistiera sin tocarme, me daba un morbo increíble verlo así, no era malo que actuara de esa manera, todo lo contrario, al menos no estaba enfadado, un pasito era un pasito.

—Estás preciosa —murmuró apretando mi nalga, cuando me vio vestida con ese traje rojo de hilo que era muy sensual.

—Tócame y no hago una locura —me reí.

—No te voy a tocar y no la vas a hacer, porque a la siguiente te dejaré peor aún.

—Pero rózame un poquito —me pegué a él y lo agarré por la cintura.

—Vamos, anda, nos están esperando —dijo riendo, agarrando mi mano y sacándome de la habitación.

—Esta me las pagas, Nicolás, esta me la pagas —me reí siguiéndolo y notando un calentamiento global en mi cuerpo.

Llegamos y ya los chicos estaban sentados en una de las mesas de la playa donde íbamos a cenar.

—¿Qué tal mi niña?

—Ceci, calla, que vengo más caliente que todas las cosas —murmuré y Lorenzo y Nico se miraron aguantando la risa, esa que no aguantó Ceci, que estalló a reír.

—¿En serio?

—Verás —le conté lo ocurrido.

—Pues te veo una estancia muy sufrida porque vamos a tomar muchos helados.

—Sí, pero antes de regresar a ellos, pasamos por el baño a que yo me desahogue —murmuré mirándola y viendo por el rabillo del ojo como me miraba Nico.

—Y si hace falta te echo una mano yo —me contestó Ceci, causándonos una risa a todos, pero la cara de Nico se había descompuesto un poco.

—Bueno, vamos a comer y tener la fiesta en paz.

—Por Dios, primo —le contestó Lorenzo—, déjalas que lo mismo aquí terminamos liando una orgía e implicando a todo el hotel.

—Te callas —le respondió, señalándolo con el dedo.

—Es muy aburrido —murmuré para cabrearlo un poquito.

—¿Soy aburrido? —Me miró retándome.

—Un poquito —a cabrona no me ganaba nadie y este me había dejado más caliente que el fuego de la barbacoa que se estaba haciendo en aquel restaurante.

—Luego hablaremos...

—Habla ahora, que nos enteremos todos —dijo Ceci, mientras movía la copa de vino y yo me echaba a reír.

Le dimos una cena al pobre Nico, que lo pusimos más nervioso e incómodo que todas las cosas.

Nos fuimos a tomar una copa a un pub del jardín, que estaba de lo más animado y la gente

bailando a ritmo de bachata.

—Verás cómo pongo a mí amo —murmuré en el oído de Ceci, cuando nos dieron la copa.

—Al amo lo conviertes en Cenicienta antes de que nos vayamos —me respondió, causándome una carcajada.

Y me fui andando al centro mientras contoneaba mis caderas a ritmo de la canción y levantaba mis manos de forma sensual con la copa en una de ellas.

Sabía que no le iba a hacer ni pizca de gracia a Nico, pero ahí estaba yo dispuesta a enseñarle como disfrutar de la vida sin remordimientos, además, sabía que estaba siendo el centro de atención de muchos chicos que había en el jardín, con pareja y sin ellas. Ceci me seguía y me provocaba con sus movimientos, yo le seguía el juego y peor lo hacía.

En la barra los chicos apoyados, Lorenzo riendo porque a ese le daba igual todo y disfrutaba de las locuras de su mujer y Nico, con cara de no estar pasándolo nada bien, pero lo mismo que yo, que me había dejado sin llegar a ese momento tan deseado.

Ceci era la que iba a por las copas para que yo no me tuviera que acercar, venía muerta de risa por la cara de Nico, mientras yo seguía bailando cada canción que sonaba y que me encantaban.

Un chico se acercó a nosotras y se puso a bailar por alrededor, no tardó en llegar Nico, pedir disculpas, agarrarme de la mano y sacarme de allí, pero vamos de allí directos a la habitación, ni me dio tiempo a despedirme de Ceci y Lorenzo, iba de lo más enfadado.

—¡Niño que estaba bailando el “Hawái de vacaciones mis felicitaciones”!

—Ahora vas a bailar “El baúl de los recuerdos” —decía andando decidido y conmigo en el hombro como si fuera una mercancía, pero yo me lo pasaba bomba.

—Esa no me la sé —grité riendo.

—Normal, normal, se me olvidaba que eres una enana.

—Enana tus muelas, hijo de la gran chingada —hostias ya hablaba hasta mexicano y encima el tequila se me estaba viniendo hacia abajo, pero era normal, me llevaba trotando y doblada en su hombro—. Por cierto, buahhh —vomité en lo alto de él y todo me daba vueltas.

—Por Dios, lo que me faltaba —dijo entrando en la habitación y echándome de lado en la cama, mientras se iba al baño a quitarse la ropa y venir a por mí, para ducharme con él.

—No quiero agua.

—Ya lo sé, tú todo lo que pase de treinta y tres grados...

—Nico —murmuré despacito, para hablar rápido no estaba, me costaba hablar un mundo —
¿Estoy castigada?

—Obvio que sí.

—Dímelo más enfadado aún, que me pone cachonda.

—No juegues conmigo o te demostraré quién es el puto amo del juego —decía lavándome con la esponja y sin quitar esa cara de serio que le llegaba a la playa.

—Quiero jugar ¿Comenzamos? —tarde media hora en decir esas tres palabras, pero lo dije.

—Qué comience el juego — dijo poniendo la esponja a un lado y saliéndose de la ducha.

—Pues valiente mierda de comenzarlo, si te quitas de en medio —me salí mientras él sujetaba una toalla para liarme.

—Entonces es que no lo has entendido.

—¿Vas a pasar de mí?

—Hasta decir basta.

—Pues te vas a joder con las consecuencias —dije moviendo un dedo tan ligero, que por poco se lo meto por el ojo.

—Para —me agarró los brazos—. Olvídate de mí por hoy —se marchó a la cama.

Me miré al espejo y lo tuve claro, hablaría conmigo misma.

—Mira Candela —me dije a mí misma, mirándome al espejo y con gestos de manos y todo, en plan, escena de película —¡Ese que se fue a la cama, —grité para que se enterara—, es un engreído que se cree por encima de mí! —Me di en el pecho con tanta fuerza que retrocedí un paso hacia atrás —Ese que se fue a la cama, se cree muy macho por controlar a una mujer y ese lo que no sabe, es que yo, le voy a quitar las tonterías —me volví a dar en el pecho, pero esta vez calculé bien —¡Porque ese que está en la cama, es un infeliz! —grité, pero a la vez di un salto al ver por el espejo a Nico. Aún seguía con la toalla liada en sus caderas y estaba jodidamente sexy.

—Candela —se puso el dedo en la boca y se hizo el pensativo —Una cosa... —Me miró con mala baba.

—Dime, Don Fidel Castro —lo miré sonriente.

—Si me vuelves a nombrar, se te van a quitar las ganas de hacerlo para toda la vida.

—Claro que sí, guapi —dije sonriendo.

—No me provoques —me advirtió con el dedo y lo agarré.

—Este dedo es para que me lo metas por debajo y me hagas gozar, mientras, te lo puedes meter por el culo —dije tranquilamente y con mucho esfuerzo porque me costaba hablar.

—Estás sacando lo peor de mí.

—Pues a ver si lo terminas de sacar y te quitas esa mochila de mierda que llevas en tu forma de vivir.

—Cállate —se llevó su dedo a la boca e hizo un gesto con las manos para que me callara por Dios, pero vamos, ni por la Santa Cena, este no me callaba a mí porque no me daba la gana.

—Pues no me pienso callar —dije poniéndome delante del lado de la cama donde estaba sentado y cruzándome de brazos con la boca llena de pasta de dientes.

Me agarró por los brazos, me elevó por completo, me metió en el otro lado de la cama, me tapo y...

—Como hables te tapo la boca hasta mañana por la mañana.

—No me he terminado de lavar los dientes —murmuré sacando más líquido para que lo viera.

—Pues te lo tragas, ni te levantes, ni hables, advertida quedas, una sola palabra y no hablas más esta noche.

Y como que lo vi capaz, vamos, que me quedé muda tragando la pasta de dientes que, menos mal que sabía bien, que, si sabe mal, me muero en el intento.

Capítulo 23



Abrí los ojos y vi a Nico dormido, me puse las manos en la boca recordando lo de la noche anterior.

Me levanté con sigilo, me cambié y me fui sin hacer ruido...

Las siete de la mañana y mi estómago me cantaba pidiéndome bollos, tostadas y todo lo que le echara.

Me senté en una terraza que daba al mar y la verdad es que la mañana estaba de lo más bonita. No tardaron en traerme el desayuno.

Encendí el cigarrillo y reí con la primera calada recordando como vomité encima del pobre Nico, y la noche que le di. Esta le iba a costar perdonármela, lo tenía más que claro, pero vamos, esta y todas las que le iban a caer seguidas, porque a este lo cambiaba yo, así me dejara la vida y tenía los días que durara el viaje, esos que ni yo sabía, vamos que no me quiso decir en ningún momento cuando regresábamos. Tampoco es que tuviera prisa, recién acabábamos de llegar y esto era el puto paraíso.

—Buenos días —la voz de Nico sentándose a mi lado, me hizo que se me cortara de golpe la risa.

—Buenos días, Don Fidel —murmuré y me callé cuando el camarero trajo más café y zumo al ver que había llegado

—Te voy a decir algo Candela.

—Te voy a contestar lo que me dé la gana, Nico —dije en plan “ñiñiñi.”

—¿Te crees muy graciosa?

—¿¿¿Yo??? —Me señalé con el dedo a mí misma.

—Quiero decirte que lo que tú ves como una gracia, yo lo veo como una desfachatez y provocación por tu parte.

—Y yo quiero contestarte que lo que tú ves cómo normalidad en los derechos fundamentales de las personas que es la libertad, yo veo una falta de respeto y machismo muy grande —joder que bien hablaba cuando me daba la gana.

—Desde este momento tienes toda la libertad del mundo, así que espero que disfrutes de ella.

—¿Ya no me vas a untar más aceite?

—Por supuesto que no, así que, si quieres, me tratas como un amigo y nos llevamos bien, así puedes hacer lo que quieras libremente, pero que haya cordialidad, pero si vas a seguir en contra mía, prepárate para la guerra.

—¡Hasta la victoria siempre! —grité aplaudiendo y dándole a entender que a la guerra que iba. Eso de que ya era libre no era mi cometido, el mío era que él cambiara y yo iba a por todas para lograrlo.

Su cara lo dijo todo, ni falta le hizo hablar, yo aguantaba la risa porque sabía que él me decía eso, pero en el fondo no es lo que deseaba, solo que estaba lleno de eso que no le hacía bien, no soportaba no tenerme controlada en todo momento.

—¿Has quedado con los chicos en algún lugar del resort?

—Se han ido hace un rato a una excursión a Chichén Itza.

—¿Y a mí no me has llevado a conocer a ese hombre?

—Es una pirámide —murmuró con mucho enfado.

—Ah no, paso entonces —me aguanté la risa—. Venir a Cancún para ver piedras —negué sabiendo que lo estaba poniendo de más mala leche.

—Tu cultura se quedó a mitad de camino, ¿verdad?

—Mi cultura es española como la tuya. Mira este —moví la cabeza hacia arriba.

—Da igual, no se puede pedir peras al horno.

—Pues mi madre hacía las manzanas al horno —sabía que lo iba a terminar sacando de quicio, pero así soltaba el estrés bien tempranito.

—Y yo te voy a hacer a ti a la barbacoa como me sigas tocando la moral.

—¿A la barbacoa como un pollo?

—Sí, como un pollo —soltó el aire y dio un mordisco al pan.

—Por cierto ¿Qué planes tenemos hoy?

—Estaba pensando en salir del resort y que nos fuéramos a la quinta avenida de Playa del Carmen.

—¿De compras?

—Sí, de compras y que te calles, pero no, mejor otro día, hoy nos quedamos en la piscina.

—¿Solos?

—Solos.

—Me acabo de poner cachonda.

—Ese es tu problema.

—¿No me vas a quitar en la piscina el calentón?

—No, ni en la piscina ni en ningún lado, eres libre.

—Libre, pero dejo las puertas del cielo de par en par abiertas. Y si no eres tú, pues será otro.

—¡Vámonos! —Levantó la mano y se acercó el camarero —Llévenos a nuestra isleta otro desayuno completo.

—Ahora mismo.

—Vamos —murmuró muy enfadado y sabía que le había dado donde menos tenía que darle, pero bueno, ya lo había soltado, ahora que se aguantara.

Entré a la piscina y me fui a quitar la ropa y dejarla en la cama balinesa, a la nada ya estaba el camarero dejando en la barra todo y marchándose, cerrando aquel lugar que volvía a dejarnos en total intimidad.

Me quité la parte de arriba del bikini, total si íbamos a estar los dos solos, al menos que se me pusiera el color uniforme.

Me acerqué y había servido dos cafés de la cafetera termo que nos habían puesto.

—Frijolito, gracias —murmuré cogiendo mi taza.

—¿Vas a parar ya de decir chorradas?

—No, obvio.

—¿De verdad pretendes darme cada día de las vacaciones?

—¿Yo? Solo quiero disfrutar.

—Pues parece que lo único que pretendes es joder, así que para, piensa las cosas y tengamos la fiesta en paz.

—Si quieres me voy a tomar el desayuno donde estaba y te dejo relajadito.

—No vas a ir a ningún sitio.

—¿No me habías dado la libertad? Frijolito ¡Qué ni te entiendes! Y encima quieres que te entienda yo ¡Anda, qué paciencia la mía!

—Ahora no quiero, vas a ser solo mía.

—Pues quitame el calentón que tengo —sonreí, metiendo mi mano por debajo de mi bikini para hacer como la que me iba a tocar.

Me sacó la mano de forma fulminante.

—A ti solo te toco yo, así que, quieta —dijo agarrando fuerte mi mano.

—Me vas a partir un dedo y vamos a tener un problema, frijolito.

Me agarró por las caderas, me sentó en la barra, quitó la braga, me sacó las caderas y me lo comió como no me lo habían comido en mi puta vida, a mí me faltaba barra para agarrarme y garganta para chillar más fuerte.

Mordisqueaba mi clítoris, lo lamía, lo volvía a mordisquear, yo me estaba ahogando, me quedaba sin respiración, aquello no me lo podía haber imaginado en la vida. Llegué al clímax sin piedad por parte de él, que seguía aguantándome las piernas y mordisqueando mis partes.

—Ahora espero que pares un poquito y tengamos la fiesta en paz —dijo echándose más café y dándole un trago.

Yo ni contestar podía, aún estaba incrédula a aquello que había acabado de vivir.

Me bajé y me senté en uno de los taburetes acuáticos, me encendí un cigarrillo y lo único que pensé es, ¡válgame, Dios!

Desayuné en el más absoluto de los silencios mientras notaba temblarme las piernas e intentaba asumir aquel momento que, por nada del mundo, me había esperado que sucediera de esa manera.

Mientras se me iba el tembleque recordé eso de que solo me tocaba él, vamos que estaba de lo más bipolar.

Un rato después cuando vinieron a retirar las cosas del desayuno, se me ocurrió una idea genial. Hoy me iba a portar bien, se lo había merecido por eso del delicioso que me había hecho sobre la barra. Así que iba a cambiar mi estrategia, hoy iba a ser la “Sí, bwana”.

Me metí dentro de la barra y con la bandeja de fruta que nos habían dejado bien grande, preparé en la licuadora unos batidos de plátanos, además de echarle sirope por encima de chocolate.

—Ya no te voy a llamar más frijolito, ¿hacemos las paces? —Puse su batido delante y le extendí la mano, yo aún seguía por dentro de la barra.

—Espero que no me des el día —me señaló con el dedo antes de dármele, en el fondo si es que se le hablaba con cariño y él era un buenazo encerrado en el cuerpo de un miedoso a perder aquello que quiere.

—No, no te lo daré.

—Ni que te escapes a...

—No, no voy a ir a comer helados sin ti.

—Ni a desayunar de nuevo sola.

—No, no, tampoco, de verdad —hasta yo me lo estaba creyendo. Hoy iba a ser buena, pero mañana terapia de choque que le metía, una de cal y otra de arena. Que esa parte machito que tenía, yo se la iba a volver corderito.

—Ven —me señaló para que saliera de la barra y fuera hasta él, que, por cierto, me recibió con un abrazo y por mi vida que noté que me habían caído unas lágrimas por la espalda.

—¿Estás llorando frijolito? ¡Perdón! Corderito —Me di un toque en la frente—. Amor de mi vida —menos mal que le dije eso y se echó a reír, pero tenía los ojos húmedos.

—Quiero hacer una vida contigo —me volvió a abrazar y menos mal que no me vio mi cara, se hubiera quedado alucinado, vamos que me acojonó, una vida decía... Primero que bajara los humos de jefe de seguridad y segundo, que me demostrara que había cambiado.

—Claro que sí y yo —apreté los dientes, total, me tenía abrazada y no me veía.

Nos tomamos el batido entre besos, sonrisas y abrazos, esos que yo deseaba obviamente, pero a él se notaba que le hacían mucha falta.

Cuando conocí a Nico me llamó la atención su tacto, elegancia, predisposición, talante, era todo, todo eso que aún conservaba, pero claro, con ese lado oscuro que salió como una bomba atómica cuando ya estaba más que enganchada de él.

Pero se lo iba a cambiar, eso lo tenía claro, me costara lo que me costara. Yo quería a un Nico feliz y ser así, es porque no lo era.

—Por cierto ¿Nos vamos un rato a la playa? —pregunté abrazándolo.

—Claro, como no —me besó, dejamos cerrado aquello con nuestras cosas dentro y nos fuimos a darnos un baño, eso sí, con una cerveza que pedimos en una de las barras del resort que estaban en la playa.

Entre nosotros había química, chispa, deseos, complicidad y mucha tentación, éramos como dos volcanes que estaban en erupción continuamente.

—Nos van a ver —dije cuando noté que metía su mano entre mis nalgas de forma intensa.

—¿Tú crees?

—¡Nico! —me reí, separándome.

Estuvimos como una hora en el agua, teníamos un calentón de mil demonios, así que nos fuimos a la piscina privada a rematar esa faena.

Me cogió en brazos nada más entrar y me llevó para la cama balinesa, en ese momento ya me había sacado el bikini por el camino.

Ahí nos entregamos entre lamidas mutuas, caricias y terminamos haciéndolo como locos.

Pasamos un día entero ahí metidos y cuando digo entero es que comimos y cenamos.

Entre piscina y cama pasaron las horas, sin obviar que hasta tres veces terminamos enganchados en esa seducción que iba apareciendo entre nosotros.

Habíamos pasado un día increíble, Nico había estado de lo más relajado y feliz, pero claro, porque me tenía bajo su control, así que se preparara que, al día siguiente, sin duda, sería la terapia de choque.

Capítulo 24



Me levanté sin hacer ruido me vestí y fui a salir por la puerta, cuando me di cuenta de que no podía abrirla ni veía las llaves que tenía que pasar, le había echado la seguridad.

—¿Ibas a algún lado sin mí? —la voz de Nico me sobresaltó por completo.

—¿¿¿Yo??? —dije de espaldas a él, mirando hacia la puerta y pensando que me había pillado con el carrito de los helados.

—Sabía que no me podía fiar de ti —murmuró y a mí, se me puso el corazón en la boca.

—Tenía ganas de un café y no quería despertarte —ni me giré no lo quería mirar a la cara, su tono era de enfado total y a mí, o me daba por montar un pollo, o por llorar o reír a carcajadas.

—Mírame a la cara —murmuró y me giré como la que hizo el crimen del día o algo similar. Levanté la cabeza y ahí estaba él, de brazos cruzados y con un semblante tan serio que impresionaba, menos mal que yo a pesar de no esperármelo, achantar no me achantaba.

—Dime... —murmuré poniendo cara de aburrida.

—Toma —estiró su mano con una de las tarjetas de la puerta—, pásatelo tan bien que no tengas que echarme de menos.

—Nico, tampoco es...

—Cállate, por favor —estiró la mano para que me fuera.

—¿Ya no me vas a hablar en todas las vacaciones?

—Pásatelo bien —se giró y se metió en la ducha.

Joder, me había dejado mal cuerpo el tío, ahora se me habían quitado las ganas de cachondeo.

Me fui para el cuarto de baño a hablar con él, que ya estaba bajo la ducha y me iba a meter con Nico cuando...

—Si te atreves a desnudarte e intentar entrar, cojo mis cosas y me cambio de habitación, no me toques la moral y vete hacia donde ibas, disfruta, espero que la vida te dé mucho más de lo que yo te pueda dar, te lo deseo con mi alma, y no vengas arrepentida, porque no pienso dar más oportunidades, no soy el Corte Inglés. Además —cerró el grifo y salió poniéndose la toalla en las caderas de lo más sensual—, te dije que hablaríamos, que intentaríamos arreglar las cosas e incluso buscar un punto intermedio, pero no, tú tenías que joder, que hacer daño, que buscarme ¿Te piensas que así me vas a cambiar? ¿Crees que haciendo cosas que me molesten te voy a dar

la razón y decir que quiero estar contigo y que hagas lo que te dé la gana? ¿En serio piensas que con esa actitud ingrata te vas a ganar las cosas? ¿Tan malo he sido para ti? ¿No era más fácil, poco a poco, ayudarme a quitarme esos miedos que siento? Te has equivocado, Candela, lo único que has conseguido es que me haya arrepentido de traerte aquí y estar dispuesto, poco a poco, a hacerte completamente feliz.

—¿Puedo decir algo? —Las lágrimas me salían a borbotones.

—No, por favor —extendió la mano—. Ahora vete a desayunar, a disfrutar de los otros sitios comunes que hay en el resort, de la playa y espero que te lo pases muy bien, pero no me busques, ni cuando nos veamos aquí para dormir, si vienes o vengo. No me busques, si me tienes el más mínimo respeto, déjame en paz.

Afirmé con la cabeza llorando a lágrimas tendidas y me marché. No le iba a poder decir nada y, menos, cuando no quería escuchar.

Pero tenía razón, la verdad es que sí. Conmigo se había portado muy bien, me ayudó ante un problema muy grande que tenía en mi casa y en mi vida. Me trató como una reina, me hizo disfrutar tanto, que se me olvidó el mundo, jamás me puso una mano encima y sabía que bajo ningún concepto lo haría.

Estaba claro que tenía un problema, pero él no me obligaba a estar a su lado, ni el tiempo que estuvimos separados me coaccionó a nada, solo me decía que, si quería estar con él, pues no le gustaba que saliera sola, que él dejaría lo que estuviera haciendo y me acompañaría siempre. Sí un poco desmesurado, pero como ya digo, era mi elección.

Ahora me sentía tonta, yo pensaba hacerle terapia de choque y él con una sola clase, me hizo una Masterclass. Había que joderse.

Llorando en la playa y sentada en la arena con un café en la mano, así me encontraba después de haberme sentido la tía más imbécil del mundo.

Le debía mucho, demasiado, había vivido momentos muy bonitos junto a él, y ahora podría haber aprovechado para disfrutar de unas vacaciones que no había tenido ni en sueños y que él me regaló, pero la había jodido y no sabía de qué manera.

Podría haberlo hecho de otra manera, pero no, en vez de entenderlo y hablar mucho con él, había liado la de Dios y ahora no sabía cómo arreglarlo.

Yo no quería estar con un tío que le jodiera que me fuera a tomar un café o de compras, pero lo amaba y si de algo estaba segura, es que tenía millones de cosas bonitas que muchos otros quisieran, pero claro, mi negación a aceptar y ahora a no hacer las cosas bien, pues había traído esto.

Me quedé toda la mañana en la playa, sentada en una hamaca, ni rastro de él ni de Lorenzo y Ceci, pero bueno, tampoco es que los hubiera buscado.

Fui a comprar tabaco, cogí una hamburguesa con patatas y me fui a la piscina privada que tenía cogida para toda la estancia, quería estar sola y apartada del mundo y, ¿qué mejor lugar que ese?

Abrí con la llave de la habitación escamada por encontrarla cerrada. ¿Estarían ahí Nico y los chicos?

Lo primero que vi es a Nico, sentado solo en la barra y tomando una copa, estaba solo, ahora no sabía si entrar o irme, pero me hizo un gesto con la mano para que fuera hasta él.

Yo quería que la tierra me tragara y me escupiera en Punta Cana, que estaba en una de las islas de enfrente.

Me puse dos asientos más allá. Él, se giró y me miró.

—¿Llevas toda la mañana aquí? —pregunté nerviosa, porque no sabía si me dijo que entrara para hablar o para que disfrutara también del lugar, aunque él estuviera.

—No, estaba en la playa.

—No te vi.

—Estaba en la fila de detrás de ti en otra hamaca —murmuró mirándome y yo cada vez me quedaba más alucinada, ni me había dado cuenta que estaba detrás de mí toda la mañana.

—¿Quieres? —Le señalé a la mitad de la hamburguesa, yo tenía la manía de partirla en dos.

—No, gracias —sonrió—. Qué aproveches.

—A decir verdad, se me pasó el hambre —murmuré entre dientes y sonriendo.

—Siento lo que te dije esta mañana. Lo que hice por ti, lo hice de corazón, no lo tenía que haber nombrado, además, tú también hiciste por mí cosas que ni sabías.

—Tranquilo, tienes derecho a enfadarte.

—Tengo claro que lo nuestro no va a poder ser —dijo eso y casi me atraganto, y eso que ni había dado bocado a la comida—, pero me gustaría que, al menos, fuéramos amigos y hubiera cordialidad, no sé, estamos en la otra parte del planeta y no me gustaría que lo pasáramos discutiendo.

—Claro —se me saltaron las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —Se cambió de asiento y se puso a mí lado, acariciando mi mejilla.

—Nada —me intentaba secar las lágrimas, pero las jodidas no dejaban de salir—, estoy sensible.

—Sé que me quieres un montón —seguía acariciando mi mejilla—, pero tú, eres una mujer libre y con tus ideas bien claras. Yo, también, lo único que pasa es van en diferente dirección y al final, vamos a terminar muy mal y agotados de intentar cambiar al otro. No te quiero perder como amiga, ni como empleada, eres una gran mujer y te mereces lo mejor. Quiero tenerte siempre en mi vida, aunque no sea de la manera que esperaba, pero quiero tenerte —escucharlo con esa vocecita floja, tranquila y segura, me mataba, realmente me mataba.

—Este es tu viaje —lo miré—, pásatelo muy bien porque no pienso hacer nada, quiero irme a la habitación y quedarme allí hasta que nos vayamos.

—No, no puedes hacerte eso.

—Ya me hice lo que me tenía que hacer y es joderme a mí misma —sonreí entre lágrimas. Me fui a marchar, pero me agarró y me abrazó.

—No hagas eso, quédate conmigo, disfrutemos de esto, hemos venido juntos, Candela.

—Dame un beso —le pedí entre lágrimas y besó mi mejilla—. No, no era ahí.

—No te lo voy a dar en los labios —echó mi pelo hacia atrás del hombro—. No voy a jugar contigo, no soy de esos, quiero que te quedes en mi vida y es lo que me importa, pero de lo otro, creo que es hora de cerrar ese capítulo que nos va a matar.

—Yo te quiero de verdad —dije, abrazándolo fuerte.

—Lo sé —acariciaba mi pelo —Yo también te quiero de verdad, Candela, y te juro que, con toda mi alma, pero no puedo enjaular a alguien que es libre como el viento y tú no puedes cambiar a alguien que no quiere hacerlo.

—Pues valiente mierda de vida.

—Te propongo algo...

—Qué sea indecente, por favor —volteé los ojos poniendo las manos en sus piernas, vamos de ahí no me pensaba quitar.

—No —sonrió levantando mi barbilla—. A partir de mañana quiero que conozcas lo que hay

ahí fuera y que te va a encantar, nos vamos a recorrer toda la Riviera Maya.

—Qué sensual —respondí volteando los ojos y recostando mi cabeza en su pecho, para que así me la acariciara, por notar al menos algo.

—¿Aceptas?

—¿Y no podemos ser “follamigos” de esos que se llevan ahora?

—Mañana iremos a Holbox —cogió mi cara con sus manos y besó mi frente.

—Ni idea de lo que es, pero bueno, iremos —dije con desgana.

Me abrazó sonriendo y me zarandeó hacia los lados, quería animarme y apoyarme, pero a mí solo me habían quedado dos cosas claras, que no iba a haber nada más entre nosotros y tampoco sexo. Me había matado.

Capítulo 25



Tras ese abrazo aparecieron Lorenzo y Ceci, llamaron y fue a abrir Nico.

Ceci entró bailando samba, la verdad es que me tenía que reír con ella, sí o sí.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, abrazándome y notando que no estaba bien.

—La he liado, ahora te cuento —le hice un guiño y saludé a su marido.

—¿No habéis comido? —preguntó Ceci, mirando la hamburguesa.

—La cogí para venirme aquí tranquila, me encontré a Nico y se me quitaron las ganas de comer después de lo que me dijo —murmuré hablándole en voz baja.

—¿La has liado?

—Un poco, y ahora dice que me quiere tener como amiga y que sabe que lo nuestro nunca podrá ser —le terminé contando todo mientras Bertín, le enseñaba una cosa en el móvil a Nico.

—¿Ya se te han quitado las ganas de liarla?

—Sí, por completo, me dejó muy claro que no iba a cambiar cómo te he contado.

—Ya...

Nos giramos y Lorenzo estaba preparando cuatro cócteles, nos pusimos a hablar con ellos, bueno, yo estaba más callada que en misa, estaba totalmente de capa caída.

—¿Qué tal? —Nico me echó la mano por el hombro y me besó la sien.

—Ni me preguntes —sonreí con tristeza pegando mi cabeza a su pecho, yo solo quería sentirlo.

—No quiero verte mal —me puso entre sus piernas y me agarró por la cintura, mirándome de esa manera que me mataba.

—Nos vamos a tomarla a la cama —dijo Lorenzo, y Nico afirmó, parecía que nos querían dejar a solas, algo le habría dicho Ceci.

—Nico... —dije con tristeza, aún me tenía agarrada, pero yo sabía que era a modo de cariño, algo me decía que él había dado un paso adelante y que iba a ser difícil que retrocediera.

—Dime, preciosa.

—¿Me vas a dar abrazitos por la noche? —pregunté, pegándome a su pecho y echando mi cabeza en su hombro.

—Claro y de día.

—Y si me saco novio un día, ¿seguirás siendo mi amigo? —le pregunté en plan niña pequeña y muy triste, pero se hizo un silencio.

—Claro —su tonó fue como de enfado, no muy convencido o diciendo que no le quedaba otra. Creo que la había cagado de nuevo, me debería de haber quedado callada.

—Es broma, ya no quiero hombres en mi vida —me separé de él, me fui a la esquina de la barra y me senté en el borde de la piscina, apoyando mi copa y encendiéndome un cigarrillo.

—¿Por qué te has quitado de mi lado? —preguntó acercándose y sentándose en el taburete de la barra más cercano adónde yo estaba.

—No lo sé...

En ese momento salieron los chicos diciendo que allí hacía mucho calor y que se iban a la habitación. Nos quedamos de nuevo a solas.

—Bueno, me dijiste que lo íbamos a pasar bien y que seríamos amigos, ¿por qué estás así?

—Eso me lo dijiste tú, Nico.

—Y tú, lo aceptaste —se levantó y se puso apoyado entre mis piernas.

—Da igual, no quiero hablar, me agobio más —me rasqué la cabeza y cuando me picaba es porque estaba estresada.

—Dame las manos —puso sus palmas bocarriba y le apoyé las mías.

Me agarró y me bajó, me cogió por la cintura y me pegó fuerte contra él, me quedé sin aliento.

—Yo también te deseo y estoy que me cuesta aguantarme de no cogerte, desnudarte y hacerte gemir como loca, pero eso nos llevará a una espiral que nos hará mucho daño —apretó mi nalga, pero como un gesto de cariño—. Me muero por morderte esa boca, pero no puede ser y aun que —me pegó más y noté su miembro, me estremecí —tengo ganas de hacerte lo más grande, aunque me lo pidas llorando, no lo haré — se echó a reír.

—¿Te hace gracia?

—Me he puesto cachondo.

—Pues aprovecha —puse cara de rogarle.

—No me estoy riendo de eso.

—¿Entonces?

—Que te la he vuelto a colar —se echó a reír, agarró mi cara que estaba en shock, me dio un beso en los labios y...

—¡Eres un cerdo! —Me quería morir, la imbécil de la terapia de choque, se la había vuelto a comer doblada y encima me había dolido mucho.

—Cuando tú vas, yo vengo de vuelta —me abrazó, mordiendo mi oreja.

—Paso, me voy a comer un helado sola —cogí el neceser.

—Cuando vuelvas me traes uno de chocolate.

—Vete a la mierda —me senté encima de la barra, no sería yo quien saliera a tomar un helado sola, ni de coña, de este no me iba a separar ni para cagar. Esa iba a ser mi nueva estrategia, hacerlo feliz o que me pagara un viaje sola para que lo dejara un rato tranquilo.

—Ve tranquila —se acercó, se colocó entre mis piernas, pero alejando la cara para no recibir una colleja.

—No, no me gusta ir a los sitios sin mi novio —sonreí con ironía.

—¿Soy tu novio? —Arqueó la ceja.

—De toda la vida y cuidadito con quién se atreva a meterse por medio.

—No, no eres mi novia, eres mi absoluta locura —me cogió sobre su cintura flotando en el

agua y me besó.

—Y cuando regresemos a España, ¿qué seré?

—La inquilina de mí piso y mí trabajadora —sonrió mirándome.

—¿Y si quiero ser tu sumisa?

—No, esa no es mi Candela —volvió a besarme.

—Yo no quiero estar sin ti —se me saltaron de nuevo las lágrimas.

—No me llores así, preciosa mía —secó mis lágrimas—. No me digas esas cosas que me matas, sabes que eres mi debilidad.

—Pues no me dejes, por muy mal que me porte, aunque que ya me voy a portar bien, no quiero ir a ningún sitio sin ti, siempre contigo —lo abracé.

—Lo hablaremos tranquilamente —me acariciaba la espalda.

—Que no, que no hay nada que hablar, que estamos juntos y ya.

—Sabes que las cosas no son así.

—Pues yo quiero que sean.

—Lo hablaremos...

—No, yo te firmo un contrato donde diga que te voy a hacer caso.

—Me vale con tu palabra.

—Pues yo, nos declaro marido y mujer.

—¿Tú? —se echó a reír, noté su miembro rozarme y me volví loca.

—Sí, yo y házmelo ya.

—¿El qué?

—Tú lo sabes —me reí y me eché en su hombro.

—¿Y si te hago sufrir un poquito? —Noté sus dedos quitando la parte de arriba de mi bikini y sacándolo, lo mismo hizo luego con la braga —Sabes que soy muy juguetón y puedo —metió sus dedos por mi vagina —hacerte pasarlo mal un rato.

—Y dos o tres, los que quieras, tú dale —me reí y comencé a besarlo.

Esa mañana lo había pasado muy mal sin saber que estaba en otra hamaca detrás de mí, encima pensando que estaba muy enfadado y que no quería estar conmigo, lo había pasado realmente putas, así que ahora solo quería estar pegada a él y mandar a la mierda mi plan.

Lo hicimos en varias ocasiones y pasamos el día ahí, por la noche cenamos en la playa sin ir a cambiarnos, estaban dando barbacoa así que ahí nos sentamos y aparecieron Ceci y Lorenzo.

—Mañana nos vamos a Holbox, ¿os apuntáis?

—Hermano —le dijo Lorenzo, dándole en la espalda una palmada—, a nosotros no nos dejáis aquí ni muertos.

—¿No eran primos? —preguntó Ceci, bromeando.

—Sí, pero se acaban de adoptar —murmuré riendo.

—Bueno, pues te declaro mi hermana putativa, dos hermanas para dos hermanos. Ahora falta que os caséis —murmuró en voz baja.

—O terminemos a hostias —dije con tristeza—. No lo veo muy por la labor de tener algo conmigo como al principio, es como si —nos apartamos un poco con las copas como si fuéramos a la orilla —de repente él, supiera que lo nuestro no puede ser.

—¿Y si te está poniendo a prueba?

—No lo sé —se me saltaron las lágrimas y ella me echó la mano por encima y me dio un beso en la mejilla—. Me da la sensación que él, no quiere arrastrarme a algo que sabe que no estoy de acuerdo y no me quiere hacer daño, pero joder, es que ya me da igual sacrificarme, no quiero

volver a estar sola en el apartamento y sin él.

—Te entiendo, pero algo me dice que está jugando a ganarte por completo.

—Pues que se dé ya por campeón, yo ya paso de jugar, me estoy destrozando la vida y no tengo ojos más que para él.

—Odio a Natalia, fue la culpable en convertirlo en esto.

—Y yo, y eso que no la conozco —miré a los chicos que charlaban y Nico de lejos, no me quitaba la vista de encima.

—Si te digo la verdad, no deberías de acceder a nada, no tienes que pagar los platos sucios de otra persona.

—Pero no lo quiero perder.

—Te entiendo, tienes un marrón impresionante encima.

—Me voy a volver loca y encima estando con él, pero sin estar, es muy difícil todo.

—Bueno, verás que al final algo sacáis de esto.

—Espero...

Regresamos donde los chicos y nos despedimos hasta el día siguiente, nos fuimos a la habitación y yo estaba muy agobiada.

—¿Qué te pasa? —dijo enjabonando mi cuerpo.

—Quiero ser tu plan para cuando nos vayamos de aquí.

—Siempre serás mi plan.

—No quiero ser tu amiga, quiero ser tú, todo.

—Bueno, eso lo iremos viendo, ahora mismo...

—Ahora mismo, me estás matando en vida —dije saliéndome de la ducha y poniendo una toalla en mi cuerpo.

Me fui a la terraza a fumar un cigarrillo.

—¿Vamos a disfrutar de las vacaciones o la vamos a pasar recriminando?

—Déjame...

—Pues aclárate, o te dejo, o no te dejo.

—Eres un puto egoísta —ya había estallado, sabía que no tardaría en que se me pusiera la boca grande.

—Soy un puto egoísta porque no quiero hacerte daño y privarte de tu ansiada libertad. Muy bien, Candela.

—¿Sabes que te digo? Qué sí, vamos a pasarlo bien como amigos, me moriré por desear que me toques o me beses, pero hasta que no me digas que quieres algo serio conmigo, no me vas a volver a tocar.

—Luego no me vengas llorando —dijo enfadado.

—Tranquilo, no lo haré —dije con chulería.

Se fue y se tiró en la cama, un rato después entré yo, me puse una camiseta y una braga y me tumbé al otro lado, de espaldas, me aguanté de llorar y lo conseguí, ya estaba bien de vivir sufriendo...

Capítulo 26



Me desperté y estaba en el baño lavándose los dientes, yo me vestí y esperé que saliera él, para entrar yo.

—Buenos días, bonita.

—Buenos días, Nico —dije sin mirarlo a los ojos y entré a lavarme la cara y dientes.

—¿Qué tal? —Se quedó apoyado en el quicio de la puerta.

—Bien, gracias —mentí.

—No lo tengo muy claro...

—Yo tampoco muchas cosas y no ando presionando.

—Está bien —se apartó de la puerta del baño y resoplé agobiada.

Nos fuimos a desayunar y nos encontramos con los chicos. Ceci, no dejaba de tocar mi rodilla a modo de cariño, sabía que estaba agobiada y no estaba bien.

Salimos a coger un taxi de los que había en la puerta del hotel y nos llevó hasta el pueblo donde se cogía el barco que cruzaba a Holbox, Lorenzo y Nico alquilaron un carro como los de golf, donde nos montamos los cuatro, yo atrás con Ceci y ellos delante.

Primero dimos una vuelta por la isla, era alucinante, de ensueño, llena de hamacas y columpios en el mar, una preciosidad que dejaba sin palabras.

Nos fuimos a un rincón precioso, un bar de playa con hamacas fuera y dentro del agua.

Ceci, se quitó la parte de arriba del bikini cuando nos sentamos en las hamacas a tomar una cerveza, yo ni me lo pensé e hice lo mismo, es que me daba igual lo que pensara Nico, ni lo que le entrara por el cuerpo. Yo estaba dispuesta a todo por él, pero como era de la manera que era, no me lo estaba poniendo fácil. Así que, ni explicaciones, ni preguntar, lolas al aire y listo.

Ni lo miré, no quería ver la cara que había puesto. Cogí la cerveza y me fui a uno de esos columpios que quedaban mirando al bar.

Vi cómo Nico venía hacia mí, no lo quería ni mirar, a saber, si venía para montarme un escándalo por tener las tetas al aire.

—Toma —me dio un spray de protector de cincuenta.

—¿Qué quieres que me lo meta por los ovarios? —pregunté, mirándolo.

—Se te va a quemar el pecho.

—Pues es mi problema, no el tuyo.

—Échatelo.

—No, no me lo voy a echar.

—O te lo echas tú, o lo hago yo.

—No me vas a poner una mano encima.

—Candela —me lo intentaba dar.

Cogí el bote y lo lancé hacia atrás con fuerza.

—Por pesado.

—Ve a por él.

—No te lo crees ni tú.

—Ve a por él.

—No me da la gana.

Cogió mi cerveza, me la quitó de las manos y lanzó el vaso con fuerza hacia atrás, se dio la vuelta y se marchó.

—Eres un hijo de la gran chingada —le chillé y ni se giró.

Me quedé ahí de nuevo llorando, es que no sabía cómo actuar ni que hacer y, lo peor de todo, es que me estaba haciendo un daño tremendo. Algunos momentos quería luchar, otros matarlo, otros salir corriendo... Y así eran mis días, una espiral de sentimientos contradictorios.

Un rato después, apareció Ceci con dos cervezas y me dio una.

—Gracias —murmuré entre lágrimas.

—Voy a coger el espray que es mío —rio apretando los dientes.

—Lo siento, ya voy yo.

—No, quédate ahí.

Cogió el espray y el vaso que él lanzó.

—Lo siento.

—Tranquila, pero ahora no te voy a dar la razón.

—Ya...

—Te has quitado la parte de arriba sabiendo como es él, cosa que te aplaudo y felicito, ya que yo hubiera hecho lo mismo, pero él, pese a que se lo han llevado los demonios con ese gesto, vino a traerte protección, se preocupó porque no te quemaras y le lanzas el bote.

—Tienes razón, pero es que ya no sé cómo actuar.

—Ya, pero piensa que lo que hizo fue un esfuerzo grande —dijo echándome el espray en los pechos y me lo extendí.

—¿Tú sabes hasta cuando nos quedamos?

—Nos faltan muchos días aún —sonrió.

—Vale.

—¿Tienes ganas de regresar?

—No, porque iré para el apartamento, él para su casa y sé que de nuevo se alejará.

—Tienes días para arreglarlo.

—No, tiro la toalla, de verdad, no sé actuar, he perdido las riendas y por mucho que me diga que me voy a comportar, termino liándola.

—Viene ahí, me piro, os dejo a solas.

—No te vayas por Dios —pero comenzó a andar hacia fuera y se cruzó con Nico, hablaron algo y él, vino hacia mí.

—¿Más tranquila?

—Eso pregúntatelo tú, que lanzaste mi vaso.

—Y tú el espray.

—Yo no te obligué a beber cerveza y tú me estabas obligando a echármelo.

—¿Y sin embargo con ella si te lo echaste?

—Sí, me dio la gana.

—Bueno, entonces te das cuenta de que yo soy el problema, que te molesta todo lo que haga.

—No, el problema soy yo.

—Déjame un sitio —se sentó a mi lado del columpio y me puso la mano en el hombro mientras nos mecíamos.

Estuvimos un rato en silencio, para mí era súper difícil tenerlo a mi lado y no poder tocarlo, bueno, lo podía hacer, pero, yo me entendía. Esto estaba pudiendo conmigo y tenía una ansiedad y dolor, que me hacían estar de lo más triste y desubicada.

—¿Vamos a comer?

—Vale —dije levantándome del columpio y andando hacia fuera.

Nos montamos con los chicos en el carro y nos fuimos a otro lado de la isla, donde había un restaurante de playa de lo más llamativo y tenían tanto, especialidad en pescado como en comida tradicional mexicana.

Oriana estaba todo el tiempo bromeando para que me riera, yo apenas hablaba, prefería que lo hicieran ellos para que conmigo, no subiera el pan.

Regresamos a la playa y volví a hacer *topless*, eso sí, me eché cremita para que el niño no estuviera en tensión.

Echamos un día precioso en esa isla que me enamoró por completo, pero Nico y yo, apenas hablábamos.

Al regreso paramos en un restaurante de fuera de nuestro hotel y cenamos allí. Notaba que Nico me miraba continuamente, pero yo pasaba de cruzar nuestras miradas.

Regresamos al hotel agotados, me duché la primera y me metí en la cama, para cuando lo hizo él, yo ya debía estar dormida.

Capítulo 27



Desperté y eran las seis de la mañana, así que me vestí y me fui a tomar un café, vamos no salí ni sigilosamente, a estas alturas, ya que más daba dónde fuera.

Estaba todo a oscuras, solo con las luces de los farolillos del hotel, así me fui al bar que estaba abierto y me pedí un café.

Me senté mirando al mar, quería ver el amanecer que sería en breve, pero obvio que antes vi a Nico aparecer, se fue a la barra, pidió un café y se vino hasta mí.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, jefe.

—Te escuché salir y te llamé.

—No me enteré.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien.

—¿Me vas a mirar cuando te hablo?

—Claro —lo miré con una falsa sonrisa.

—Sonríe de verdad —hizo un arqueado de cejas.

—No me sale...

—¿Me ves enfadado porque ayer hicieras *topless* y hoy vinieras sola a tomar café?

—No, ese es el problema, que ya te doy igual.

—O sea, si no me enfado es que me das igual y si lo hago, es que soy un machista y mala persona.

—Nico, no quiero hablar, por favor —dije enfadada.

—Pues dime que quieres porque no te entiendo. Si te molesto, es tan sencillo como que me lo digas y estoy dispuesto ahora mismo a coger otra habitación y no molestarte más —eso me dolió infinito.

—Si vienes a hacerme más daño, haz lo que te dé la gana, pero no me lo digas.

—Pero, ¿no ves que eres tú?

—Sí, yo soy la culpable de todo —murmuré con ironía.

—No he dicho que lo seas de todo.

—¿Qué quieres Nico?

—Que te relajés.

—Pues ves que no puedo, todo es superior a mí.

—Vamos a la piscina, voy a pedir que nos lleven el desayuno.

—No quiero —murmuré, llamé al camarero y se lo dijo.

Me levantó en brazos, cogió mi neceser y, pese a mis gritos y patadas, me llevó hasta allí en su hombro. Me sentó sobre la barra.

—No quería venir.

—Ni yo quería muchas cosas que me tuve que tragar.

—Pero, ¿no comprendes que no podemos estar así?

—Bueno, habló el que se dedicó a gastarme bromas muy pesadas.

—Y tú a querer hacerme terapia de choque.

Se hizo un silencio cuando el camarero apareció a traer el desayuno.

—Come algo.

—No tengo ganas.

—No me hagas que te obligue.

—No podrás.

—¿Estás segura?

—Te parto algo en la cabeza, avisado quedas.

—No creo que seas capaz.

—Deja de mirarme así, ve a reírte de quién te salga de los cojones.

—No tengo otra cara.

—Lo que tienes es un morro que te lo pisas.

Se puso entre mis piernas, me pegó a él y dejó su cara relativamente cerca de la mía.

—Dime que me vaya y ahora mismo me cambio de habitación.

—No me roces.

—¿Por? —Me movió sobre él, que estaba sentado conmigo encima y me intenté apartar, pero no me dejó —Desayuna y ahora te voy a relajar.

—No me busques, no me toques la moral, Nico —me bajé, cogí un café y encendí un cigarrillo.

—No será eso lo que te toque.

—¿Me quieres volver loca?

—Quiero que te relajés y disfrutes, no puedes estar todo el día como estás.

—Pero eres tú el que lo provocas, tienes un morro que te lo pisas.

Me miró levantando la ceja y aguantando la risa, me ponía de mala hostia, tenía el puto control de todo y a mí, me estaba dejando loca perdida.

Desayuné con un asco increíble, la cara era el reflejo del alma, para colmo él, no paraba de medio sonreír y mirarme con esos ojos que lo decían todo, vamos que estaba orgulloso de cómo podía conmigo, ni más ni menos.

Tras el desayuno vinieron a retirar todo y nos dejaron una cafetera con capsulas y una botella de leche, las habían acabado de recibir para dejarlas en las piscinas, eso sí que me gustó.

Me puse a nadar un rato por allí pasando de él, que me miraba desde la barra sentado atento a todo lo que hacía.

—¿Quieres dejar de mirarme? —le dije enfadada.

—Estoy esperando a que pares para darte un masaje y relajarte.

—A mí, no me vas a poner una mano encima.

—Eso lo decido yo.

—¿Tú eres tonto?

—Puede ser...

—Como me pongas un dedo encima, te juro que me lio a hostias contigo y te dejo la cara peor que *Rambo* en su última batalla.

—¿Crees que tienes la suficiente fuerza para hacerlo?

—¿Y tú crees que uno como tú me acojona?

—No te tengo que acojonar, jamás te daría una hostia y esas cosas que tú nombras.

—Te jodan... —Le saqué el dedo y me senté a un lado de la piscina lejos de él.

—¿Hoy no hace *topless*?

—No hay nada interesante que me incite a hacerlo.

—Y ayer, ¿sí?

—Déjame, por tu bien, déjame en paz.

Murmuré y al girarme noté como me agarraba y me llevaba para la cama balinesa.

—¡Qué me dejes!

—No, no te voy a dejar.

—¡¡¡Pues llamo a la Policía!!! —grité, mientras subía por las escaleras conmigo.

—Llama, llama —me recostó y se puso entre mis piernas.

—¿Qué es eso? —dije cuando abrió una especie de estuche.

—Aceites para darte un masaje.

—Ni se te ocurra, te lo advierto —me tenía ya en pelotas, a rápido no le ganaba ni Dios.

—Claro que se me ocurre, echó un buen chorro en la palma de su mano y lo llevó directo a mi zona.

—¿¿¿Qué haces???

—Para —dijo, aguantándome abierta con su cuerpo.

—No me vas a excitar, tenlo claro.

—Ya veremos —cogió algo del neceser, que me dejó con una cara de tonta que no podía con ello.

—No me vayas a meter eso —dije mirando aquel miembro doble y donde me di cuenta que lo más pequeño era un succionador.

—No, no —dijo metiéndolo sin hacer ni puto caso y colocando aquello en mi zona más sensible.

Lo encendió y cuando comenzó a succionar, y encima por mi vagina ese miembro, se me fue acelerando la respiración mientras intentaba moverme, y él me agarraba con sus manos.

—Estate quieta —echó aceite por mis pechos y comenzó a masajearlos.

—Eres un canalla —grité entre gemidos.

—Dime si quieres más o menos velocidad.

—¡Vete a la porra!

Y fue cuando noté su dedo por mi culo con ese aceite resbaladizo y comenzó a penetrarlo.

—Así, relájate y disfruta.

Y tanto, ya no podía hacer otra cosa, ya estaba demasiado excitada y, además, aquello estaba siendo realmente brutal, un placer de esos desmedidos.

Me volví loca por completo con sus dedos por atrás y aquello succionando. Me corrí entre gemidos que parecían que me iban a matar, aquello fue demasiado.

Sacó todo y me penetró, yo lo quise quitar, pero no hubo forma, terminé agarrándome a sus brazos y dejándome llevar, lo amaba demasiado, era la puta verdad.

Cuando terminamos me llevó al agua con él y me abrazó fuerte.

—¿Mejor?

—No me preguntes, que todavía te cruzo la cara —me reí con tristeza y abrazándolo.

—Si te vas a sentir mejor, hazlo.

—Encima me retas, es que tienes delito —lo besé, mordisqueándole los labios.

—Hoy nos vamos a quedar aquí, solos todo el día y vamos a disfrutar, nos vamos a relajar, mañana saldremos por ahí, pero vamos a poner de nuestra parte para todo, ¿ok?

—No lo sé.

—Sí lo sabes...

—No me mires así —me eché en su hombro de nuevo.

—No seas tonta, sabes que te adoro y que lo eres todo para mí.

—Pero te empeñas en volverme loca.

—Eres tú la que siempre te la estás ingeniando, pero al final sales perdiendo.

—Sí, me llevas mucha ventaja.

—Muchos años...

—Encima viejo —me reí.

—Pues el viejo tiene muchos juguetes para que lo pasemos genial.

—Este último me mató, no me lo esperaba.

—Pues verás cuando veas los demás.

—¿De dónde los has sacado?

—Los encargué, los dejaron en la recepción y dije que me lo trajeran aquí.

—Madre mía, estás loco.

—Un poquito —me mordisqueó el labio y noté como su miembro intentaba entrar entre mis labios.

Y de nuevo me penetró, me puse a saltar encima de él y aquello fue otro momento de esos que dejan sin fuerzas, eso sí, a este le tenían que dar un premio por aguante, era increíble la resistencia que tenía.

Nos fuimos a la barra y preparó otros dos cafés.

—¿Me puedes decir en qué punto está hoy en día nuestra relación? —pregunté, sonriendo con ironía.

—Claro —me puso el café y se salió para sentarse a mi lado—. Estamos en un punto en el que los dos nos deseamos con todas nuestras fuerzas y que estamos en el comienzo de algo que puede que prospere o no.

—Qué divertido —volteé los ojos.

—Pero si ves una chica que te gusta y te quieres acostar con ella, ¿lo harías?

—¿Otra que no sea tú?

—Obvio.

—No, demasiado que te aguanto a ti, como para aguantar a otra más.

—¡Imbécil!

—Y si yo me acuesto con otro, ¿qué pasaría?

—Te desearía toda la suerte del mundo.

—¿Y?

—Y ya...

—¿Pero seguiríamos acostándonos?

—Obvio que no ¿Te gusta alguien?

—¡No! —reí.

—Entonces, ¿a qué vienen esas preguntas?

—Curiosidad.

—Pues la curiosidad mató al gato.

—Voy a morir de todas maneras... —le saqué la lengua.

Pasamos todo el día juntos ahí y en la playa, lo hicimos un montón de veces, nos reímos mogollón y parecía que habíamos dejado un poco de lado todas esas peleas, pero, ¿qué nos depararía el día siguiente?

Capítulo 28



Los siguientes días en México fueron preciosos, nos dedicamos a recorrer lugares alucinantes, a salir por la Quinta Avenida de Playa del Carmen, a disfrutar de la playa, del resort, de todo aquello. Así estuvimos trece días donde al final conseguimos que la armonía reinara entre nosotros.

Con Ceci había cogido una complicidad muy fuerte, fue aterrizar en España y nos teníamos que separar y nos abrazamos casi llorando, diciendo que en nada nos veríamos.

Y yo estaba nerviosa, al final todo había ido genial, pero jamás hablamos de la vuelta, yo lo intenté sacar en varias ocasiones, pero no me hizo ni puto caso, eludía el tema con toda su sutileza y sensualidad.

Me llevó al apartamento y entró conmigo a ayudarme a meter la maleta y se tomó un refresco.

—¿Me vas a echar de menos? —dijo abrazándome.

—¿Me vas a dejar y ya? ¿Así de simple?

—No, sabes que me puedes llamar cuando quieras y quedamos.

—Nico, no me hagas esto.

—Tómate tu tiempo, piensa y recapacita si soy lo que quieres de verdad.

—No me hace falta recapacitar —dije aguantando por llorar.

—Mañana nos vemos en la empresa.

—Nico, por favor.

—Hoy debes descansar y pensar —me dio un beso para irse y a mí se me revolvió todo el estómago.

Me quedé llorando, vomitando de los nervios que tenía y con la sensación de volver a quedarme sola, esa maldita y fea sensación que yo no quería sentir más.

Por la noche le mandé un mensaje a Cristal, la recepcionista, para preguntarle, qué tal estaba. No tardó en llamarme.

—Hola, preciosa —le dije entre lágrimas.

—Hola, cariño, estuviste con él en México, ¿verdad?

—Sí y ahora me volvió a dejar en el piso.

—Hace media hora que lo vi, he dudado en llamarte, ¿podemos vernos?

—No entiendo nada.

—Voy para tu apartamento.

—Vale —me quedé en blanco.

Ni diez minutos y apareció, estaba en la calle, así que vino directa, me dio un abrazo y en su cara vi algo que no me gustó.

—Me he encontrado en el restaurante de la brasa a Nico, él no me vio, tengo que enseñarte algo que no te va a gustar.

Sacó su móvil y casi me muero a verlo cenando y besándose con una chica, no había una foto, había cinco y a cada cual más cariñoso, como lo era conmigo.

—Maldito hijo de puta —dije entre lágrimas.

—Ella es Natalia, su ex.

—¿¿¿Qué???

—Sí, por eso no lo entiendo y te lo he querido contar, porque no te mereces que...

—Ya, sí, te entiendo.

—Olvídalo, hazlo por ti, trabaja, vive y sal de su piso cuando puedas, no puedes permitir que juegue contigo.

—No tengo a nadie...

—Me tienes a mí, así que no seas tonta que eres una niña aún y mira por ti, haz tu vida y olvídate de ese hombre que jamás olvidó a Natalia.

Esa noche me quedé desvelada todas las horas que fueron marcando el reloj y que yo veía mientras lloraba y vomitaba, me daba asco todo.

Le juré que no diría nada porque iría a la calle automáticamente y eso no lo iba a permitir y menos, cuando vi que, al día siguiente al incorporarme al trabajo, apareció Nico, me saludó de lejos y se metió en su despacho como si yo no existiera.

Así pasé cada día de la semana, iba a caer enferma, no comía, vomitaba, lloraba, me saludaba de lejos y me trataba como si fuera una más, a la que ni acercarse le apetecía.

A la siguiente semana me dio un mareo, que menos mal que estaba saliendo a la vez de Cristal, esa que no dudó en llevarme al hospital preocupada por mi estado de salud y viendo que me estaba consumiendo.

Allí fue cuando las dos al unísono entramos en shock, estaba embarazada.

Y lo estaba de un hombre que ya estaba con otra mujer, que no solo se vieron ese día, otro más que los pilló Cristal de nuevo y seguro que más días que no fueron vistos.

Cristal me juró que no diría nada, yo necesitaba tiempo para pensar.

Una mañana, varios días después de saberlo, me colé en el despacho de Nico, llamé y cuando vio que era yo, le cambió la cara por completo, de la sonrisa pasó al gesto más serio y seco que jamás había visto.

—¿Podemos hablar?

—No tengo tiempo, Candela.

—Vale —cerré la puerta y me fui, ni ganas de decírselo tuve, en su cara pude ver que yo para él, ya no era nada.

Cristal me ayudó a encontrar un apartamento a muy buen precio cerca de la oficina, así que hice la mudanza y le dejé la llave a ella para que se la diera a Nico, luego me contó que se la dio y se quedó tan normal, ni preguntó a dónde me había mudado ni por qué.

Necesitaba trabajar el máximo tiempo posible, no podía perder el trabajo, no podía, iba a tener un hijo y encima estaba en una situación muy delicada.

Fue un mes y medio después de regresar de aquel viaje que recibí una llamada de Mara, mi prima, que se casó y se fue a vivir fuera, ahora se había separado y estaba en Málaga viviendo, había abierto un centro de belleza que había triunfado nada más con la apertura.

Mara sabía que mis padres no me trataban bien y siempre me animaba a que me fuera, así que le conté la situación tan delicada que tenía y no tardó en ofrecerme un trabajo fijo allí y vivir durante un tiempo en su apartamento, es más, me dijo que vendría a por mí.

Lo pensé un par de días, pero como yo sabía que Nico seguía viéndose con Natalia y que no quería saber nada de mí, lo decidí, tenía que irme con ella, ayudarla con el negocio y labrarme un futuro junto a mi bebé, ese que me daba terror tener a solas.

Fue un sábado cuando mi prima vino a por mí, yo ya había hablado con el propietario de la nueva casa y no me puso objeción en irme, es más, me devolvió la fianza.

Así que me fui de aquella ciudad, no sin antes despedirme de Cristal y dejarle mi renuncia por escrito para que se la entregara a Nico el lunes.

Me fui con todo el dolor de mi corazón, llevando en mi vientre a un hijo fruto del amor que había sentido tan grande por ese hombre, me iba con el corazón roto, pero sabiendo que ahora tenía que tener los cojones necesario para sacarlo adelante.

Capítulo 29



Diez días llevaba en Málaga, diez días en los que me costaba la vida el no pensar en él y donde cada día era una cuenta atrás para la llegada de mi bebé.

Mara me trataba con un cariño y mimo, que me hacía comprender que eso era amor de verdad, hasta me dijo de preparar la habitación al bebé para cuando naciera, pero para entonces yo esperaba estar en mi propia casa como le dije, aunque ella decía que mientras no la tuviera, ahí no le faltaría de nada.

El trabajo me encantaba, yo pasaba los clientes a las salas de tratamientos donde estaban los especialistas y no había una hora al día libre sin citas.

Nico jamás me llamó para preguntarme por qué me fui, parece que en México jugó conmigo, disfrutó de mí y ya...

Yo lloraba mucho, lo bueno es que de lunes a viernes estaba distraída con el trabajo, pero los fines de semana se me caía el techo y pese a todo lo que Mara intentaba animarme, nada era suficiente.

Y llegó el día en el que me dijeron que era una niña lo que venía en camino, lloré viendo la ecografía como una niña pequeña, sentía que venía lo más grande de mi vida y que yo no estaba preparada, me sentía muy débil.

Un mes después llamaron a mi prima para decirle que mis padres habían tenido un accidente de coche y habían fallecido. Aquello fue una bomba, aunque les tenía mucho rechazo, me daba mucha pena la fea vida que habían tenido y que tuvieran que morir así.

Me fui a mi tierra a arreglar lo de la herencia, el piso estaba pagado, efectivo no llegaba a cinco mil euros, pero entre eso y la vivienda que vendí en unos días a través de una agencia, pude llegar a Málaga y alquilarme un apartamento cerca de Mara, ella me ayudó en todo.

Al menos, ahora tenía dinero guardado en la cuenta, aunque fuera de un algo que me daba un poco de cosa, pero me pertenecía, al menos podía afrontarlo todo mejor, mirándolo desde el lado bueno, porque si lo miraba desde el malo, lo donaba a Cáritas.

Seguí trabajando hasta los ocho meses que me di de baja y metió una chica para hacerme sustituirme durante algún tiempo.

Durante esos meses me llamó Ceci varias veces, pero jamás le conté la verdad y no

hablábamos de Nico, ella sabía que ya no había marcha atrás y demás, pero la verdad es que nunca me faltó una llamada de ella, en la que yo fingía estar bien y eso era lo que a ella le importaba.

Y llegué al mundo mi pequeña Sabrina, así le puse en honor a una amiga mía de la infancia que murió de una larga enfermedad, siempre dije que le pondría así si tenía una niña.

Al final terminé contándole todo a Ceci y le mandé una foto de la pequeña, lo que ella lloraba y maldecía a Nico no era normal, pero juró guardarme el secreto y me prometió venir a vernos unos días.

Era preciosa, nació rápida y sin problemas, era un ángel, casi no me daba ni las noches, esas primeras que pasó Mara junto a mí y me ayudó en todo.

Tenía los ojos y nariz de su padre, era una muñequita, además, yo estaría de baja laboral durante cuatro meses y luego vería, ya que Mara me propuso cogerme unos meses más de excedencia, pues me lo podía permitir con lo de la venta del piso de mis padres. Le dije que me lo pensaría, apenas hacía un mes que había nacido mi pequeña.

Una mañana decidí irme a pasear con mi niña en su coche capota, era junio y el día estaba precioso, me apetecía ir a comprarle vestiditos de verano y yo comprarme algo también. La verdad es que había sido una hormiguita y no había gastado nada en mí, todo en la peque y lo preciso, no quería derrochar, ya que me daba mucho miedo el futuro.

Fue salir del bloque y casi me desmayo, Nico estaba en la puerta a punto de llamar al telefonillo ¿Qué hacía aquí?

Me quedé paralizada, aguantó la puerta para ayudarme a salir.

—Hola, Candela —medio sonrió, pero estaba serio.

—Hola, Nico —murmuré nerviosa, me sudaban hasta las manos.

—¿Podemos tomar algo?

—Tengo que cuidar a la niña, estoy trabajando —mentí para salvaguardar lo de Sabrina.

—Solo vamos a tomar algo en una terraza, por favor.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a hablar contigo, tranquila que no voy a discutir, ni te voy a agobiar, solo necesito contarte algo.

—No me tienes que explicar nada de tu vida —sonreí con tristeza.

—Por favor...

—No, Nico, estoy trabajando, tengo que irme.

—Es nuestra hija... —murmuró, cuando fui a dar un paso hacia adelante y la piel se me puso de gallina.

—No, no es nuestra hija, ella no —se me saltaron las lágrimas y sentí hasta miedo, por mi hija mataba.

—No vengo a quitártela ni a ponerte las cosas difíciles, todo lo contrario, pero creo que deberíamos de hablar.

—¿Qué es lo que quieres?

—Vamos a una terraza, por favor.

—No te acerques a ella, es lo único que te pido.

—Tranquila, te he dicho que no haré nada que te pueda hacer daño.

—A mí, me da igual, pero a ella no —dije llorando nerviosa.

—Tranquilízate —me acarició el brazo y lo aparté.

Fuimos a sentarnos a una heladería-cafetería que había cerca, puse a la niña al otro lado, no al

que daba a él, no quería ni que la mirara, me daba terror que pudiera hacer algo, no de daño, pero sí que viniera con unas pretensiones para las que yo no estaba preparada.

—¿Qué tal fue su nacimiento? —preguntó cuando nos trajeron las bebidas, yo me había pedido un zumo de naranja y él un café.

—No me la nombres, por favor —dije con lágrimas en los ojos.

—¿Crees que os haría daño?

—Nico, por favor, dime lo que me tengas que decir y acabamos con esto pronto, me estoy sintiendo muy mal.

—Quiero enseñarte algo —sacó su móvil y se fue al Facebook de Natalia, se puso a buscar y me enseñó algo que me dejó la piel de gallina—. Esas fotos que te enseñó Cristal no eran de ese día, eran de dos años atrás, jamás he vuelto a verme con Natalia desde que lo dejamos —yo estaba incrédula, no me lo podía creer—. Además, no viste el detalle de que vine con el pelo más largo de México y tardé en cortarlo, aquí está muy corto —las lágrimas comenzaron a brotarme.

—¿Y por qué pasaste de mí los siguientes días?

—Tenía pensado pedirte con un ramo de flores y un anillo que te vinieras a vivir conmigo al día siguiente. Esa tarde que regresamos llamé a Cristal para vernos y pedirle ayuda, para que esa mañana fuera a la joyería y floristería a recoger las cosas, pero me contó algo que no me esperaba y es que tú, antes de irnos a México, en esos días que no estuvimos juntos, habías estado con otro hombre, un primo suyo.

—Yo, no... —Lloré negando, incrédula a todo.

—Ceci me lo contó todo, vino a la ciudad expresamente para ponerme de vuelta y media, no me pensaba contar lo del embarazo y nacimiento, pero al ver que había algo raro en lo que ella esperaba, comenzó a tirar de la manta, lo sacamos todo y Cristal lo tuvo que confesar. No vengo a quitarte a nuestra hija, no te voy a hacer más daño del que llevas soportando en tu vida, con tus padres y luego con esta trama que no te pertenecía. Pero sí estoy dispuesto, si quieres, a asumir mi paternidad y ayudaros en todo y a trasladarme aquí si lo deseas para estar cerca de vosotras. Estoy dispuesto a lo que me pidas —se le saltaron las lágrimas, en ese momento sonó mi teléfono y era Ceci.

—Hola —respondí entre lágrimas.

—Ya estas con él, ¿verdad?

—Sí.

—Créele, os la han jugado, esa maldita zorra os la jugó. Créele, sabes que yo no haría nada que te pudiera hacer daño.

—Tranquila —dije como pude, pues no podía ni hablar, solo estaba llorando.

—Te llamo más tarde, ¿te importa?

—No, claro que no, cuando quieras.

—Te quiero.

—Yo también —colgué y cogí a la pequeña que había comenzado a llorar.

La mirada de Nico se clavó en ella y los ojos se le humedecieron por completo, soltó el aire de golpe, se veía que había tenido una reacción fuerte al verla.

—Eres preciosa, Sabrina —murmuró mirándola, se sabía hasta el nombre.

—Sí, lo es —sonreí con un nudo en la garganta, que casi me impedía hablar.

En ese momento levanté a la pequeña de mis brazos y se la acerqué para que la cogiera. Se echó a llorar pegándola a su pecho, yo también rompí a llorar como una niña, viendo esa imagen de mi pequeña en los brazos de su padre.

—A mis padres les habría encantado conocerte, preciosa —le murmuró, acercando su cara y dándole un beso en la manita.

Estuvimos un rato en silencio, yo no dejaba de llorar y él tampoco, creo que los que pasaban debían de pensar que nos había pasado una desgracia.

Me propuso pasear un rato para movernos, ahí estábamos dando un cante que no veas, le dije que sí, en ese momento a todo le diría que sí, y es que solo me hizo falta ver cómo miraba a su hija, para comprender que tenía al mejor padre del mundo.

Nico me pidió llevar el carrito y, por supuesto, le dije que sí, no dejaba de mirarla, de observarla y se le venían las lágrimas continuamente...

Casi una hora anduvimos en silencio, él sin dejar de mirar a la pequeña mientras la llevaba en el carrito y yo, sin dejar de pensar en cómo de repente mi vida se volvía a poner patas arribas.

Paramos a comer en un restaurante de la playa, además ya le tocaba el biberón a Sabrina y había comenzado a quejarse.

El chico del restaurante calentó la leche y Nico me pidió dárselo él, obvio que le dije que sí.

Me llamó Mara y me aparté para hablar con ella, cuando se lo conté todo casi le da un infarto. Me dijo que, si todo eso era verdad, se alegraba de que Sabrina tuviera a su padre, solo esperaba que a mí no me afectara en nada ahora que estaba reconduciendo mi vida, no quería que me hicieran daño.

Miraba hacia ellos mientras hablaba con mi prima y la verdad es que ponía la piel de gallina verlos así, él lleno de complicidad y amor en su mirada hacia su hija.

Mientras comíamos le pregunté dónde estaba alojado.

—En ningún sitio, vine directo a buscarte, en el coche tengo las maletas, pero es junio, no me será difícil encontrar algo.

—Puedes quedarte en la casa, Nico —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Estás segura?

—Sí, claro —sonreí con tristeza.

Entré al baño con la niña a cambiarle los pañales, después de comer siempre dejaba su regalito y no quería que se le irritara el culito, estaba obsesionada con eso.

Cuando salí la puse en su carrito para dormir, entre medio de los dos.

Luego fuimos hacia la casa andado, cogió las cosas de su coche y subió con nosotros para quedarse unos días.

Capítulo 30



Le dije que colocara sus cosas en la habitación de Sabrina, ella aún dormía en la cuna, al lado de mi cama, así que podía quedarse en ese dormitorio.

Entró a ducharse y se puso cómodo, sin perder su elegancia, porque era elegante y guapo a rabiar, era el hombre más perfecto del mundo a pesar de habérmelas hecho pasar putas, pero también me hizo la mujer más feliz de la tierra y gracias a él, hoy en día tenía a la personita que más quería del mundo, mi hija Sabrina.

A la pequeña la puse en un balancín de bebé que tenía en el salón, ella solo quería comer y dormir, lo normal en su corto tiempo de vida.

Me quedé pensando en lo mala que podía llegar ser una persona, como era el caso de Cristal, en la que confié y me la jugó, aun sabiendo el estado en el que me encontraba, me hizo conocer hasta donde llegaba la maldad humana.

—¿En qué piensas? —Me hizo un gesto de cariño en la espalda mientras yo miraba embobada a la pequeña.

—En Cristal, no me lo esperaba de ella.

—Yo tampoco, no sabes la impotencia que tengo.

—Me lo imagino...

—Me da mucha rabia y dolor que hayas pasado el embarazo sola.

—Tranquilo, Mara me supo cuidar.

—Le debo la vida y eso que no la conozco, pero nadie me devolverá el haberme perdido el embarazo y los primeros días de ella —la miró con tristeza, se agachó y la besó con mucho cariño en la frente.

—¿Un refresco? No tengo nada de alcohol —me reí.

—Tranquila, con un vaso de agua bien frío, ya estoy más que satisfecho.

—Iré a comprar ahora algo para cenar y te traigo algún vino.

—Si quieres voy yo.

—No, quédate con ella —sonreí.

—Vale.

Me fui al súper que había cerca, era la primera vez que dejaba a mi pequeña sola, pero me

fiaba de él, en su mirada vi un amor que jamás había visto ni conmigo, y eso que me hizo sentir en muchos momentos la mujer más deseada y querida del mundo.

Recordé que, a él, no le gustaba que saliera sola, pero claro, ya no estaba con él, solo era el padre de mi hija y, además, quizás sus sentimientos por mí, murieron por el camino...

Abrió la puerta cuando escuchó el ascensor y me cogió las bolsas.

—Se cagó de nuevo y la limpié —dijo, apretando los dientes.

—¿A qué perfume te recordó? —reí negando.

—A Emporio Armani —me hizo un guiño.

Mi cocina era americana y daba al salón, así que ahí dejamos a la niña y nosotros nos fuimos a preparar la cena, era temprano, pero bueno, de algún modo nos valdría para charlar.

—¿Me dejas darte un abrazo? —preguntó con tristeza y lágrimas en los ojos, estaba muy emocionado desde que nos vio.

—Claro —sonreí también con un nudo en la garganta.

—Siento que hayas pasado por esto sola —me abrazaba llorando de forma desgarradora, mientras me apretaba contra él.

—No lo lamente más, ya pasó y no se acabó el mundo —le dije, moviendo mi mano en su cabeza y oliendo ese perfume y olor corporal tan perfecto que siempre llevaba y que me llenó de recuerdos.

—Tengo mucho dolor, demasiado.

—Lo sé, pero bueno, ya pasó todo y ahora tienes una hija que la podrás disfrutar cada vez que quieras.

—Siempre, estaré para ustedes siempre, te prometo que no os fallaré jamás.

—Tranquilo, Nico.

—No me sueltes por favor —decía apretándome contra él, bien fuerte.

—Bueno, pero si llora hay que ir a darle el biberón —murmuré riendo.

—La regalamos y que se encargue otro —bromeó, sacándome una carcajada.

—Joder cuánto amor por ella hay dentro de ti.

—Sabes que es broma, además, esa no irá sola a ninguna parte, ya sabes cómo soy —sabía que estaba bromeando.

—Bueno, chica guerra me queda contigo...

—Ninguna —se apartó sin soltar mi cintura y acarició mi mejilla —Ninguna, yo no era ese hombre, ni lo quiero volver a ser.

—¿Has cambiado ahora que no estamos juntos? ¡Vaya por Dios! —me reí, echándome en su hombro.

—Ponme a prueba, vete con Mara esta noche de fiesta, que yo cuido a nuestra hija.

—Tampoco te pases —reí entre lágrimas y es que parecía en ese momento que el tiempo no había pasado entre nosotros.

Nos quedamos mirándonos en un silencio, donde nuestras miradas lo decían todo. Los dos queríamos lo mismo, lo sentí así y nuestros labios se unieron y nos fundimos en un beso que duró, hasta que la niña comenzó a quejarse para pedir su comida.

—Siempre nos separan las mujeres —bromeó cogiendo las cosas y preparándole el biberón, obvio que preguntándome que echaba y cantidades.

Se lo dio él, hablando con ella y diciendo que había venido a recuperar a sus dos mujeres, que las iba a hacer las chicas más dichosas del mundo y que éramos su vida.

Yo lo escuchaba emocionada, con el corazón en un puño y sintiendo que de nuevo la felicidad

tocaba a mi puerta, pero con miedo a que algo se jodiera, mucho miedo.

Cenamos sin soltar nuestras manos, sin dejar de hacerme caricias en la cara y en los brazos, yo estaba como en una nube.

Esa noche cuando acostamos a la bebé nosotros nos acostamos también, ni que decir tiene que, se metió en mi cama.

Nos abrazamos y dejamos salir todo aquello que había dentro de nosotros, aunque a él, parecía que le daba miedo ser brusco o algo así, porque iba con un tacto de mil demonios.

—No me voy a romper —reí.

—Dicen que tiene que pasar dos meses.

—Ya hace mes y pico y, además, ni un punto me cogieron, me dejaste dilatada de por vida —murmuré riendo.

Y fue el acto de amor más bonito que habíamos hecho jamás, donde nuestros cuerpos se encontraron de manera diferente y donde en ese momento comprendí, que no solo era el padre de mi hija, también el amor de mi vida...

Epílogo



Cinco años habían pasado desde que nació Sabrina, dos desde que nació Lorenzo. Sí, le pusimos como su primo o, a ese le daba algo, nos dio una, que cualquiera decía que no, es más, cada día nos acribillaba a mensajes haciéndonos chantaje emocional, nos reímos de lo lindo.

Una semana después de Nico venir a buscarme a Málaga, me propuso irnos ese verano una temporada a su casa y ya ir viendo...

Me encontré a un Nico diferente, ese que cuando quedaba con Oriana, se quedaba con la niña o se la llevaba a la oficina, ese que me animaba a ir de compras con ella y a quedar para tomar un café, ese que no tuvo dudas de mí ni un solo día y que me quería ver sonreír. Nico no era ni la sombra de ese hombre con tantos miedos que conocí un día.

Su vida era su trabajo y nosotros, a las que nos cuidaba dejándose la vida en ello, nos amaba por encima de todo.

Un año después de venirnos de Málaga, nos casamos, fue la boda más bonita y emocionante que jamás había visto, donde nos intercambiamos las palabras más emotivas de toda nuestra vida, ante los ojos de sus amigos y trabajadores que aplaudían emocionados.

¿Machista? No. Los machistas no cambian, él solo tenía unos miedos que superar, por el daño que una mujer le hizo un día.

Mi marido era un ser de luz, de paz, de constancia para que nada se quebrara, y todo siguiera tan bonito como el primer día que nos reencontramos en Málaga.

Yo no había vuelto a trabajar, eso sí, lo ayudaba en lo que podía en la casa, pues se llevaba el trabajo allí para separarse de nosotros lo menos posible y como disfrutaba llevando a su hija al cole, era un amor de hombre con todas las letras.

Un fin de semana me fui con Ceci y Oriana a París, bueno, fueron cuatro días, él se quedó con nuestros hijos y solo me dejaba mensajes diciendo que me lo pasara genial, que disfrutara y que sonriera. Ni siquiera me llamaba para no molestarme, solo me mandaba fotos de los niños y las trastadas que hacían con él.

Seguía siendo un jugueteón en la cama y me seguía dando aquellos masajes que hacían subirme la temperatura por completo. Era muy feliz a su lado, además, había adquirido una seguridad que jamás pensé en nada feo o malo de él, nunca se tambalearon los cimientos de

nuestra relación.

No le faltaba un detalle, siempre me sorprendía con flores, algún regalo, desayuno en la cama o preparaba la cena o comida.

El embarazo de Lorenzo fue hasta pesado, en más de una ocasión lo tenía que echar a empujones para que se fuera a trabajar, pues me hacía sentir convaleciente. No me dejaba ni ir a por agua, hasta que le eché cojones y le dije que eso se acababa, que yo podía solita, pero en el fondo lo que él quería era compensar el otro embarazo que no pudo pasar a mi lado, era un amor y bien grande.

¿Feliz? No sé lo que puede abarcar esa palabra, pero que vivía una preciosa historia de amor cada día y que tenía una familia que me llenaba por completo, eso era una verdad como un templo.

Amaba a mi marido por encima de todas las cosas y a mis hijos por encima del mundo entero.

Mi vida no fue fácil, pero un día apareció Nico y con lo bueno y lo malo, vivimos algo que ahora sabía que sería para toda la vida.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Aitor](#) Ferrer

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer